

HARLEQUIN®

Tiempo para ti™

Deseo

UN AMOR POR SORPRESA

Maureen Child

Un amor por sorpresa

Encontrarse con el amor de su infancia después de haber sido plantada ante el altar por otro hombre no era exactamente la idea que tenía Casey Oakes de una feliz Navidad. Pero también sabía que no le habría gustado pasar la que se suponía que tenía que ser su noche de bodas sola… aunque él no la quisiera.

Después de que Jake y Casey fueran descubiertos en una situación comprometida, él le propuso a ésta matrimonio. Pero el amor ya le había hecho sufrir una vez, de manera que se convenció de que lo único que le inspiraba su nueva novia era deseo… aunque le esperaba una sorpresa.

Capítulo Uno

-Tal vez debería poner la capota antes de ahogarme.

Casey Oakes apartó un mechón de pelo mojado de sus ojos y los entrecerró para ver a través de la helada lluvia. Un intenso escalofrío la recorrió.

-Demasiado tarde para molestarme -murmuró, y se dijo que tal vez sería una bendición ahogarse. Al menos, así habría hecho algo que ningún otro Oakes había logrado. Ahogarse en un descapotable mientras recorría los caminos de los alrededores de Simpson, California, no era, como su madre diría, «lo que la sociedad esperaría de un Oakes».

Hacerlo, además, vestida de novia, serviría para alimentar el mito, se dijo. Guando pasaran unos años, su pequeño recorrido llegaría a formar parte del folclore local. La gente contaría la historia de Cassandra Oakes en susurros en torno a las hogueras.

Los padres amenazarían a sus hijos con una visita nocturna de «la novia ahogada» para que se portaran bien.

Aún sonriendo para sí, Casey se sobresaltó cuando su empapado velo cayó sobre su rostro, bloqueándole la visión de la carretera. Pisó los frenos y escuchó un chasquido bajo el coche antes de que éste se detuviera por completo.

Paró el motor y miró el suelo del vehículo, totalmente empapado. Probablemente, las alfombrillas quedarían inservibles. Y los asientos de cuero tampoco iban a salir muy bien parados.

-Diablos -murmuró-. ¿Quién podía imaginar que iba a llover? -pero, tal y como le había ido el resto del día, ;cómo no iba a llover? Lo extraño era que no se hubiera desatado una tempestad.

Apartó el velo de su rostro y miró a su alrededor. La carretera no era mucho más que un estrecho sendero apenas cubierto por una fina capa de grava, que ahora prácticamente flotaba sobre el barro. Ambos lados del camino estaban flanqueados por alambradas que se perdían en la distancia. Tras las vallas había campo abierto. Grandes prados de hierba, agitada en aquellos momentos por el viento y la lluvia, algunos árboles totalmente pelados que parecían llevar allí siglos, y un auténtico bosque de pinos gigantes.

Ni casas.

Ni luces.

Ni gente.

Además, hacía tanto tiempo que Casey no iba a Simpson que no sabía si estaba cerca o lejos del rancho Parrish.

Respiró profundamente y sintió el familiar picor de las lágrimas invadiendo sus ojos. Las frotó de sus mejillas con el dorso de una mano.

Va tenía suficiente agua con la que caía.

Entonces lo oyó.

El sonido fue muy suave al principio, pero enseguida se convirtió en un tembloroso gemido.

Frunciendo el ceño, Casey salió del coche y hizo una mueca cuando el frío barro cubrió las puntas de sus zapatos blancos. Pero cuando su pie derecho resbaló, olvidó por completo sus zapatos y se aferró a la puerta del coche para mantener el equilibrio y no caer de bruces contra el suelo.

Cuando alzaba un pie descalzo del helado barro, oyó de nuevo el sonido y volvió la cabeza para ver de dónde venía.

Sus ojos se llenaron de compasión al ver lo que había junto a ella.

-Oh, pobrecito mío -murmuró cariñosamente, poniéndose a caminar sobre el barro.

-No, no quiero decirte de qué se trata -Jake Parrish rió, agitó la cabeza y alargó una mano para tomar su taza de café. Su hermana Annie no había cambiado nada con el paso de los años. Adulta o no, seguía sin poder soportar el suspense.

-Vamos, Jake —rogó desde el otro lado de la línea-. Dame una pista. Sólo una.

-No -dijo él, y dio un sorbo a su café-. Tendrás que salir para aquí a primera hora de la mañana si quieres ver satisfecha tu curiosidad.

-Eres un hombre realmente malo, hermano.

-Sí, lo sé -sonriendo, Jake añadió-: Y también quiero que traigas a papá, a tío Harry y a tía Emma.

Annie contuvo la respiración yjake casi pudo ver las oscuras cejas de su hermana subiendo hasta la raíz del pelo. ¡Cuánto le disgustaba no saberlo todo!

-Debe ser algo importante -dijo Annie, finalmente.

-Lo suficiente.

-¡Maldita sea, Jake! -la voz de Annie adquirió el tono que utilizaba para regañar a su hijita de tres años, Lisa-. Sabes que odio las sorpresas. Si no me das alguna pista, no voy a poder pegar ojo en toda la noche.

Jake sabía que era cierto. La noche anterior a sus cumpleaños, o

a Navidad, Annie solía pasárselas en vela, pensando en qué le regalarían. Pero lo peor era que tampoco le dejaba dormir a él.

—De acuerdo -dijo, sonriendo-. Te voy a dar una pequeña pista.

-¡Síiii!

Jake frunció el ceño pensativamente mientras buscaba una forma de dar la pista sin revelar demasiado. Volvió la mirada hacia la ventana y contempló distraídamente la tormenta que se había desatado hacía un rato. Gracias al acuerdo al que acababa de llegar, ni siquiera aquella lluvia torrencial, ni la posibilidad de nieves, podía alterar su buen humor.

-Jake...

-Oh, lo siento Annie. Estaba pensando.

-Ten cuidado, no vayas a agotarte.

-Muy graciosa. Después de todo, puede que no te de esa pista.

-Si no lo haces, Jake Parrish...

Jake rió.

-De acuerdo, de acuerdo. Tú ganas. Aquí va la pista. Se trata de algo que he deseado hace tiempo.

Se produjo una larga pausa.

-;Eso es todo? -preguntó Annie, evidentemente enfadada.

-Eso es todo. Hasta mañana.

—Lo he dicho antes y lo repito. Eres un hombre malo, Jake. Y vas a ir al infierno.

-Probablemente. Pero no importa. Al menos, estaré acompañado de casi todos mis amigos.

-Cuenta con ello.

En respuesta, Jake rió en tono malévolo. No le sorprendió oír que su hermana colgaba el teléfono, aún más enfadada.

Sabía que Annie encontraría alguna forma de hacerle pagar. Pero merecía la pena. Había esperado mucho para aquello. Y quería disfrutar de cada minuto.

Colgó el teléfono, cruzó la cocina hasta la enci-mera de granito y dejó la taza en ella. Luego se inclinó hacia la ventana para mirar la lluvia a través de la creciente oscuridad. Aquél sólo era el principio, se dijo.

Con el cierre del trato, sus planes para el rancho Parrish habían quedado completados. Ahora podía centrarse en el programa de cría de caballos que llevaba meses planeando.

Todo era posible.

Una lenta sonrisa curvó su boca mientras echaba un vistazo a la cocina. Electrodomésticos modernos, un brillante suelo de baldosas españolas y la chimenea en la esquina hacían de aquella cocina algo

especial. No es que él pudiera preparar nada más complicado que café, sandwiches de queso y algunos platos precocinados en el microondas.

Pero eso no importaba. Lo importante era que había cumplido sus promesas. Había convertido el rancho en un negocio lo suficientemente próspero como para pagar todos los cambios de la casa en los que había insistido su ex esposa. Y, a pesar de los esfuerzos de ésta, no había logrado vaciarle los bolsillos.

Frunció el ceño ligeramente al recordar a la mujer por la que tanto había hecho el tonto, pero apartó rápidamente aquel pensamiento de su cabeza. En lugar de ello, se concentró en el rancho.

Su triunfo. El lugar era muy distinto a como había sido mientras Annie y él crecían.

Aún recordaba el antiguo fogón, que su madre logró hacer durar mucho más de lo imaginable. Si se esforzaba, también podía ver en su mente la sólida mesa de pino en la que Annie y él hacían sus deberes. La misma mesa en torno a la que se reunía la familia para cenar y hablar de temas que iban desde los Chicago Cubs hasta Darwin.

Parpadeó y contempló la gran mesa de caoba estilo Santa Fe que Linda hizo comprar tres años atrás. Ciertamente, el rancho no tenía demasiadas comodidades cuando él era pequeño. Pero siempre hubo amor.

Lo único de lo que carecía en la actualidad su recién renovado rancho.

Tomó su taza de café, dio un último trago y volvió a dejarla sobre la encimera de granito. «Manten la mente en los negocios», se dijo. Pensar en el amor y en cómo podrían haber sido las cosas no servía para sacar las cosas adelante.

Y pensar en Linda sólo serviría para provocarle una úlcera.

-Además —dijo en alto-, tienes que comprobar el estado de la alambrada antes de que anochezca.

Con la lluvia y el fuerte viento que hacía, no podía arriesgarse a que la alambrada se estropeara en algún punto, permitiendo salir al ganado a los caminos.

Además, si el hombre del tiempo tenía razón, para variar, esa noche iban a caer las primeras nieves de la temporada. Si era así, más le valía ir adelantando sus tareas.

Descolgó el sombrero y la capa impermeable de la puerta trasera y se los puso. Cuanto antes se pusiera

en marcha, antes estaría de regreso. Con una pizza en el

microondas, una cerveza y un asiento de primera fila para ver el partido de fútbol en la televisión. Si ponía el volumen lo suficientemente alto, tal vez podría auto convencerse de que no estaba realmente solo.

-Sé lo que sientes -dijo Casey al pequeño animal, y bajó una mano para tomar otro trozo del húmedo encaje de su vestido. Colocó la tela sobre el tembloroso cuerpo del ternero y se inclinó sobre él para protegerlo de la lluvia. Acariciándole el cuello cariñosamente, miró sus oscuros ojos-. No es nada divertido tener frío y estar empapado y solo, ¿verdad, amigo?

El ternero resopló.

-Jesús -dijo Casey automáticamente, y luego sopló inútilmente para apartar un mechón de empapado y rubio pelo de delante de su ojo derecho. No quería soltar al ternero el tiempo suficiente para apartarse el pelo y lo que quedaba de su velo de la cara. El pobre animalito Estaba tan asustado que probablemente saldría corriendo, y, con toda probabilidad, no lograría atraparlo corriendo sobre aquel barrizal.

El tembloroso animal cambió de posición, apoyándose contra ella. Casey se tambaleó un poco bajo su sorprendente peso y miró de nuevo sus enormes ojos marrones.

-¿Sabes qué? Tus ojos son muy parecidos a los de mi prometido. Más bien, a los de mi ex-prometido -frunció el ceño ligeramente al añadir-: Pero no te preocupes, no te lo tendré en cuenta. A ti te quedan mejor.

El animal volvió a resoplar.

-Yo también tenía ganas de llorar hace un rato -murmuró Casey en tono compasivo-. Puede que no lo sepas, pero se suponía que hoy iba a casarme.

Su pequeño amigo se estremeció.

-Lo sé. Produce escalofríos pensar en ello ahora -Casey se inclinó y frotó su mejilla contra la parte trasera de la cabeza del animal. Sentía los pies como dos bloques de barro helado y empezaba a perder la sensibilidad en los dedos. Estúpido tiempo... Tratando de ignorar su incomodidad, siguió hablando a su pequeño amigo-. Lo peor fue tener que decirle a todo el mundo que no iba a haber boda. Deberías haber visto sus caras.

El ternero mugió con suavidad.

-..·Quiénes? -preguntó, con una risa ahogada-. La gente que había en la iglesia, por supuesto -sorbió por la nariz-. Y mis padres. Menos mal que Ste-ven decía en su nota que se iba a Méjico. Si mi padre hubiera podido ponerle las manos encima... -suspiró v alzó la

cabeza para volver a mirar a su nuevo amigo-. No todos los días dejan plantada a una chica ante el altar, ya lo sabes. ;No crees que debería sentirme peor al respecto?

El ternero movió la cabeza.

-Yo tampoco -Casey se estremeció antes de añadir-: No te sientas ofendido porque haya dicho que tus ojos eran como los de Steven. Después de todo, no es culpa tuya. Además, tú pareces tener una personalidad mucho más agradable.

El ternero se movió y pisó a Casey en los dedos.

Ella dio un grito ahogado y apartó el pie.

-También bailas como Steven.

El viento arreció, haciendo ondear el velo en torno a la cabeza de Casev.

-Sé que es difícil de creer en estos momentos, pero hace unas horas tenía muy buen aspecto.

Una imagen surgió en su mente. De ella misma, al fondo de la iglesia, esperando para empezar a caminar junto a su padre por el largo pasillo que llevaba al altar. Miró a sus diez damas de honor, dándose cuenta de que no conocía de verdad a ninguna de ellas.

Acudían a los mismos espectáculos. Contaban las mismas historias. Reían de las mismas bromas. Pero no podía considerar amiga a ninguna de aquellas mujeres. Entonces fue cuando comprendió que, precisamente, la única amiga verdadera que tenía ni siquiera había acudido a su boda. Annie se había negado a ver a su amiga cometiendo aquella «terrible equivocación».

Volvió a sentir las dudas con las que había luchado durante meses. Pero entonces empezó a sonar la música del órgano, invadiendo por completo el espacio de la iglesia y dejándola sin aliento. La primera dama de honor estaba a punto de iniciar el paseo por el pasillo cuando un mensajero entregó a Casey la nota de Steven. *

Durante los siguientes e interminables minutos soportó curiosas miradas, susurros, e incluso una o dos apagadas risas. No fue capaz de encontrar un rostro amistoso entre los invitados a la ceremonia.

Incluso sus padres se quedaron demasiado anonadados como para consolarla. Su padre, serio y tieso como una vara, permaneció junto a su madre, palmeándole el hombro mientras ella lloraba silenciosamente en su pañuelo. Los gemelos, hermanos mayores de Casey, parecían buscar alguien a quien golpear.

Naturalmente, cuando, unos minutos después, Casey salió corriendo de la iglesia y saltó a su coche deportivo, se dirigió instintivamente hacia la casa de su única y verdadera amiga.

La única persona con la que podía contar. La única a la que podía decirle que no estaba loca. Que tenía razón sintiéndose como si acabara de escapar de la cárcel

Annie Parrish.

Casey tiró un poco más de su vestido para cubrir mejor al animal y se dijo que lo único que tenía que hacer ahora era encontrar el rancho Parrish. Con un poco de suerte, antes de morir congelada. Hacía sólo cinco años que su familia se había ido de Simp-son. ;Por qué parecía todo tan diferente?

La lluvia, pensó. Se sentía desorientada a causa de la lluvia. Cuanto la tormenta pasara, encontraría el rancho. Si es que pasaba, añadió en silencio su mente. Contempló las negras nubes que había sobre su cabeza, se fijó en los árboles, violentamente azotados por el viento, y, por primera vez, se sintió realmente preocupada. Daba la impresión de que podía empezar a nevar en cualquier momento. A la mañana siguiente no sería más que la estatua de hielo de una novia abandonada.

El traje de novia que llevaba estaba tan empapado que parecía pesar cien kilos. Se preguntó qué pensaría la diseñadora si pudiera ver su creación en esos momentos.

La tienda de campaña para terneros más cara del mundo.

;Yqué diría su padre?

Gimió con suavidad y cerró los ojos durante uno o dos segundos. Henderson Oakes no iba a ser precisamente un hombre feliz durante una temporada. Sin duda, se tomaría como una ofensa personal que su hija hubiera sido plantada en medio de la iglesia. Aunque muy buenas personas, a sus padres les preocupaban más las apariencias que cualquier otra cosa.

Mejor ni siquiera pensar en ellos todavía.

La lluvia empezó a caer con más fuerza, y Casey sintió que cada gota era un pequeño cuchillo que la atravesaba. Le dolía la espalda de inclinarse sobre el ternero. Se había arañado los brazos en la alambrada al rescatar al animal, había perdido un zapato y sentía que se avecinaba un fuerte catarro.

Con un poco de suerte, daría en neumonía.

-Aquí viene la novia -canturreó con suavidad, y se detuvo abruptamente. Si no hubiera estado tan cansada y no hubiera temido hundirse hasta el cuello en el barro, se habría dejado caer en medio del camino para llorar a gusto.

-¿Qué diablos hace aquí, señorita?

La profunda voz pareció surgir de la nada. Casey se irguió de repente, se tambaleó y cayó sobre el cuerpecito del ternero.

Lanzando una mano hacia el suelo, frenó la caída e ignoró la punzada de dolor que sintió en la muñecJ. Ladeó la cabeza y miró a través del velo al hombre a caballo que se hallaba junto a ella.

Ayuda. Por fin.

Al menos, esperaba que fuera ayuda.

Lo cierto era que debía empezar a prestar más atención a sus alrededores. Había estado tan centrada en sus propios pensamientos que ni siquiera había oído al caballo acercándose.

Se irguió, manteniendo una mano sobre el ternero a la vez que miraba cuidadosamente al hombre. Llevaba el sombrero bastante bajo sobre la frente y un largo impermeable verde cubría el resto de su cuerpo, excepto las partes bajas de las piernas v las gastadas botas metidas en los estribos.

La lluvia seguía cayendo incesantemente en torno a ellos y Casey alzó una mano para protegerse los ojos, esperando distinguir así mejor los rasgos del vaquero.

-Cassandra Oakes -murmuró él-. No puedo creerlo.

El evidente tono de desagrado de su voz despertó un vago recuerdo en Casey. ¿Cuántas veces liabía oído aquella misma áspera voz, diciendo: «¡Déjame en paz de una vez!?» ¿Ycuántas veces se habían visto invadidos sus sueños por aquella misma voz?

La carne de gallina que se le puso por todo el cuerpo no tuvo nada que ver con el frío y la lluvia.

Sólo un hombre en el mundo le producía aquel efecto.

Incluso aunque hubieran pasado cinco años desde la última vez que lo había visto.

Cinco años desde que le rompió el corazón.

-Hola. Jake.

Capítulo Dos

«¿Hola, Jake?»

¿Era eso todo lo que se le ocurría decir? ¿Agachada en medio del camino, con un vestido de novia totalmente empapado y cubriendo a medias con su cuerpo un lloroso ternero, va y dice, «Hola, Jake»?

Al ver el descapotable en medio del camino, Jake había supuesto que alguien se encontraba en apuros. Aquella carretera sólo llevaba a su rancho y al de Don Wilson, de manera que nunca había demasiado tráfico en ella. Había contado con la posibilidad de encontrar algún turista perdido en la tormenta, o alguien que fuera camino del rancho de Don.

Pero no esperaba encémtrarse con una novia, desde luego.

Y menos aún, con aquella novia en particular.

No había duda de que un buen día podía estropearse en pocos segundos.

Hacía veinte minutos se sentía estupendamente.

Debería haber imaginado que aquello no duraría. Pero nunca habría adivinado que sería Casey quien fuera a presentarse para estropearle el buen humor.

De mala gana, admitió que su aparición debía tener cierto sentido kármico. Doblegándose mentalmente ante lo inevitable, preguntó:

-¿Qué diablos haces aquí, Casey? -deslizó rápidamente la mirada por su traje de novia y añadió-: ¿Buscas una iglesia, o algo parecido?

-Más bien huyo de una.

Jake se inclinó un poco hacia delante en la silla de montar.

-¿Ydónde has enterrado al novio?

Casey se puso un poco pálida.

-Es una larga historia.

-Naturalmente.

Ladeando la cabeza, Casey logró que el empapado velo se apartara lo suficiente de su rostro como para mirar mejor a Jake. Éste notó que su estómago se encogía al sentir aquellos ojos verdes

fijos en los suyos.

-Te lo contaré luego -dijo Casey-. Pero ahora mismo, ¿te importaría ayudarme?

Nadie tenía derecho a parecer tan atractivo estando cubierto de barro, pensó Jake, distraídamente. Cuando sintió que el deseo empezaba a crecer en su interior, preguntó con voz ronca:

-¿Ayudarte a qué?

-A salvarlo -Casey señaló con la cabeza el ternero que acunaba entre sus brazos.

El animal no tenía ningún aspecto de necesitar que lo salvaran, admitió Jake silenciosamente.

No le habría importado estar en su lugar. Entonces recordó que Casey siempre había sentido una debilidad especial por los animales.

Sonrió al recordar el año en que Casey comprendió que las hamburguesas se hacían con carne de vaca. Se quedó horrorizada.

Probablemente, por haber mido en la ciudad toda su vida. La única vez que ella o sus hermanos veían un animal era cuando iban al rancho.

Sus padres nunca les permitieron tener una mascota en casa.

Sus hermanos. Hacía mucho tiempo que no veía a los gemelos. Desde luego, entre trabajar veinticinco horas al día en el rancho y su breve, pero memorable, matrimonio con Linda, no había tenido tiempo que dedicar a sus viejos amigos.

-¿Jake?

-¿Huh? -frunciendo el ceño, Jake volvió a concentrarse en la situación-.

Ah, sí, El ternero. ¿Salvarlo de qué? -tenía demasiado frío y estaba demasiado cansado como para andar preocupándose por aquel asunto. Pero sabía desde hacía años que, para hablar con Casey, había que estar siempre alerta.

Incluso así, podía no ser suficiente.

-Está asustado.

-¿Asustado? -sabiendo que se arrepentiría, preguntó—. ¿Y de qué está asustado, si puede saberse?

-De la tormenta, por supuesto.

El viento arreció en aquel momento, como para apoyar la respuesta de Casey, y el ternero se acurrucó contra ella.

Jake apretó los dientes. Seguía siendo tan testaruda como siempre.

Y tan bella, añadió su mente, incluso con el pelo empapado y cayéndole en apelmazados mechones por las mejillas.

Incluso con el vestido embarrado.

Incluso con sus preciosos ojos color esmeralda entrecerrados. Jake observó con inquietud cómo movía el trasero para sujetar mejor al animal.

Algo duro y tenso se instaló en su pecho, enrroscándose en torno a éste y a su corazón. Tuvo que hacer un esfuerzo para respirar.

A pesar de los cinco años transcurridos, Casey seguía produciéndole el mismo efecto.

Por primera vez en mucho tiempo, lamentó que su Jeep estuviera averiado.

De lo contrario, en aquellos momentos estaría cómodamente sentado en él, en lugar de tratando de encontrar, inútilmente, una postura cómoda en la silla de montar. Siempre le había gustado cabalgar bajo la lluvia.

Hasta ahora.

De inmediato, se dijo que debía controlarse. Casey llevaba un maldito vestido de novia. Había dicho que acababa de salir corriendo de una iglesia.

Pero no había aclarado si la huida había tenido lugar antes o después de la boda.

Imaginar a Casey siendo la esposa de otro hizo que el pecho se le constriñera aún más.

-Vas a desmontar para ayudarme, o no?

Jake movió la cabeza y se pasó una mano por la barbilla. En aquellos momentos le iba a resultar imposible desmontar y caminar.

Aunque el impermeable pudiera ocultar la reacción de su cuerpo ante Casey, su incomodidad sería bastante evidente.

Pero debía hacer algo.

Aquella ridicula conversación no iba a llevarlos a ninguna parte.

-Las vacas viven fuera -dijo.

El ternero gimió, desconsolado.

Casey lo arrulló maternalmente y miró a Jake con dureza.

-Es sólo un bebé

—Un bebé que pesa bastante más que tú.

Un profundo y reverberante sonido llegó hasta ellos a través de la lluvia. Casey se irguió a medias, sin soltar al animal.

—,-Qué ha sido eso?

-Sospecho que la madre de la criatura.

El ternero lanzó una temblorosa respuesta y su madre volvió a mugir.

-Aquí viene -dijo Jake, mirando hacia la lejana línea de árboles.

Casey miró en aquella dirección y contuvo el aliento. Sin duda,

aquella era la madre. Una enorme vaca avanzaba hacia ella, moviéndose a mucha más velocidad de la que habría imaginado posible.

Al parecer, su pequeño amigo no necesitaba tanta protección como ella en esos momentos. Soltó al ternero y miró hacia Jake, buscando la relativa seguridad de su cercanía.

Tomando el borde del vestido para alzarlo, se encaminó hacia él por el barro.

Las pezuñas de la vaca golpeando contra el pasto sonaban como primitivos tambores de guerra a oídos de Casey.

Se le hizo una eternidad el recorrido hasta el caballo, y, como era de esperar, Jake no le ofreció La más mínima ayuda.

Justo cuando ese pensamiento cruzaba su mente, él acercó su montura, sacó un pie del estribo y alargó una mano hacia ella.

Casey lo miró a los ojos y no vio en su intenso azul el más mínimo brillo de bienvenida.

Dudando, miró por encima del hombro la tonelada de maternidad ofendida que corría hacia ella y eligió entre el más suave de los dos males.

Tomó la mano de Jake, y, ignorando el cosquilleo que recorrió su cuerpo, metió un pie en el estribo y montó en la grupa de caballo.

De inmediato, Jake hizo girar su montura y la puso al trote. Unos metros más allá, tiró de las riendas, haciendo que el caballo se detuviera.

Se volvió para mirar a sus espaldas y Casey hizo lo mismo.

Sonrió al ver al ternero hundiendo la cabeza bajo el vientre de su madre en busca de leche. Por supuesto, la vaca aún no parecía demasiado satisfecha con la cercanía de aquellos dos humanos, pero, al menos, el joven amigo de Casey estaba a salvo.

Como ella.

-Toma -dijo Jake, colocando su sombrero sobre la cabeza de Casey.

Ella subió un poco el ala y lo miró.

El agua empapó casi de inmediato el oscuro pelo de Jake, que alzó una mano para apartarlo de su frente. Había dureza en sus ojos azules cuando miró a Casey. Dureza y algo más. Pero enseguida desapareció.

-Te llevaré hasta tu coche.

-No te molestes -dijo Casey, recordando el sospechoso sonido que había escuchado al frenar-. Creo que está averiado.

-Perfecto -gruño Jake, haciendo que el caballo se volviera-.

Pásame los brazos por la cintura. Tardaremos unos diez minutos en llegar al rancho.

—;Y mi coche? -Casey miró su descapotable con gesto preocupado.

-Podemos llamar a una grúa desde mi casa.

Cuando el caballo arrancó al trote, Casey estuvo a punto de caer hacia atrás.

De inmediato, alargó las manos y las pasó en torno al duro estómago de Jake. Arrimándose, se apoyó contra su espalda y notó la tensión de sus músculos bajo la camisa. Una cálida sensación en la que no se había permitido pensar durante los últimos cinco años empezó a apoderarse de ella. Cerró los ojos con fuerza.

Creía que aquellas sensaciones habían desaparecido para siempre.

Sólo ella sabía cuánto se había esforzado para olvidarlas.

Pero, al parecer, no había bastado. Llevaba menos de diez minutos con aquel hombre y las rodillas ya se le habían vuelto de goma.

Tal vez, lo que debía hacer era sacar a la luz el recuerdo de la última vez que lo vio. Recordar la vergüenza. La humillación.

Sin duda, eso bastaría para aplacar cualquier otra sensación.

No. Su mente rechazó el plan de inmediato. No iba a revivir de nuevo aquella noche. Por ningún motivo. Al menos, si podía evitarlo.

Además, se dijo, su reacción hacia Jake tenía más que ver con su alterado estado emocional que con el hombre en sí.

Tenía tanto frío... Estaba tan cansada.... Pensó en apoyar la cabeza contra su espalda, pero reconsideró la idea.

No tenía sentido correr en busca de problemas con los brazos abiertos.

A propósito, se irguió y añojo los brazos en torno a la cintura de Jake.

En lugar de dejar que su mente vagara por aquel peligroso camino, se concentró en adaptarse al ritmo del caballo. Por fin le servía de algo haber pasado años recibiendo clases de montar en exclusivos establos.

Jake tomó aire con cierta brusquedad y Casey pensó que había murmurado algo.

Se movió en la grupa, ladeó la cabeza y preguntó:

-¿Qué has dicho?

-Nada -espetó él-. Y haz el favor de estarte quieta.

Jake dejó a Casey en la puerta trasera de la casa y luego llevó al

caballo al establo. Sin prisa por reunirse con la mujer que lo aguardaba en la cocina, de tomó su tiempo para desensillar y secar al caballo.

Sólo cuando éste estuvo listo, se acercó a la entrada del establo y miró hacia la casa.

La luz que surgía de las ventanas iluminaba el embarrado suelo exterior. Volvió la mirada hacia la casita de huéspedes.

Sólo había una tenue luz en el cuarto de estar. La camioneta Ford no estaba aparcada frente a la casa.

De manera que el capataz y su esposa habían ido a la ciudad a pesar de la tormenta.

No le hizo gracia saber que estaba tan solo.

Y -no iba a poder librarse de Casey de forma inmediata.

¿Por qué había tenido que presentarse allí? ¿Y por qué seguía siendo capaz de dejarlo sin aliento con una sola mirada?

Gruñendo por su estupidez, salió del establo, cerró las dobles puertas y se encaminó lentamente hacia la casa bajo la lluvia, como esperando que ésta pudiera apagar el incendio que Casey había provocado en su interior al rodearlo con sus brazos. Pero no sirvió de nada.

Recordó la sensación de sus muslos, de su cuerpo presionado contra su espalda.

A medio camino, se detuvo en seco y alzó el rostro hacia el cielo. La lluvia rebotó contra sus mejillas y su pecho. Un golpe de viento lo rodeó con helados dedos.

Entre las gotas, distinguió un par de blancos destellos.

Perfecto.

Nieve.

-;Qué te he hecho yo? -preguntó al silencioso cielo.

Los copos empezaron a espesarse entre la lluvia. Jake se encaminó hacia el porche trasero.

Allí, se dejó caer en la silla más cercana y golpeó el suelo con las botas para liberarlas de barro. Luego se levantó y abrió la puerta, dispuesto a enfrentarse al problema cara a cara.

Casey estaba de pie frente a la chimenea de la cocina, mirando las llamas.

-Estás temblando -dijo Jake.

-Tengo más calor del que tenía antes -contestó ella.

Era posible. Pero los dientes le castañeteaban.

Jake deslizó la mirada por el vestido de novia, que en su momento debió ser blanco, y volvió a preguntarse por el novio, misteriosamente desaparecido.

¿Qué clase de idiota habría dejado que una mujer como aquella escapara de su lado?

La húmeda tela se ceñía al cuerpo de Casey como un guante, remarcando sus pequeños senos y la curva de sus caderas.

Jake sintió una nueva punzada de dolor al imaginarla casada con otro.

Pero enterró aquel dolor de inmediato. No había vuelta atrás.

Tomó su decisión cinco años atrás y aún creía que había sido la correcta.

Por mucho que le hubiera costado.

Mirando a Casey a los ojos, se pasó ambas manos por el empapado pelo y dijo:

-¿Qué haces por aquí, Casey?

Ella estornudó, se quitó el velo de la cabeza y lo
escurrió con ambas manos. Un hilo de agua sucia
cayó de la prenda.

-He venido a ver a Annie.

-Oh —Jake asintió. Su hermana. Por supuesto. ¿Cómo se le había ocurrido pensar ni por un momento que había ido a verle a él?

Menudo idiota estaba hecho. Respiró profundamente, soltó el aire de un golpe y dijo-: Annie ya no vive aquí —al ver la interrogante expresión de Casey, añadió-: Se trasladó a la ciudad hace seis meses.

-Seré tonta -murmuró ella, para sí-. Debí suponer que querría vivir sola en cuanto le fuera posible -lanzó una rápida mirada hacia Jake y éste vio la decepción que reflejaban sus ojos-. ¿Qué tal le va?

Él se encogió de hombros.

-Bastante bien. Ya conoces a Annie. El divorcio es duro para cualquiera, pero ella lo superará.

-Sé que lo hará.

-Sí. Yo lo logré. Ella también lo logrará.

Casey se irguió ligeramente y volvió sus verdes ojos hacia él.

-Annie me contó lo de tu divorcio. Lo siento.

Jake se sintió ligeramente incómodo al ver la mirada comprensiva y compasiva de Casey. Deseó que cambiara de tema. No quería hablar de Linda con ella ni con nadie. De hecho, excepto por la valiosa lección que le había dado su ex-esposa, prefería olvidarlo todo sobre ella.

-Fue hace mucho tiempo.

-No tanto. Sólo tres años.

Jake entrecerró los ojos. Hacía cinco años que no veía a Casey.

pero, al parecer, su hermanita se había encargado de mantenerla al tanto de todo respecto a su vida.

—¿Olvidó contarte algo Annie?

-No mucho -admitió Casey.

-Recuérdame que tenga una charla con mi hermanita.

-¿Qué tal está Lisa?

Una pequeña sonrisa curvó los labios de Jake. Sucedía cada vez que pensaba en su sobrina de tres años. Era sencillamente imposible no sonreír al pensar en el pequeño terror.

-Está muy bien. Volviendo loca a Annie.

Por unos instantes, la sonrisa de Casey se unió a la de él.

-Hace tanto que no la veo que probablemente ni la reconocería

-Casey dejó de sonreír-. ¿Y el padre de Lisa?

Jake apretó inconscientemente los puños. Pensar en Lisa le hacía sonreír, pero pensar en el mal padre de ésta le producía rabia.

-Como tú, hace tanto tiempo que se fue que no reconocería a su propia hija.

Pero a él le da lo mismo.

-Es una pena.

-Entre otras cosas.

Se produjo un largo silencio. Fue Casey quien se animó a romper la tensión reinante.

-¿Podrías llevarme a la ciudad?

-No puedo.

-¿Por qué no?

Jake frunció el ceño y movió la cabeza.

-El Jeep está roto y mi capataz ha utilizado la Ford para llevarse a su esposa a bailar. Lo más probable es que no vuelvan hasta mañana.

Casey lo miró como si no pudiera creer lo que oía.

-Supongo que tendrás algo más que un Jeep y la camioneta Ford en un rancho del tamaño de éste.

-Claro que sí, señorita -dijo Jake en tono burlón-.

Pero me temo que a mi coche no le iría mejor que al tuyo en este barrizal.

-Oh.»

-Sí, oh.

—No creo que las cosas puedan empeorar más -murmuró Casey.

-Está nevando.

Una risa ahogada escapó de la garganta de Casev.

-Cómo no.

Jake la observó mientras ella empezaba a frotarse los brazos con

las manos. Vio cómo la recorría un violento escalofrío. Se sintió como un idiota.

Sin duda, debía haber gestado una neumonía mientras la interrogaba.

-No vas a secarte nunca mientras sigas con eso puesto.

Casey arqueó las cejas.

-¿Qué pasa.Jake? -preguntó-. ¿Acaso tratas de conseguir que me desvista?

-Déjalo, Casey -Jake se dirigió al fogón de la cocina, de donde tomó el hervidor para llevarlo al fregadero. Mientras lo llenaba, continuó hablando-. Nos conocemos hace demasiado tiempo como para andarnos con tonterías.

Quítate de una vez ese vestido. Ya sabes dónde está el baño.

Yo voy a buscarte una bata, o algo parecido.

Cuando el hervidor estuvo casi lleno, lo colocó sobre uno de los fuegos y lo encendió. Luego salió de la cocina sin esperar a comprobar si Casey estaba siguiendo sus órdenes.

Lo cierto era que no quería estar cerca cuando ella empezara a quitarse el vestido. Amiga o no de su hermanita, el efecto que tenía sobre él resultaba extremadamente peligroso.

Caminó por el largo pasillo hasta su dormitorio. Una vez dentro, fue al baño y comprobó que lo único que tenía era un albornoz.

Un albornoz corto.

No importa, se dijo. Lo realmente importante era conseguir que Casey se secara. Después sacaría un viejo par de sudaderas, o algo parecido.

Tenía que sobrevivir a aquella noche de algún modo, y, al día siguiente, sacar a Casey cuanto antes de su vida.

De nuevo.

Sujetando el albornoz en un puño, volvió a la habitación y se detuvo repentinamente a los pies de su cama.

En los pasados cinco años habían cambiado muchas cosas.

Una de ellas era que ahora dormía en el dormitorio principal, no en la habitación en la que creció, ni en la casa de invitados, donde vivió durante unos años. Había cambiado casi todo el mobiliario, había pintado, había cambiado las cortinas y alfombras. Pero la gran cama con dosel era la misma. La misma en la que había dormido durante toda su vida de adulto.

La misma en la que una noche encontró a Casey, cinco años atrás.

El pasado volvió al instante a su mente, haciéndole estremecerse con la fuerza de los recuerdos.

Los Oakes habían organizado una fiesta para celebrar con sus amigos su traslado de Simpson a Morgan Hill.

El se fue pronto de la fiesta, esperando encontrar algo de paz y sosiego antes de que sus padres y su hermana volvieran al rancho.

En esa época vivía en la casa de huéspedes. Una consideración con él, según decía su padre. Pero Jake lo consideraba una necesidad.

A pesar de que nunca había querido hacer otra cosa que trabajar en el rancho de la familia, un hombre de treinta años necesitaba una intimidad que no podía ofrecerle la casa de sus padres.

Recorrió la casa de invitados en plena oscuridad, sin molestarse en encender una lámpara. Aún podía oír en su mente el eco de sus pasos resonando en las habitaciones vacías. Recordó que sentía cierta pena por sí mismo al pensar en la marcha de los gemelos... y de Casey.

Una vez en su dormitorio, se sentó en el borde de la cama para quitarse las botas. Estaba a punto de quitarse la segunda cuando una voz lo detuvo.

Aquella conocida voz sonó distinta esa noche.

Un poco ronca, profunda, llena de promesas...

Creo que deberías saber que no estás solo.

Capítulo Tres

Jake se puso en pie de un salto, se apartó de la cama y encendió la lámpara de la mesilla de noche.

Una suave luz invadió la oscuridad, iluminando a la mujer que aguardaba en su cama. Casey había apilado varias almohadas tras su espalda y se había cubierto con las sábanas. Éstas mostraban lo suficiente como para que Jake dedujera que estaba desnuda.

-¿Qué haces aquí? -preguntó, dando otro paso atrás.

Ella lo miró y luego apartó la vista a un lado, nerviosa.

-Jake. yo...

-¿Cómo has entrado?

-Annie me dio la llave.

->Annie? -repitió él, incrédulo. De manera que su hermanita estaba metida en aquello. ¿Sería alguna clase de broma? Pero no.

Instintivamente, supo que. fuera lo que fuese lo que Cassandra Oakes se trajera entre manos, no estaba bromeando.

Le lanzó otra rápida mirada y tuvo que tragar con esfuerzo. La larga melena rubia de Cassandra caía sobre sus hombros y brazos. Sus ojos verdes brillaban con una pasión que no había esperado ver en ellos, y que no sabía exactamente cómo manejar.

Oh. sabía cómo le gustaría manejarla, desde luego. Llevaba meses fijándose en la amiga de su hermana pequeña... a pesar de sí mismo. ¡Conocía a Cassandra desde que tenía diez años! Era sólo una niña. Al menos, él siempre la había visto así. Sin embargo, últimamente, cada vez que se presentaba en el rancho Parrish, se sentía atraído hacia ella. Se había descubierto a sí mismo buscándola, esperando verla.

Yeso le preocupaba.

A Fin de cuentas, ya tenía treinta años. Estaba preparado para asentarse. Había ido a la universidad. Había tenido la oportunidad de saborear el resto del mundo y de darse cuenta de que la vida que quería estaba allí. En el rancho.

Pero Casey Oakes sólo tenía diecinueve años. Apenas había terminado sus estudios en el colegio.

¿Qué sabía ella de la vida? ¿O de sí misma? No le convenía que él se inmiscuyera en su futuro justo cuando éste empezaba a abrirse ante ella.

De manera que Jake había decidido tener controlado su deseo.

Mantener las distancias con Casey hasta que ésta hubiera tenido la oportunidad de explorar un poco el mundo. ˆ

Pero no había contado con que pudiera montarle una emboscada en su propio dormitorio.

-Será mejor que te vayas -dijo.

-Pero te estaba esperando -Casey se puso de rodillas en la cama, soteniendo la sabana contra su pecho. Miró a Jake y movió la cabeza para apartar el pelo de su frente.

El contuvo el aliento. Instintivamente, su mirada voló hacia los senos de Casey. Cada respiración de ésta lo empujaba más y más hacia los límites de su resistencia: Sus manos anhelaban acariciar aquellos redondeados y firmes pechos. Casi podía saborear su dulce calidez.

Apretó los puños junto a sus costados y dejó que su frustración riñera de enfado su voz.

-Pues ya estoy aquí, así que ya puedes irte.

-No.

-;No?

-Oh. Jake... -Casey se inclinó hacia él, mostrándole involuntariamente la parte alta de sus senos-. ;No te das cuenta? Llevo tiempo deseando que sucediera esto... v ahora nos vamos. No sé cuándo volveré.

Jake también había pensado en eso. De hecho, ése era el motivo por el que se había ido tan pronto de la fiesta. No se sentía con ganas de celebrar el hecho de que la única mujer que le interesaba se fuera de la ciudad. Sin duda, Casey se olvidaría de él en cuanto pasara un tiempo sin verlo. Ya él le sucedería lo mismo.

Lo que hacía aún más imperativo que la sacara cuanto antes de su habitación.

-No deberías estar aquí, Casey.

-Aquí es exactamente donde debo estar -replicó ella, y bajó de la cama, arrastrando consigo la sábana. Luego se acercó a Jake y apoyó una mano en su antebrazo.

El sintió que la piel le ardía bajo su tacto. Apretó la mandíbula, decidido a ignorar la sensación casi eléctrica que le producía estar tan cerca de Casey.

-No podía esperar más tiempo a que dieras el primer paso -dijo ella con suavidad, sin apenas aliento-. Se me ha acabado el tiempo. Tenía que decírtelo.

-; Decirme qué? - «dilo», rogó Jake en silencio. «Dilo y vete».

-Te quiero.

Jake sintió aquellas palabras como un poderoso golpe lanzado

contra su estómago. Miró a Casey a los ojos y vio en ellos todo lo que siempre había querido ver en ellos. Deseó tomarla entre sus brazos, estrecharla contra sí, perderse en ella. Quería deslizarse en su calidez, escuchar sus gemidos de placer mientras se descubrían mutuamente. Pero no podía hacerlo. No importaba lo que ella sintiera.

Nada había cambiado. Casey aún era demasiado joven. Demasiado inexperta como para saber lo que quería. Aún era la niña que lo seguía a todas partes, bombardeándolo a'preguntas hasta hartarlo.

A pesar de que ya no parecía ninguna niña, no podía aprovecharse de sus sentimientos para calmar el anhelante deseo que palpitaba en su interior. Y tampoco podía esperar que una chica de su edad pudiera hacer una promesa de amor eterno.

Aun sabiendo que hacerlo podría matarlo, se obligó a decir:

-Gracias, Casey. Aprecio lo que me has dicho.

Los ojos de Casey reflejaron todas las preguntas que en ese momento pasaron por su mente.

-¿Lo aprecias?

-Casey, sé que no quiéreos oír esto...

-Entonces no lo digas. Por favor -suplicó ella, apoyando una mano sobre el pecho de Jake-. No lo digas.

-Tengo que hacerlo -Jake alzó una mano y cubrió con ella la de Casey-. Tengo treinta años, cariño. Tú sólo tienes diecinueve.

-Cumpliré veinte el próximo mes.

-De acuerdo, veinte -concedióJake-. Ni siquiera has acabado tus estudios.

-¿Yeso que tiene que ver con nosotros?

—No hay un «nosotros» -dijo Jake, a pesar del esfuerzo que le costó hacer aquella afirmación.

-Pero podría haberlo.

Él negó con la cabeza.

-¿Estás diciéndome que no sientes nada por mí? -preguntó ella.

-Casey...

-Sé que sientes algo por mí. Lo he visto en tu forma de mirarme. Es como yo te miro a ti.

Jake maldijo interiormente.

-Por favor, no me rechaces. No quiero dejarte -Casey se acercó más a él y deslizó una mano tras su nuca. Lentamente, atrajo su cabeza y lo besó en los labios.

Jake gimió y hizo un esfuerzo sobrehumano para permanecer totalmente quieto bajo el delicado asalto de Casey. El contacto de

sus labios fue electrizante. Algo destelló entre ellos. Algo único y mágico. A pesar de todo, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, logró resistir la tentación.

Entonces Casey dejó caer la sábana y lo rodeó con ambos brazos por el cuello. Presionó su cuerpo contra él y Jake sintió sus endurecidos pezones rozándole el pecho a través de la camisa. El deseo ascendió en su interior como un cohete, duro y caliente. Quería comportarse bien, pero sólo era humano.

Cuando sus brazos rodearon la espalda desnuda de Casey, un ronrroneo de excitación surgió de la garganta de ésta. Entreabrió los labios y la lengua de Jake se hundió en su boca, saboreándola por primera vez. Era más dulce y más intoxicante de lo que nunca había imaginado. Al instante, supo que si no se detenía de inmediato no lo haría nunca.

Se apartó bruscamente de ella y dio un paso atrás.

-¿Qué sucede? -susurró Casey. Sus ojos brillaban con el fuego de la pasión recién nacida. Aquel destello casi bastó para que Jake olvidara su intento de actuar con nobleza. Casi.

-¿Que qué sucede? -repitió-. Esto -se agachó, recogió la sábana y rodeó con ella a Casey-. Todo esto está mal -espetó, y dio otro paso atrás.

-¿Cómo puede estar mal siendo algo tan agradable?

—¡Maldita sea, Casey! No soy de piedra, ¿de acuerdo? —furioso, Jake se acercó a la ventana del dormitorio y contempló el oscuro exterior—. Será mejor que te vayas. Ahora. Antes de que hagamos algo de lo que podamos arrepentimos.

Oyó que Casey sorbía por la nariz y supo que estaba llorando. Pero no se volvió. Sabía que si lo hacía y veía lágrimas en sus ojos, perdería aquella batalla.

Pasó un momento eterno hasta que Casey dijo:

-De acuerdo. Me voy.

«Gracias a Dios», pensó Jake.

—Pero estás equivocado -continuó ella, y él sintió que el corazón se le encogía al percibir el dolor que había en su voz—. Respecto a'íiosotros. La edad no tiene nada que ver con el amor, Jake Parrish. Y algún día te arrepentirás de haberme echado esta noche.

Los recuerdos terminaron bruscamente con aquellas últimas palabras susurradas en su mente.

Se había arrepentido.

Cada noche, desde entonces.

Pero, especialmente, esa noche.

-Entonces —preguntó Casey—, ¿te arrepentiste?

Jake se volvió despacio, inevitablemente, para encararse con la mujer que se hallaba en el umbral de la puerta del dormitorio. Se había quitado el vestido y iba envuelta en una enorme toalla de baño color turquesa.

-Más de lo que nunca sabrás -admitió, finalmente.

-Bien -Casey entró en el dormitorio sin apartar sus ojos de los de él.

Sólo tuvo que mirarlo para saber que estaba reviviendo aquella noche. De algún modo, le hizo sentirse mejor saber que Jake también lo había lamentado. Se preguntó qué pensaría si supiera que lo único que lamentaba ella era haberle permitido que la echara.

-Toma -Jake le alcanzó su albornoz-. Puedes ponerte esto mientras trato de buscarte un chándal o algo parecido.

-Gracias -Casey tomó el albornoz, se lo puso sobre la toalla y, tras cerrarlo con el cinturón, se quitó ésta-. He dejado mi ropa escurriéndose en el baño. Espero que no te importe.

-Claro que no.

Jake parecía tan incómodo como ella se sentía.

-No era exactamente así como había imaginado mi noche de bodas -dijo Casey, y a continuación rió con más nervios que humor.

-;Qué ha sucedido? -preguntó Jake-. ¿Por qué estás aquí, y no iniciando tu luna de miel?

Otra nerviosa risa escapó de entre los labios de Casey.

-Creo que hay que estar casado para poder irse de luna de miel.

Incluso en la semi oscuridad reinante, Casey pudo distinguir el familiar ceño fruncido de Jake. Se acercó a la cama y se sentó en el borde. ;

-¿Qué ha sucedido, Casey? -volvió a preguntar Jake.

Ella apoyó los codos en las rodillas y lo miró. Se encogió de hombros.

-Mi prometido decidió en el último momento que casarse conmigo no era tan buena idea, después de todo.

-¿No se presentó en la iglesia?

¿Cuántas más humillaciones debía soportar en un día?, se preguntó Casey. Ya había sido bastante malo que la dejaran plantada. Adimitirlo ante Jake resultaba casi peor. Pero más le valía acostumbrarse a aquella pregunta. Probablemente, no dejaría de oírla una y otra vez durante los próximos meses.

-Sí -dijo, finalmente-. Pero sólo se quedó el tiempo suficiente para dejarme una nota.

-¿Una nota? -preguntó Jake, incrédulo.

Casey contuvo el aliento cuando Jake fue a sentarse a su lado. Cuando vio que no intentaba tocarla, no supo si sentirse aliviada o decepcionada.

-Sí -sonrió con tristeza-.

Al parecer, Steven sintió un incontenible y repentino impulso de visitar Méjico.

-Miserable.

-Eso mismo pensé yo -dijó*Casey, palmeando inconscientemente la mano de Jake-. Al menos, en ese momento -al pensar en ello ahora, le sorprendió descubrir que la rabia que habia sentido había desaparecido casi con la misma rapidez con que surgió. Extraño. Todo lo que sentía ahora era alivio, teñido con unos restos de humillación.

No estaba locamente enamorada de Steven. Ni siquiera estaba segura de haberlo amado alguna vez. Sin duda, le había gustado. Al menos, hasta ese día. Era un hombre agradable, «de buena familia», como solía decir su madre, refiriéndose sobre todo a que tenía dinero.

Los padres de ambos querían aquella boda y ella y Steven se limitaron a dejarse llevar.

Frunció el ceño y se pasó una mano por la frente. La madre de todos los dolores de cabeza empezaba a palpitar en la suya.

-Lo siento, Casey.

-;Por qué? -preguntó ella-. Esta vez no fuiste tú el que me rechazó.

-Déjalo ya, ¿de acuerdo?

-¿Por qué? -Casey volvió la cabeza y lo miró directamente a los ojos-. Después de todo, ésta es mi noche de bodas. ¿Qué puedo hacer mejor que hablar de sexo?

¿O de su falta?

-He dejado el hervidor en el fuego -Jake se movió para levantarse-.

¿Por qué no vamos a la cocina y nos preparamos un té?

-He apagado el fuego cuando el agua ha hervido -dijo Casey. haciendo una seña para que volviera a sentarse.

Jake se sentó, aunque un poco más lejos de ella.

-Has tenido un mal día, Casey. ¿No crees que lo que mejor te vendría sería dormir?

-No quiero dormir, Jake —de hecho, Casey nunca se había sentido más despierta. Normalmente, no se le habría ocurrido

interrogar a Jake sobre aquella noche, pero, ya que el destino le había proporcionado la oportunidad, quería saber por qué la rechazó.

Jake se levanto abruptamente y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación.

-Oh, relájate -continuó Casey-. No voy a intentar seducirte de nuevo.

Me convenciste hace tiempo de que no estabas interesada por mí.

No volveré a intentarlo.

La risa de Jake fue más bien un gruñido.

-¿Que no estaba interesado? No recuerdo haber dicho eso.

Casey parpadeó, tratando de ignorar el repentino calor que se acumuló en la boca de su estómago. Su mente volvió veloz a los recuerdos de aquella noche. Recordó la sensación de las manos de Jake sobre su carne desnuda. El sabor de su boca. Su ahogada respiración. Y, sobre todo, la suavidad con que la rechazó.

-¿Quieres decir que sí me deseabas? -preguntó, insegura.

-¿Desearte? -Jake rió brevemente-. Supongo que podría decirse que sí.

Apenas pude caminar durante una semana.

Casey volvió a parpadear. Se irguió y se volvió para mirar a Jake.

Éste estaba junto a la ventana, contemplando el exterior.

-¿Sigue nevando? -preguntó, sin apartar la mirada de los rasgos de Jake.

-Sí. Pero no demasiado.

-Si me deseabas, ¿por qué me rechazaste? -tenía que estar loca, se dijo Casey.

O, al menos, debía ser masoquista. ¿No le bastaba ccfri que la hubieran dejado plantada ante el altar? ¿De verdad quería saber la respuesta a su pregunta?

¿Aunque supusiera añadir más humillación a la que ya había sufrido?

Sí. Quería oír la respuesta.

Además, el rechazo de Jake tuvo lugar cinco años atrás. Todo lo que quería saber ahora era el motivo.

Al ver que no respondía, repitió:

-¿Por qué, Jake?

El la miró con gesto pétreo.

—Tuve que hacerlo. Eras sólo una niña —volvió la mirada hacia la ventana-.

Un hombre no debe aprovecharse del encaprichamiento de una niña.

-¿El encaprichamiento? -Casey movió la cabeza-. Te quería. Estaba enamorada de ti.

-Eras demasiado joven para saber algo sobre el amor.

-¿Según quién?

-Según yo.

-De manera que decidiste ser noble.

-Decidí hacer lo correcto -corrigió Jake—. Pero sí. Te deseaba.

Casey sintió un nudo en la garganta al pensar en las oportunidades perdidas. Mirando a Jake, se fijó en que no había cambiado mucho durante los últimos años.

Sabía que había estado casado, desde luego. Pero también sabía que su matrimonio no fue feliz. Annie la había mantenido al tando durante aquellos años.

Pero que Jake la deseara...

Estaba segura de que Annie no sabía eso.

Se oyó haciendo la inevitable pregunta.

-¿Cuándo dejaste de desearme?

Jake volvió la cabeza para mirarla y le dedicó una tensa sonrisa.

-Te lo haré saber en cuanto suceda.

-;Quieres decir...?

Jake respiró secamente, se apartó de la ventana y se encaminó a la puerta.

-No deberíamos estar hablando de esto -murmuró.

Anonadada, Casey saltó de la cama y lo interceptó antes de que pudiera salir del dormitorio. Apoyó una mano en su brazo y lo miró a los ojos, deseando que le devolviera la mirada. Finalmente, de mala gana, Jake lo hizo así.

La expresión de su rostro, de sus ojos, llegó a lo más hondo de Casey. Deseo. Anhelo. Necesidad.

Todos los sentimientos que ardieron entre ellos en el pasado seguían ahí. Enterrados y cuidadosamente ignorados durante demasiado tiempo, volvían a revivir, y no había forma de frenarlos. Aunque hubiera querido hacerlo.

Casey tragó con esfuerzo. Tal vez, todo lo sucedido no era más que el camino elegido por el destino para volver a reunirlos.

Por un increíble instante, se sintió como si le hubieran dado una segunda oportunidad.

—Jake -dijo con suavidad-. Ahora ya soy mayor.

-Ya me he fijado.

Casey sonrió.

-Te dije que no volvería a preguntártelo...

-Una sabia decisión.

-... pero no te dije cuál sería mi respuesta si tú me lo preguntaras a mí.

-Casey...

-Diría que sí.

El mundo se detuvo.

Casey supo que era así porque su corazón no latía y ella seguía viva. Era como si todo en su interior y a su alrededor estuviera espejando la reacción de jake.

Despacio, él alzó una mano y la apoyó en la mejilla de Casey. Su pulgar la acarició con ternura.

-Estás loca -susurró.

-Puede. Pero no creo.

Jake movió la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver conmigo, Casey. Estás reaccionando porque te han dejado plantada. Y eso no está bien.

-Estás equivocado -Casey volvió el rostro en la mano de Jake y besó su encallecida palma-. Esto no tiene nada que ver con lo que me ha pasado. Aquella noche siempre ha estado conmigo -susurró-. Por algún motivo, el destino nos ha dado una segunda oportunidad. Esta noche -alzó una mano y cubrió con ella la dejake- Puede que entonces tomaras la decisión correcta, pero esa época ya ha pasado.

Se produjo un largo silencio. Finalmente, acariciándola con la mirada, Jake murmuró:

-Esta vez voy a ser yo quien te lo pida. Quédate conmigo esta noche, Casey

-Sí -dijo ella, alzándose de puntillas para recibir el beso de Jake.

Capítulo Cuatro

Una intensa emoción iluminó por un momento los rasgos de Jake. Casey temió que fuera a cambiar de opinión.

Entonces, su boca descendió hacia la de ella en un fiero impulso de necesidad. No hubo ninguna duda en su gesto. De hecho, Casey sintió la necesidad de Jake tanto como sentía la suya. Jadeó ante la fuerza del deseo qué palpitaba en su interior.

Aquellos cinco años desaparecieron como si nunca hubieran existido, y, una vez más, volvió a ser la chica de veinte años que se lo ofreció todo al hombre al que amaba.

Sólo que en esta ocasión él le devolvió más de lo
que podía esperar.»

Jake le hizo entreabrir los labios con la lengua y la invadió profundamente de un sólo movimiento, prometiéndole con ello venideras delicias. La íntima caricia provocó una lluvia de chispas en el interior de Casey, que se inclinó hacia él, deseando más. Jake gimió a la vez que buscaba con las manos el cinturón del albornoz.

Lo desató en un solo movimiento y retiró la prenda de los hombros de Casey, dejándolo caer a continuación al suelo. El pelo aún húmedo de ésta cayó por su espalda, provocándole un escalofrío. Pero entonces Jake la atrajo hacia sí y acarició con ambas manos su espalda de arriba abajo. El temblor que recorrió entonces a Casey no tuvo nada que ver con el frío.

Todo en ella respondió mágicamente a sus caricias. Era como si Jake hubiera rebuscado en su interior y hubiera encendido una luz en todos los lugares solitarios que durante tanto tiempo había tratado de ocultar. Se arqueó contra él, queriendo más. deseando más.

De pronto. Jake se apartó de ella, la miró un intenso instante y luego, entre dientes, preguntó: -;Estás segura de esto. Casey? Si no lo hubiera estado antes, lo habría estado en el momento en que la tocó. Aquello estaba bien, se dijo Casey. Lo sabía. Lo sentía.

Habían pasado cinco años desde la última vez que estuvo con Jake en aquel dormitorio. Había tenido tiempo de sobra para madurar durante aquel tiempo, y si Jake quería librarse de ella

ahora, no le iba a resultar tan fácil como entonces.

-Estoy aquí, en tu dormitorio, completamente desnuda ante ti. ;y me preguntas eso?

-Tengo que preguntártelo. Quiero tener la certeza de que sabes lo que estás haciendo. Ésta es tu última oportunidad, Casey

-Jake respiró profundamente antes de añadir-: Si quieres cambiar de opinión, dilo ahora.

Una voz en el fondo de la mente de Casey le dijo que debía aprovechar aquella oportunidad para irse, que tuviera cuidado. Que utilizara la lógica, la razón. Pero lo que estaba sintiendo no tenía nada que ver con la lógica.

-Quiero hacer el amor contigo -dijo, dando un paso hacia él. Jake gimió-. Necesito hacer el amor contigo -añadió, apoyando una mano sobre su pecho-. Ahora.

Jake se sacó de un tirón la camisa de los pantalones y luego empezó a desabrochársela. Impaciente, terminó por arrancársela, haciendo que los botones salieran volando en distintas direcciones.

Con la boca seca, Casey vio cómo se quitaba el resto de la ropa. Cuando, finalmente, Jake se quedó completamente desnudo ante ella, se quedó mirándolo, embobada.

Años de duro trabajo en el rancho habían convertido su cuerpo en una masa de músculos esculpidos. Su amplio pecho, con una pequeña mata de pelo cubriéndolo entre los pectorales, estaba bronceado por el sol. Sus anchos hombros parecían poderosos, sus brazos fuertes. Casey siguió con la mirada el rastro de pelo oscuro que descendía por su abdomen.

Volvió a quedarse sin aliento al ver su sexo. Entonces, él alargó una mano hacia ella y todo pensamiento abandonó su mente.

Acunada contra él, disfrutó de la sensación de sus endurecidos pezones rozándole la piel.

El excitado sexo de Jake presionaba contra su vientre, y un lento remolino "fie calor empezó a formarse entre sus piernas. Un gruñido de placer surgió de entre los labios de Jake cuando Casey se movió contra él.

Bajó la cabeza y volvió a besarla apasionadamente. Casey lo rodeó con los brazos por el cuello para mantener el equilibrio. Mientras se entregaba a las delicias que nacían y se extendían por su cuerpo, Jake colocó una mano sobre su cadera y luego la deslizó lentamente entre sus piernas. Casey se estremeció al sentir sus dedos moviéndose hacia el centro de su feminidad.

Jake continuó su exploración con confianza y sonrió contra la boca de Casey cuando ésta separó las piernas para él. Mientras sus

dedos seguían bajando, apoyó la otra mano sobre sus nalgas para sostenerla.

Casey dio un pequeño respingo cuando Jake localizó un punto determinado entre sus piernas. Su beso se volvió más profundo, exigiéndole en silencio toda su atención, su pasión. Mientras su lengua entraba y salía de la boca de Casey, sus dedos empezaron a moverse sobre su más íntima.

Ella tembló violentamente al sentir una cascada de placer recorriéndola. Rompiendo el beso, dejó caer la cabeza hacia atrás y se concentró en la magia de las caricias de Jake. Cerró los ojos y su mente se llenó de brillantes colores. Las rodillas se le hicieron de goma y trató desesperadamente de mantenerlas en su sitio. Si se movía, Jake podría detenerse, v no quería que lo hiciera.

Como sintiendo su preocupación, Jake la tomó fácilmente en brazos y la llevó a la cama. Tras apartar la colcha con una mano, la tumbó de espaldas.

Las frescas sábanas acariciaron la espalda de Casey. pero antes de que pudiera disfrutar de la decadente sensación de estar desnuda sobre la cama, Jake estaba allí. En todas partes.

Dando finalmente rienda suelta a su pasión, la devoró con boca y manos. Sus labios tomaron uno de los endurecidos pezones de Casey y la respiración de ésta se fue transformando en un jadeo.

-!Jake! -gimió-. ¡No pares, por favor! ¡No pares!

-Sólo estoy empezando -murmuró él con voz ronca.

A continuación, utilizando sus labios, su lengua y sus dientes, condujo a Casey más y más arriba, hasta un mundo de sensaciones desconocidas para ella.

Casev se retorció entre sus brazos, disfrutando

de sus atenciones, pero también anhelando algo que sabía que aún la aguardaba.

Entonces Jake empezó a besarla por todas partes, recorriendo cada centímetro de su piel, saboreándola entera.

Después, alzó la cabeza y la miró abiertamente, con los ojos encendidos por una pasión que se hizo más y más intensa según pasaban los segundos.

Casey parecía un ser casi salvaje, desenfrenado. Sus ojos brillaban de deseo y su boca entreabierta parecía rogar que la besaran.

Jake se rindió a ella gozosamente y tomó los labios de Casey como si su vida dependiera de ello. Y, en ese momento, admitió que, probablemente, así era. Saboreó su dulzura y disfrutó de su anhelante respuesta.

Tuvo razón al rechazarla cinco atrás.

La espera había merecido la pena.

Nunca se había sentido tan vivo. Necesitaba estar dentro de ella. Lo necesitaba más de lo que habría querido reconocer.

Casey arqueó la espalda y echó la cabeza atrás sobre las almohadas. Al sentir que dos dedos penetraban en su húmedo interior, inhaló repentinamente, como si aquello la hubiera tomado por sorpresa. Pero, según continuaron las caricias de Jake, empezó a balancear las caderas, a moverlas atrás y adelante, gimiendo más y más, hasta que él se sintió a punto de perder el control.

-¡Ayúdame, Jake! —susurró con voz rota, aferrando las sábanas con los dedos—. Es tan... maravilloso -jadeó-. Necesito más...

-Lo sé, nena -dijo Jake, con voz grave y estrangulada-. Yo también.

No podía esperar un instante más para hacerla suya. Nunca había sentido tanto deseo, tan desesperado anhelo por unirse a una mujer. Por sentir su cuerpo rodeándolo. Por saborearla. Por hacer suyo el aliento de ella.

Alzándola por las caderas, penetró profundamente en su dulce y húmeda calidez.

Casey dejó escapar un grito ahogado de dolor.

Jake se quedó helado.

Casey arqueó la espalda.

Jake maldijo.

Casey abrió los ojos.

Mirando aquellos enormes ojos verdes, Jake logró murmurar:

-¿Por qué no me has dicho que eras virgen?

Ella balanceó las caderas y suspiró mientras rodeaba el cuello de Jake con sus brazos.

-;Tiene alguna importancia?

Hundido en el ardiente cuerpo de Casey, el sexo de Jake palpitaba, buscando su liberación. El daño va estaba hecho. No había remedio. Aunque lo hubiera deseado.

-Ya no -dijo, y salió lentamente del cuerpo de Casey, sólo para volver a penetrarla de nuevo.

-jake!

Casey clavó las uñas en los hombros de Jake a la vez que lo rodeaba con las piernas por las caderas. El se movió y ella se movió con él. Todo pensamiento abandonó la mente de Jake, excepto la necesidad de alcanzar la culminación.

Deslizando una mano entre sus cuerpos, buscó de nuevo el centro del placer de Casey. Mientras la acariciaba, contempló

maravillado cómo iba transformándose la expresión de su rostro. Con los ojos cerrados, Casey se mordió el labio inferior y alzó las caderas, arqueándose más y más contra él.

Cuando los primeros temblores la alcanzaron, gritó el nombre de Jake y clavó aún más las uñas en su espalda. Los estremecimientos de placer que la recorrieron alcanzaron también a Jake, hasta que, con un empujón final, cayó de bruces como un peso muerto.

Trató de hablar. Pero antes debía averiguar si aún podía respirar.

Cuando logró hacerlo, notó que su corazón parecía a punto de estallar. Sabía que debía moverse. Estaba aplastando a Casey, pero no lograba encontrar la fuerza necesaria o la voluntad de hacerlo.

Nunca había experimentado nada parecido. Hacer el amor siempre le había gustado, por supuesto. Aunque hacía mucho tiempo que no lo hacía. Desde su separación, se había mantenido alejado de las mujeres.

A pesar de todo, ¿había pasado tanto tiempo como para que se le hubiera olvidado lo explosivo que podía ser? ¿Lo increíble?

No. Frunció el ceño y, finalmente, logró moverse para quedarse tumbado junto a Casey. No era sólo hacer el amor. Era hacer el Jmor con Casey lo que había hecho que la experiencia resultara tan... Dejó que aquel pensamiento se alejara. Resultaba mucho más seguro atacar que permanecer pasivo.

-¿Por qué no me lo has dicho?

-¿Hmm?

Jake contempló a Casey mientras ésta se estiraba y sonreía.

-Te he preguntado que por qué diablos sigues siendo virgen.

-Ya no lo soy -replicó ella en tono satisfecho—. Muchas gracias.

-¿Muchas gracias?

-Sí -Casey miró a Jake con gesto confundido-. Lo siento, nunca había hecho esto antes. ¿Qué se supone que debe decir una después de haber sido...?

-¿Seducida?

Casery rió.

-¿Seducida? ¡Hablas como un auténtico puritano, Jake!

¿Puritano? ¿Él?

-No te preocupes, de acuerdo? -continuó Case-. Creo que mi padre ni siquiera tiene escopeta.

-Podías habérmelo dicho, Casey.

-No me lo has preguntado.

-No tenía por qué hacerlo. Tenías un novio. Ibas a casarte hoy

con él.

-¿No te has fijado en que mi vestido era blanco?

-No creía que eso aún significara algo hoy en día.

-Pues ahora ya lo sabes.

Jake se pasó una mano por el pelo y miró al techo.

-Deberías habérmelo dicho.

-Si lo hubiera hecho, tal vez no habrías querido...

-Desde luego que no.

-¿Lo ves? -Casey volvió a estirarse. Jake cerró los ojos un momento. Maldijo en silencio. Había sido la primera vez para Casey y él la había tratado como si lo hubiera hecho cientos de veces antes.

-¿Te he hecho daño? -preguntó, temiendo de antemano la respuesta.

-¿Daño? -Casey se apoyó sobre un codo y lo miró-. Ha sido... maravilloso. No esperaba que fuera así.

-¿Qué esperabas?

-Oh, no lo sé -Casey suspiró y deslizó un dedo por el pecho de Jake-. Supongo que sabía que sería agradable, ¿pero cómo iba a esperarme algo tan dramático e intenso como esto?

Jake le tomó la mano y la sostuvo con fuerza. Era difícil de creer, pero una simple caricia de Casey había bastado para volver a excitar su cuerpo.

Contempló sus finos y elegantes rasgos, la melena rubia, revuelta en torno a su cabeza como un halo, el brillo de sus ojos. ¿Qué le sucedía a su novio? ¿Por qué no se había casado con ella? ¿Y cómo era posible que no le hubiera hecho el amor?

Antes de poder controlarse, hizo en alto la última pregunta.

De inmediato, los rasgos de Casey se endurecieron. Retiró la mano que sostenía Jake, se tumbó de espaldas y cruzó los brazos sobre su pecho.

-Nunca surgió el momento.

Ahora fue Jake el que se apoyó en un codo para mirarla.

-Creía que hoy en día ya nadie esperaba a ca
sarse.

-Discúlpame por ser un dinosaurio.

-No me refería a eso.

-Si estás pensando que me he reservado para ti, olvídalo.

-Tampoco he dicho eso —¿había sido siempre tan confuso hablar con Casey?

-Vine una vez a ti y dejaste las cosas muy claras. No estabas

interesado.

-Creo que ahora ha quedado bastante claro lo contrario.

Casey frunció los labios.

-En eso tienes razón.

-¿Cómo has dicho que se llamaba? Casey permaneció un momento en silencio, como tratando de recordar de qué estaban hablando. Finalmente, en tono despreocupado, dijo:

—Steven.

-Steven -repitió Jake-. Ese hombre debe estar loco.

Ella lo miró con una sonrisa de oreja a oreja.

-¡Yaya, Jake Parrish! Creo que eso es lo más bonito que me has dicho nunca.

Jake volvió a tumbarse de espaldas.

-Sigamos con lo que estábamos.

-Eso -dijo Casey, apoyando una cabeza sobre su hombro-. Sigamos.

-Yale ya. Casey -advirtió Jake, tratando de apartarse un poco de ella.

-No puedes simular que ya no me deseas -Casey deslizó una mano hacia el ya excitado sexo de Jake.

-¡Maldita sea, Casey! -Jake volvió sujetarle la mano-. ¡Eres virgen! La amiga de mi hermana pequeña...

¡una niña!

-Tomando tus objeciones una a una -replicó Casey, haciendo una pausa para besar a Jake en el pecho—, como sin duda has observado, ya no soy virgen.

-Dios...

-En cuanto a ser la amiga de Annie, por supuesto que lo soy. ¿Y qué? Todo el mundo es amigo de alguien.

-Déjalo ya, Casey -gruñó Jake mientras ella le mordisqueaba un pezón.

Casey alzó la cabeza y sonrió.

-En cuanto a la última objeción, creo que incluso tú tendrás que estar de acuerdo en que ya no soy ninguna niña.

Jake inhaló con fuerza y luego soltó el aire lenta y casi dolorosamente.

Casey sonrió para sí. Se estaba debilitando. Miró por debajo de su cintura. Bueno, no todo en él se estaba debilitando. Alargó la mano para tocarlo.

Jake gimió entre dientes cuando los dedos de Casey se cerraron en torno a su excitado sexo. Una increíble sensación de poder surgió en ella. Jake Parrish la deseaba. Su cuerpo no podía esconderse de

ella.

En ese momento supo por qué se había sentido tan aliviada en el fondo cuando Steven la dejó plantada.

Por supuesto que no quería casarse con el hombre que eligieron sus padres para ella.

Aún tenía sentimientos demasiado profundos por Jake.

-Una virgen -murmuró él, con voz espesa.

Casey se inclinó y lo besó en los labios. Luego alzó la cabeza para mirarlo.

-Jake, una virgen más o menos no va a implicar la caída de la nación. No eres ningún criminal.

No me has atado ni me has forzado.

Jake gruñó al imaginar aquello.

Ella sonrió.

-Más bien, yo me he aprovechado de ti.

-¿Qué?

-Claro que sí. Te he seducido con mis malvados trucos de chica de ciudad y he conseguido lo que quería. Siendo un inocente chico del campo, no has tenido más remedio que seguirme el juego.

Jake sonrió a pesar de sí mismo.

-¿Te siente mejor? —preguntó Casey.

-Puede.

-Bien -susurró ella mientras se inclinaba para besar de nuevo el plano pezón de Jake-. Y ahora,

tengo una idea sobre cómo lograr que te sientas aún mejor.

Jake tomó con suavidad el rostro de Casey en su encallecida mano.

-No podemos volver a hacerlo. La primera vez ha sido un error.

La segunda sería una completa locura.

Casey sintió que su corazón se encogía. A pesar de todo, sonrió.

-Entonces, hagamos una locura, Jake

-se inclinó sobre él y lo besó con ternura en las cejas, en los palpados, en las mejilla

—. Aunque sólo sea por esta noche, hagamos una locura.

Capítulo Cinco

Casey contuvo la respiración, esperando.

La boca se le secó, y, si hubiera extendido las manos, estaba segura de que las habría visto temblar.

Era ridículo. Acababa de hacer el amor con aquel hombre. Entonces, ¿por qué sentía aún aquella ansiedad? Pero conocía la respuesta a su pregunta. Su breve y apasionado encuentro con Jake había sido precisamente como aquellos sobre los que tantas veces le había advertido su madre. «Cuando se pierde el control sobre las hormonas y el deseo, a veces se hacen cosas que uno no haría normalmente».

Pero si volvían a hacer el amor, sería porque ella yjake querrían experimentar de nuevo la sensación sin dejarse llevar por un incontenible impulso que les imposibilitara ver las cosas con claridad.

Jake frunció el ceño ligeramente y alzó sus azules ojos hacia Casey.

-¿Qué? -preguntó ella.

-Acabo de pensar en algo -Jake se volvió, se apoyó sobre ambos codos y ladeó ligeramente la cabeza-. Eras virgen y no me lo has dicho.

-Pensaba que ya habíamos aclarado ese asunto.

-¿Qué más no me has dicho?

-¿Qué quieres decir?

-¿Sigues algún... algún método contraceptivo?

Casey se quedó boquiabierta.

-Maldita sea -Jake se dejó caer sobre la cama como si le hubieran disparado.

-No lo he pensado -dijo Casey rápidamente-. Siempre he querido tener hijos, y Steven dijo que eso dependía de mí -frunció el ceño ligeramente. Steven si siquiera se había molestado en expresar su opinión sobre si quería o no tener hijos. Y ella no había pensado en utilizar ningún medio para evitar quedarse embarazada.

Apoyó una mano sobre su vientre y se preguntó si Jake le habría dado el hijo que tanto anhelaba.

Jake vio el movimiento y lo interpretó erróneamente.

-Lo más probable es que no haya por qué preocuparse -dijo-. Las posibilidades de que te quedes embarazada la primera vez son muy escasas -suspiró-. Pero, si es así, ya pensaremos en algo.

Casey se tumbó junto a él y apoyó la cabeza en su pecho. Escuchó los latidos de su corazón bajo el oído. Pasó un largo momento antes de que Jake la rodeara con su brazo. Cuando lo hizo, ella sonrió. -Lo siento, Casey -dijo Jake con suavidad-. Esto no debería haber sucedido. Ni siquiera recuerdo la última vez que actué antes de pensar.

-No lo sientas -Casey echó la cabeza atrás para mirarlo-. Hace tiempo que he querido que esto sucediera. Jake rió.

-Desde luego, no me estás dando facilidades para que me sienta culpable.

-No hay nada por lo que debas sentirte culpable. -Puede que te hayas quedado embarazada. -Pero puede que no. Tú mismo has dicho que las posibilidades son muy escasas -dijo Casey, aunque no pudo evitar pensar que si a alguien podía sucederle algo así era a ella. Siempre había tenido esa clase de *suerte.*

Jake le palmeó el hombro, se apartó de ella y se sentó en el borde de la cama.

-Será mejor que te busque algo de ropa seca -dijo, poniéndose en pie-. Puedes pasar la noche en el antiguo dormitorio de Annie. Por la mañana llamaré a una grúa para que remolque tu coche.

-Jake...

-Todo ha acabado, Casey.

-No tiene por qué ser así -dijo ella precipitadamente. No quería que todo terminara tan pronto. Por el motivo que fuera, el destino le había concedido una noche con el hombre con el que siempre había soñado. Y, por una vez iba a hacer lo que sentía que *había que* hacer. Algo por ella.

Algo a lo que aferrarse en las noches venideras. Algo que recordar.

-No podemos volver a correr el riesgo.

-¿No podemos hacer nada al respecto?

Jake la miró, y, en la penumbra reinante, Casey vio su gesto de indecisión. Se irguió en la cama y dejó que la sábana se deslizara hacia abajo por su pecho. La mirada de Jake volo de inmediato a sus pechos.

Su gesto se volvió más tenso.

Casey se inclinó hacia él y alargó una mano.

-Ésta es nuestra noche, Jake. La noche que siempre debimos tener.

-No creerás eso de verdad, ¿no?

-Sí lo creo -contestó Casey, sin apartar la mano-. Por algún motivo que desconozco, el destino nos ha reunido esta noche. Sería una locura rechazarlo.

-Maldita sea, Casey...

Un fuerte golpe de viento agitó las contraventanas. Casey sonrió.

—Es una señal.

-Es una tormenta -las comisuras de los labios de Jake se alzaron levemente mientras miraba a Casey.

-Sólo esta noche, Jake.

-Debo estar loco -murmuró él, mientras se arrodillaba en la cama y tomaba a Casey entre sus brazos.

Ella dejó escapar el aliento que retenía y se fundió contra él.

Su calidez la rodeó, y se dijo que siempre recordaría aquello.

Jake buscó sus labios en un lánguido beso mientras volvía a tumbarse sobre el colchón. Casey permaneció sobre su pecho, voluntariamente cautiva.

De un sólo movimiento, sin separar su boca de la de ella, Jake la colocó debajo.

El beso se hizo entonces más profundo, su lengua se volvió más acariciadora. Casey dio la bienvenida a aquella dulce invasión y dejó que el último resto de ansiedad se ocultara en el rincón más apartado de su corazón.

Arqueándose contra el cuerpo de Jake, pidió silenciosamente más.

Quería sentir de nuevo su boca y sus manos en sus pechos.

Quería sentirlo todo.

Tras dejar un rastro de húmedos besos por la esbelta línea de su cuello, Jake tomó uno de sus pezones entre los labios. Ella gimió de placer, y aquel sonido provocó un inmediato incendio dentro de él.

Deslizando una mano por el vientre de Casey, la apoyó con suavidad entre sus piernas, dejando que su húmedo calor lo acariciara.

Algo se encogió en su pecho, amenazándolo con dejarlo sin aire.

Introdujo un dedo en Casey y gimió al sentir cómo ella le rendía su cuerpo. Instintivamente, moviendo las caderas, Casey hizo que la penetrara aún más con el dedo.

A la vez que un segundo dedo se unía al primero, Jake dedicó su atención al otro pecho. Rodeó con sus labios su endurecido y rosado capullo y lo absorbió suavemente. Casey volvió a gemir y entrelazó los dedos en el pelo de Jake, sosteniéndole la cabeza contra su seno como si temiera que fuera a parar.

Entonces, Jake acarició con el pulgar el centro del placer de Casey y sintió que su cuerpo saltaba en respuesta. Los latidos de su corazón se aceleraron, y la palpitante tensión de su sexo casi lo volvió loco. Nunca había conocido tal necesidad, tal deseo.

El esbelto y curvilíneo cuerpo de Casey bajo sus manos le producía más placer del que nunca había experimentado.

Sabiendo que si no se detenía en aquel momento no sería capaz de hacerlo, se irguió ligeramente y alargó la mano hacia la mesilla de noche. Abrió el cajón, sacó un pequeño envoltorio cuadrado y volvió a cerrarlo.

Rápidamente, tomó la medida de protección que debería haberle ofrecido antes a Casey.

Después, se colocó entre sus piernas y penetró lentamente en su cálido y deslizante interior. Contempló como la pasión se apoderaba de los rasgos de Casey, que echó la cabeza atrás, con los ojos cerrados y la boca entreabierta.

—Jake... —susurró ella con Suavidad, y alargó los brazos hacia él.

Jake tuvo que luchar contra su instinto para no dejarse atraer.

Manteniéndose totalmente quieto, en un intento por controlar la desbordante pasión que lo poseía, tomó aire y lo soltó despacio.

Enterrado hasta el fondo en el cuerpo de Casey, bajó la mirada hasta el punto en que sus cuerpos se unían y acarició con los dedos el centro de su placer.

Casey cimbreó las caderas, y aquel movimiento hizo que la frente de Jake se llenara de sudor.

Entonces ella colocó las manos tras su cabeza y se aferró desesperadamente a las almohadas.

Necesitaba algo estable a lo que agarrarse mientras el mundo empezaba a girar a su alrededor. Los dedos de Jake no se detuvieron, ni redujeron la marcha.

Casev movió las caderas en un frenético intento por alcanzar la cima que acababa de empezar a escalar. Y con cada movimiento, el sexo de Jake la penetraba más y más.

-Jake... -gimió de nuevo, alargando una mano hacia él.

El la tomó como si fuera un salvavidas en medio de una tormenta.

Y así, con las manos unidas, empezó a moverse, primero despacio, luego más y más deprisa, hasta que un prolongado y casi salvaje grito surgió de la garganta de Casey, haciendo que todo el deseo contenido de Jake alcanzara la cima y se desbordara en una explosiva cascada de luces que pareció envolverlos y mantenerlos

durante unos increíbles momentos suspendidos en el aire.

Casey pasó una pierna sobre las de Jake y acurrucó la cabeza contra la curva de su hombro. Jake tiró de la sábana para cubrirla. Luego, manteniendo un brazo en torno a la mujer dormida, contempló el techo en la oscuridad.

¿En qué diablos había estado pensando?

Tuvo que admitir que no había estado pensando en nada. Simplemente había reaccionado. Como un adolescente incapaz de controlar sus hormonas, había tomado lo que se le ofrecía sin pararse a pensar en las consecuencias.

Casey murmuró algo en sueños y él la estrechó con suavidad contra sí.

Unas pequeñas descargas eléctricas recorrieron el cuerpo de Jake. que frunció el ceño. De acuerdo, habían sido algo más que las hormonas. Nunca había experimentado nada parecido en su vida. El mero hecho de tocar a Casey provocaba en él una especie de reacción en cadena de fuegos artificiales. Había algo más que mero deseo implicado en todo aquello.

Pero no estaba dispuesto a entrar en ese terreno.

Ya había experimentado una vez la sucesión del amor y el matrimonio, y no funcionó.

No pensaba volver a intentarlo.

A pesar de todo, admitió en silencio, debía tener en cuenta un problema. Había seducido a Casey. Algo que siempre había logrado evitar hasta entonces. No había sido educado para acostarse con una virgen y luego irse como si nada.

Sobre todo si esa virgen era Casey Oakes.

Por no mencionar el hecho de que había una posibilidad, por remota que fuera, de que se hubiera quedado embarazada.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

Moviendo la cabeza, volvió la mirada hacia la ventana que había a su izquierda y trató de aclarar su mente, aunque sólo fueraipor un momento. Podría pensar con más claridad en cuanto durmiera al menos un par de horas.

Las estrellas parpadeaban en el oscuro cielo. La tormenta había acabado.

Tal vez aquello fuera una buena señal.

-¡Oh, Dios mío, oh Dios mío! -Annie descolgó de la ducha el vestido de novia húmedo y embarrado y corrió con él a la cocina.

-Mamá -llamó la niña que dejó atrás-. Aún tengo que hacer «pos»

Pero Annie estaba en una misión y no escuchó la queja de su hija. Entró precipitadamente en la cocina, donde estaban sentados

su padre, su tío y su tía. esperando a que Jake se levantara, y exclamó:

-¡Mirad! ¡Mirad lo que he encontrado!

-Por Dios santo -dijo tía Emma enseguida-.

-Qué le ha pasado a ese precioso vestido?

- De dónde lo has sacado? -pregunto Frank Parrish a su hija.

-Estaba en el baño -contestó Annie-. Colgando de la barra de la ducha.

-Deberías haberlo dejado ahí -dijo Emma, alzando una negra ceja al ver el rastro de barro que iba dejando el vestido sobre las baldosas.

-Por qué tendrá Jake un vestido de novia?

-se preguntó tío Harry, rascándose la barbilla pensativamente.

-¿No te das cuenta? -Annie dejó el vestido sobre el regazo de su padre y miró uno por uno a cada uno de sus tozudos parientes-.

A esto es a lo que se refería Jake ayer, cuando hablé con él por teléfono.

-¿A qué?

Annie miró a su tío Harry con gesto exasperado y luego se concentró en su padre.

-fake dijo que por fin había conseguido algo que llevaba deseando hacía tiempo.

-¿Sí?

-¡Debe ser esto! -Annie apartó un mechón de pelo oscuro de su rostro y sonrió a su padre-. Jake se ha casado!

Los ojos marrones de Emma se abrieron como platos.

-¿Casado? -repitió tío Harry-. ¿Quién se ha casado?

-Jake.

-Annie, no lo sabes con seguridad —advirtió Frank.

-¿Por qué si no iba a haber un vestido de novia aquí? -Annie movió la cabeza repetidas veces antes de continuar-. ¡El muy rata! ¡Mira que ocultarnos algo así!

¿Por qué no me invitó?

Frank Parrish pasó una mano por el vestido.

-Si se ha casado, ¿cómo ha podido quedar el vestido así? ¿Acaso ató a la novia a su silla y la arrastró por el barro hasta que dijo «sí, quiero»?

-Oh, no lo sé -Annie se volvió y empezó a caminar de un lado a otro de la cocina-.

No importa como fue. Sólo quiero saber con quién.

-¡Mami!

El grito llegó del fondo del pasillo.

-¡Lisa! -exclamó Annie, y corrió hacia la puerta-.

Me había olvidado por completo de ella... y tiene que ir a hacer «pos».

Tía Emma alzó de nuevo la nariz.

-«¡Pos!» —repitió, en tono escandalizado.

-«Pos» es una palabra perfectamente adecuada -Annie lanzó a su tía una mirada de enfado, y se preguntó por enésima vez que habría visto su dulce y despistado tío Harry en aquella bruja de lengua viperina.

-Hay que educar a los niños para que no griten esa clase de cosas en público.

-No está en público. Está... -Annie se interrumpió en seco.

No le debía a nadie una explicación sobre cómo educaba a su hija.

Y menos aún a Emma-. No importa -dijo, y salió de la cocina.

-¡Mami! -la voz de Lisa sonó más alta en esa ocasión, más exigente-.

¿Quién es la señorita que hay en la cama?

Emma se llevó una mano a la boca.

-Qué? -preguntó Harry-. ¿Qué señorita? ¿Dónde?

-Oh. oh -murmuró Frank y se levantó de la silla.

Siguiendo a su hija, se encaminó hacia el dormitorio de su hijo.

Emma y Harry lo siguieron pisándole los talones. La puerta del dormitorio de Jake estaba abierta de par en par. Un rayo de sol caía sobre la cama, en la que había dos personas tumbadas bajo las sábanas.

Annie se detuvo en seco en el umbral de la puerta. Su padre chocó contra ella, empujándola al interior.

Tras ellos, Emma dio un gritito ahogado y volvió a llevarse la mano a la boca.

Harry empujó sus gafas hacia lo alto de su nariz v miró por encima del formidable hombro de su esposa.

Lisa estaba a los pies de la cama, saltando sin cesar de un pie a otro.

-Buenos días, hijo -dijo Frank. -Papá -Jake se sentó lentamente en la cama y miró al grupo de personas reunidas en la habitación-. Annie.

-¿Quién es la señorita desnuda, tío Jake? -preguntó Lisa.

Justo en ese momento, la señorita desnuda se sentó junto a Jake. sujetando la sábana contra su pecho como un guerrero habría sujetado su escudo. Parpadeó, miró a su alrededor y sonrió temerosamente.

-la señorita es tu tía Casey-dijo Annie, dirigiéndose a su hija.
-¿Puede llevarme ella a hacer «pos»?

Capítulo Seis

Jake miró por encima del hombro la casa cubierta de nieve que había dejado a sus espaldas.

Su hermana estaba dentro, encerrada con Casey, y sólo Dios sabía lo que le estaría diciendo. Frunció el ceño pensativamente, esperando que su tío Harry hubiera logrado impedir que Emma se acercara al teléfono.

Desde el momento en que él y Casey habían sido descubiertos juntos, había visto cómo se inquietaba el dedo marcador de Emma.

Ésta apenas podía esperar a extender el último cotilleo entre sus amigas.

¡Habían encontrado a Jake en la cama con la prometida de otro hombre!

Recordó con ironía que cuando decidió divorciarse de Linda no necesitó decírselo a nadie.

Emma se encargó de notificárselo a todo el mundo.

Y logró hacerlo en menos de dos horas.

-Bueno, hijo... -dijo su padre con suavidad. Jake volvió la cabeza para mirarlo

—. ¿Qué vas a hacer respecto a esto?

-¿Qué se supone que debo hacer? -preguntó Jake, a la defensiva. ¿Pero por qué tenía que ponerse a la defensiva? Era un adulto. Como Casey. No era asunto de nadie que dos adultos decidieran pasar la noche juntos.

Frunció el ceño y encogió los hombros. Pero, si eso era cierto, ¿por qué se sentía como un adolescente atrapado en el sofá con la mano bajo la falda de una niña?

-Jake -insistió su padre con paciencia-. Vi ese vestido de novia. Era blanco. En mis tiempos, eso significaba algo.

-Todas las novias van de blanco ahora, papá -el hecho de que en el caso de Casey sí hubiera querido decir algo no tenía porqué ser discutido, ¿no? -Es cierto

—Frank suspiró-. Supongo que sería muy extraño econtrar hoy en día una mujer que se hubiera preservado para el matrimonio. Y supongo que sería igual de difícil encontrar a un hombre dispuesto a aceptarlo.

Jake se movió, incómodo. Casey había esperado. Sólo para que

su prometido la dejara plantada ante el altar.

Aunque, tal vez, ese no fuera el momento más adecuado para decir que Casey debería haberle dicho que era virgen. Sólo sonaría como si tratara de evadir sus responsabilidades. Incluso a él se lo parecía, aunque supiera que no era cierto.

Pero, juzgando por la mirada de su padre, dijera lo que dijera, aquella conversación no iba a ser precisamente fácil.

-Papá, Casey ya es una mujer. Ella toma sus propias decisiones.

-Tú también eres un hombre -replicó Frank-.

Y espero que hayas tomado y tomes las decisiones adecuadas.

¿Qué había querido decir?, se preguntó Jake. Pero sabía muy bien a qué se refería su padre.

No, no había utilizado ninguna protección hasta que ya era tarde. Y sí, existía la posibilidad de que Casey se hubiera quedado embarazada.

Una remota posibilidad.

Murmurando entre dientes, deslizó la mirada por el prado cubierto de nieve que se extendía más allá del patio del rancho. Ridículo. Podía convertirse en padre debido a una tormenta y a un ternero perdido.

Apoyó los codos en lo alto de la valla del corral, tratando de convencerse de que no había nada de qué preocuparse.

Frank Parrish volvió a suspirar, apoyó un codo en la misma valla y se tomó la barbilla con la mano.

-Ya sabes que Émma va a empezar a cotillear en cuanto encuentre el camino abierto a un teléfono.

-Sí -pero, en realidad, eso no importaba, pensó Jake. Casey y él eran dos adultos que sabían lo que hacían.

—Y el hecho de que Casey huyera de la iglesia y fuera a caer directamente en tu cama va a hacer que mucha gente se interese por el cotilleo

—tras una breve pausa, Frank añadió—: Tu madre...

Oh, oh, pensó Jake. Su padre estaba sacando la artillería pesada.

—...siempre ha querido mucho a Casey.

La considera como una hija más -continuó Frank.

Jake frunció el ceño. ¡Se negaba a contemplar aquel pequeño episodio comí! un incesto!

-Pero no lo es, ¿recuerdas? —replicó.

-Sin llegar a ser pariente de sangre, es lo que más se acerca.

Eso era cierto. De niña, Casey pasaba mucho tiempo en el rancho. Jake siempre había sabido que sus padres la adoraban. Pero ahora ya era mayor-cita.

-Esa chica es parte de la familia —insistió Frank-. Para mí es como una hija, y no estoy dispuesto a permitir que ningún hombre se aproveche de ella.

Jake sabía que su padre estaba pensando en el inútil ex-marido de Annie.

Ningún miembro de la familia pudo evitarle a ésta en su momento el sufrimiento y la vergüenza que tuvo que pasar. Evidentemente, Frank no estaba dispuesto a que se repitiera la historia con Casey.

Jake estiró el cuello como si tuviera una soga a su alrededor.

Para evitar que su padre expresara en palabras lo que estaba pensando, no dijo nada.

Pero debería haber supuesto que eso no le impediría hacerlo. -Podéis casaros.

Ya estaba. Las palabras expuestas para que todo el mundo pudiera verlas. Jake sintió que la imaginaria soga empezaba a tensarse en torno a su cuello.

-Casarnos? -se apartó de la valla y metió las manos en los bolsillos del chaquetón. Miró a su padre-. No, gracias, papá. Ya lo intenté una vez.

Frank no dijo nada. Se limitó a taladrar a su hijo con la mirada.

Jake se movió, incómodo.

No había vuelto a ver aquel gesto mezcla de decepción y enfado en el rostro de su padre desde la noche en que cumplió los diecisiete años.

Como otros adolescentes antes que él, estaba convencido de que una celebración sin cerveza no era tal.

Desafortunadamente, tras la fiesta, trató de volver a casa en coche.

No llegó a ver el árbol que se plantó de repente en medio de la carretera y arrancó de cuajo el parachoques.

Lo único que recordaba con precisión de aquel día era la mirada de su padre cuando se presentó a recogerlo en la comisaría.

Desde entonces, había hecho todo lo posible para evitar revivir aquella particular sensación. Y lo había conseguido hasta ese momento.

Incómodo, volvió la mirada hacia la casa.

Tal vez su padre tenía razón.

Tal vez debería pedirle a Casey que se casara con él. Posiblemente, en el resto del país vivían en los años noventa, pero en lo referente a la moral y la ética, allí aún vivían en el siglo diecinueve.

Y eso no era tan malo... Hasta que le afectaba a uno personalmente.

De todos modos, había que tener en cuenta otros factores.

Sin duda, Casey rechazaría su propuesta.

De manera que podía hacer lo correcto y evitar caer en desgracia ante los ojos de su padre sin por ello verse obligado a embarcarse en otro decepcionante matrimonio.

-¿Y bien? -preguntó Frank.

-Hablaré con ella -para evitar cambiar de opinión, Jake se encaminó directamente hacia la casa.

Casey estaba frente al tocador, cepillándose el pelo.

Contempló en el espejo el chándal que Jake
le había dado para ponerse.

Le sobraba por todas partes. Las mangas se le salían de las muñecas y tenía que estar subiéndolas constantemente. Los pantalones podrían haberle servido también de zapatillas.

Una auténtica mujer fatal.

-¿Qué diablos pasó ayer? -preguntó Annie, dejándose caer en la cama de Jake.

Casey miró a su amiga en el espejo y alzó las cejas expresivamente.

Annie rió.

-De acuerdo, de acuerdo, ya sé lo que pasó. Lo que no logro entender es por qué.

-Supongo que no quedaría nada bien que dijera que no lo sé.

Annie se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

-La última vez que hablamos estabas a punto de caminar por el pasillo central de la iglesia con... -hizo una pausa y empujó hacia arriba la punta de su nariz con un dedo

—... Steven.

—Yo caminaba -dijo Casey-, pero Steven corría en dirección contraria.

-¡Oh, Dios mío! ¿Plantada? ¿Ese miserable te dejó plantada?

-¿Te has fijado alguna vez en lo bonita que es esa palabra?

Me refiero a *plantada.*

-¿Bonita? -Annie ladeó a cabeza, y su larga melena negra cayó a un lado.

Cassey se volvió y apoyó el trasero contra el borde del tocador. Viendo ía confundida expresión del rostro de su amiga, no pudo culparla.

Ella también debería sentirse confundida. Pero no lo estaba.

Era como si la hubieran soltado de prisión y se encontrara en un nuevo y maravilloso mundo. De acuerdo. Steven era un tipo agradable, y, tal vez, la palabra prisión era demasiado fuerte.

Pero cuando pensaba en los rápidos y desapasionados besos que le había dado su ex-prometido y los comparaba con los dejake... en realidad, no había comparación posible.

El día anterior había estado a punto de casarse con el hombre equivocado por motivos totalmente equivocados. Para complacer a su familia. Para evitar herir los sentimientos de Steven.

Y porque cancelar la boda después de todo el tiempo y el dinero invertido en ella le parecía impensable.

Sin embargo, en aquellos momentos le parecía que todo era posible.

A pesar de que el padre de Jake la hubiera sorprendido desnuda en la cama de su hijo.

—Nunca podré volver a mirar a la cara a tu padre.

-No creo que nadie te estuviera mirando a la cara, Casey.

-Oh, Dios mío.

Riendo, Annie se levantó de la cama y se acercó a su amiga.

-No te preocupes por eso.

-Pero tu tío Harry es pastor protestante.

-Según me han dicho, los pastores también tienen sexo

-Annie hizo una pausa y se estremeció-.

Aunque la idea de él y mi tía juntos es suficiente para hacer que quiera meterme a monja de clausura.

Casey rió, y, de inmediato, se sintió mejor.

-¿Lo ves? No hay nada que no pueda curarse con una buena risa.

-Espero que sigas pensando lo mismo cuando veas lo que ha hecho Lisa con su nuevo vestido.

Ambas mujeres se volvieron hacia Jake, que estaba en el umbral de la puerta.

-¿Qué ha hecho esta vez? -el tono de Annie sonó cansado, pero también resignadlo.

Jake se encogió de hombros.

-No lo sé con certeza, pero es negro y parece permanente.

-¡Ohhh...! -Annie se volvió hacia su amiga-. Volveré, Case. No te muevas de aquí.

-No lo hará -dijo Jake.

-¿No? -preguntó Casey, mientras su amiga salía de la habitación.

-Al menos hasta que hayamos hablado -replicó Jake.

-¿Sobre qué?

-Sobre nuestra boda.

Cassey tuvo que agarrarse al borde del tocador para no caer.

Jake la tomó de una mano y la acompañó hasta la cama, donde le hizo sentarse.

-¿Boda? -Case agitó la cabeza y alzó sus confundidos ojos hacia los de Jake.

-Emma está en la cocina, acercándose centímetro a centímetro al teléfono.

Harry y papá no lograrán retenerla mucho más tiempo.

-Con un teléfono en la mano, Emma tiene más poder que todas las revistas de cotilleo juntas.

-¿Te preocupan los cotilleos? -incluso mientras hacía la pregunta, Casey sintió que el estómago se le encogía. Por lo poco que le había contado Annie sobre el divorcio de Jake, sabía que no debió ser precisamente agradable.

Sin duda, no habría podido librarse de los cotilleos durante meses.

-Esta vez no será de mí de quien hablen

-Jake empezó a caminar de un lado a otro de la habitación-.

Yo ya soy agua pasada. Pero tú... -dijo, señalando a Casey con un dedo-... eres carne fresca.

-Oh.

Los grandes ojos verdes de Casey estaban fijos en él. Jake apretó los dientes y ignoró el repentino flujo de sangre que calentó su entrepierna. Casey se mordió el labio inferior. Sus delicados rasgos hacían que pareciera demasiado frágil como para soportar la oleada de cotilleos que caerían sobre ella.

Aunque sabía que Casey no era precisamente de cristal, Jake no pudo evitar que surgiera en su interior un intenso afán protector hacia ella.

-Ya no vivo aquí, Jake. ¿Por qué iba a importarme lo que la gente de Simpson diga de mí?

-Morgan Hill no está tan lejos -le recordó él-. Y el apellido Oakes es bien conocido.

Ál oír mencionar a su familia, Casey se puso pálida.

No era de extrañar, pensó Jake. A los padres de Casey no les haría ninguna gracia convertirse en el centro de los cotilleos.

Frunció el ceño y se volvió. ¿Pero a él qué más le daba? ¿Por qué se preocupaba? Lo único que pretendía era pedirle a Casey que se casara con él. Hacer lo correcto.

¿Por qué estaba allí tratando de convencerla para que dijera que sí, cuando lo que esperaba era que su respuesta fuera no?

Aquello no era asunto suyo. Si Casey creía que podía hacer frente a Emma y sus secuaces, por no mencionar a su padre, Henderson Oakes, allá ella.

Él había hecho todo lo posible.

Apenas podía esperar a que acabara aquel día. Se frotó el cuello como para aflojar la imaginaria soga.

Ni siquiera había tenido tiempo de contarle a su familia lo del terreno que, finalmente, había logrado comprar. Se suponía que aquél era su día.

Que debería sentirse triunfante. Victorioso.

-De acuerdo, Jake -dijo Casey con suavidad.

Jake se volvió a mirarla. -¿De acuerdo, qué?

-De acuerdo, me casaré contigo.

La soga se tensó, estrangulando a Jake.

La Bella y la Bestia.

La frase surgió en la mente de Jake mientras contemplaba a su prometida tomada del brazo de su padre, caminando hacia él. Casey estaba preciosa, con el pelo suelto bajo una corona de rosas rojas.

Un suave vestido blanco de algodón ondeaba en torno a sus piernas, y Jake tuvo que admitir que aquél le gustaba mucho más que el que Casey llevaba la semana pasada.

Deslizó su mirada hacia la Bestia. Henderson Oa-kes.

Un hombre de poco humor y menos paciencia.

Ceñudo, acompañaba a su hija hacia él.

Frank Parrish estaba en los asientos delanteros junto a Emma. que no dejaba de llevarse un floreado pañuelo a los ojos. Al otro lado del pasillo, Hilary, la madre de Casey, estaba vestida hasta los dientes con seda pura y diamantes. Parecía incómoda en su asiento, como si temiera que éste fuera a desmoronarse en cualquier momento bajo su perfectamente esculpido cuerpo.

No era de extrañar que Casey no hubiera querido llamar a sus padres hasta la noche anterior a la boda.

Él no la habría culpado aunque ni siquiera los hubiera llamado.

Ahora, incluso comprendía mejor por qué había accedido a casarse con él.

Hacerlo tenía que ser mejor que pasarse el día escuchando a sus padres diciéndole lo decepcionados que estaban.

La Bestia se detuvo ante él y le entregó la mano de la Bella.

Luego dio un paso atrás, distanciándose.

Tomando a Jake del brazo, Casey se volvió hacia tío Han y. que iba a oficiar la ceremonia.

Nada más tocar a Jake, Casey se calmó.

Sentía tras ella las miradas de desaprobación de sus padres, pero también las sonrisas del resto de los reunidos en el rancho para la ceremonia.

Y sus hermanos estaban de su lado.

Se inclinó ligeramente hacia delante y miró a los gemelos, que estaban de pie junto a Jake. J.T. le guiñó un ojo.

Sonriendo, Casey volvió a erguirse, miró a Annie, que se hallaba a su izquierda, y luego se concentró en el pastor.

Aquella boda informal, planeada y organizada en menos de una semana, era para ella mucho más preciaba que el «acontecimiento» planeado durante cuatro meses por el organizador contratado por su madre.

Era extraño cómo salían las cosas. Técnicamente, debería estar en Hawaii, pasando la luna de miel con otro marido. Sin embargo, allí estaba, casándose con el hombre al que había amado desde su infancia, a pesar de que éste fuera un prometido reacio.

-Sí, quiero -dijo Jake, y su voz resonó en el interior de Casey, que parpadeó y volvió a prestar atención al acontecimiento justo a tiempo de prometer «amor, fidelidad y entrega».

-Y ahora os declaro marido y mujer -tío Harry sonrió benevolentemente-.

Puedes besar a la novia, Jake.

Jake se volvió obedientemente y miró los grandes y optimistas ojos verdes de Casey.

El había aprendido por el camino duro lo que era el matrimonio.

Era una lástima que Casey tuviera que aprenderlo con él.

Unos aplausos surgieron de la audiencia, exigiendo el beso.

La luz de los ojos de Casey se había apagado un poco, y Jake supo que había sido por su culpa, por dudar. Inclinó la cabeza y cumplió con el ritual.

Pero, en cuanto sus labios rozaron los de Casey, todo sentimiento de obligación desapareció como por ensalmo.

La rodeó con los brazos y le hizo entreabrir los labios con la lengua.

Algo despertó a la vida en su pecho al penetrar en su boca. La sangre corrió veloz por sus venas. Casey le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él.

Sus lenguas se unieron en una silenciosa danza de promesas, y la respuesta del cuerpo de Jake fue inmediata.

Oyó distraídamente los gritos de ánimo de los asistentes, y, por encima de éstos, un poderoso silbido que sólo podía venir de uno de los gemelos. Cuando alzó la cabeza oyó que su tío Harry decía:

-¡Supongo que no se puede negar que éste es un matrimonio por amor!

Jake pensó que él no apostaría por eso.

Pero, al menos, el deseo sí era sincero.

-Sé sincera, Cassandra -dijo su padre-. Has participado en este... matrimonio para salvar la cara. Steven nos ha humillado y esto es lo primero que se ta ha ocurrido hacer para equilibrar la situación.

Casey miró por la puerta hacia el cuarto de estar. Todo el mundo parecía estar pasándolo bien.

Deseó desesperadamente poder estar con los demás, y no en la cocina, escuchando el sermón que sabía que le esperaba.

-No entiendo cómo se te ha ocurrido pensar que podrías borrar la humillación que hemos sufrido casándote una semana después de haber sido... plantada con un hombre al que apenas conoces -dijo su madre.

-Conozco a Jake hace años, mamá.

Hilary nuncio el ceño, pero lo desfrunció en cuanto recordó que hacerlo producía arrugas.

Su rostro adquirió de nuevo su familiar e inexpresivo gesto.

-Por supuesto que conoces a Jake y a su familia hace años.

Pero una no deja un prometido y toma otro como si se tratara de manzanas en un barril.

Casey inhaló profundamente.

-Estoy seguro de que el joven Steven habría recuperado la cordura en poco tiempo -continuó su padre-.

No tenías por qué haberte asustado tanto.

-No me asusté -dijo Casey con firmeza-. E incluso aunque Steven hubiera vuelto, no me habría casado con él.

-Por supuesto que sí, querida. Un simple mal entendido no es motivo para arrojar por la borda un buen futuro. Estas cosas pasan entre las parejas -su madre movió su pañuelo de seda, aromatizado con un exclusivo perfume, para recalcar su comentario.

¿Un simple mal entendido?, pensó Casey.

Que la dejaran plantada a una frente a cientos de personas no podía considerarse «un simple mal entendido».

-Ya he hablado con el padre de Steven.

Él se va a encargar de enderezar a su hijo, y entonces las cosas volverán a su cauce. En cuanto nos hagamos cargo de este matrimonio tuyo

—dijo Henderson Oakes con aspereza-. Cosa que no habría sido necesaria si nos hubieras informado de tus planes con más de un día de antelación.

Ése era precisamente el motivo por el que Casey no había avisado a sus padres hasta el último momento.

De hecho, si Jake no hubiera insistido, no se lo habría dicho hasta mucho después de la ceremonia.

Y qué típico de su padre asistir a la boda y entregar a la novia mientras su cabeza no dejaba de maquinar algún medio para terminar con aquel matrimonio. Pero Casey no había dudado ni por un momento que sus padres asistirían.

Por encima de

todo, lo que realmente les importaba a Henderson y a Hilary eran las apariencias. Siempre habían opinado que. mientras parecieran una familia feliz, lo eran.

-Papá -dijo, decidida a conseguir que su padre la escuchara-.

Ahora estoy casada con Jake, y así es como van a seguir las cosas.

-Tonterías.

Nada había cambiado. ¿Pero por qué iba a esperar lo contrario?, se preguntó Casey.

Sus padres nunca la escuchaban.

-Casey, querida, el divorcio es una parte más de la vida -Hilary Oakes volvió a mover su pañuelo-.

El divorcio se ha convertido en algo común incluso en las mejores familias.

-Haré que mi contable se ponga en contacto con el señor Parrish

-dijo Henderson-.

Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo razonable y compensarle por cualquier inconveniencia que pudiera surgir.

Casey clavó las uñas en las palmas de sus manos.

Se concentró en el dolor físico porque era mucho más fácil hacer eso que soportar las despectivas palabras de sus padres. *Inconveniencia.*

No pudo evitar preguntarse si Jake también la consideraría una *inconveniencia.* -¿Casey?

Casey se volvió hacia su marido, que caminaba hacia ellos. Nunca se había alegrado tanto de verlo. Estaba muy atractivo con su esmoquin, aunque sabía que a él no le gustaba nada llevarlo.

Jake saludó con un breve asentimiento de cabeza a Hilary y luego alargó una mano hacia Henderson. Tras estrechársela, éste abrió la boca para hablar, pero Jake se le adelantó.

-He venido a pedirte el primer baile, señora Parrish -dijo, mirando a Casey.

Ella parpadeó, tragó y volvió a parpadear.

Debió ser a causa de la iluminación, pero creyó ver en la expresión de Jake cosas que quería ver.

Atención. Cariño verdadero. Y, tal vez, un destello de amor.

De todos modos, no importaba. Fuera cual fuese el motivo por el que había ido a por ella, agradecía que la hubiera rescatado.

-Me encantará, señor Parrish.

<

Capítulo Siete

-He trasladado mis cosas a la habitación vacía -dijo Jake, evitando mirar a Casey a los ojos.

-No entiendo.

El tampoco, al menos, no del todo. De lo único que estaba seguro era de que sólo los votos no hacían que un matrimonio fuera real. Para eso, hacía falta amor.

Había aprendido aquello por el camino difícil.

Los invitados se habían ido. Jake y Casey estaban a solas.

La casa estaba en silencio.

Intimidad.

-Escucha, Casey -dijo, mirándola en esa ocasión a los ojos.

No hacerlo habría sido una cobardía-. Los dos sabemos que éste no es un matrimonio común.

-Podría serlo.

Una de las rosas rojas se había desprendido de la corona y caía junto a una de las mejillas de Casey. Su rostro estaba ligeramente ruborizado, sus labios brillaban...

Jake trató de ignorar las sensaciones que recorrieron su cuerpo.

No estaba dispuesto a dejarse dominar por sus hormonas.

-¿Qué te parece si nos damos un poco de tiempo para ver cómo nos van las cosas? —preguntó con ve» ronca-. Así nos acostumbraremos el uno al otro.

Casey ladeó la cabeza.

-¿Por qué me pediste que me casara contigo? -preguntó.

Jake frunció el ceño.

-Por muchos motivos.

-Dame uno -dijo ella, cruzándose de brazos.

Jake bajó involuntariamente la mirada hacia sus senos, y, antes de darse cuenta y apartar la vista, creyó ver los oscuros pezones de Casey presionando contra la tela de su vestido.

-Bien -murmuró—. Podrías estar embarazada.

-No es suficiente -replicó ella

—. No lo sabremos con seguridad hasta dentro de un par de semanas.

Podrías haber esperado.

-De acuerdo ¿Y que mi familia nos atrapara juntos en la cama? - Jake tuvo que contener un gemido al recordar la suavidad de la piel de Casey bajo sus manos.

Los recuerdos de aquella noche lo habían torturado durante toda la semana. Sintió un endurecimiento en la entrepierna y cambió de posición. No sirvió de nada.

—Reconozco que fue una situación embarazosa -contestó Casey —, pero ya »res mayorcito como para verte obligado a casarte por algo así.

-¡Maldita sea, Casey! –espetó Jake—. ¿Qué más da cuál fuera el motivo por el que te pedí que te casaras conmigo? El caso es que lo hice, tú dijiste que sí y ahora estamos casados. Punto.

-Por supuesto que no da lo mismo, Jake

—Casey descruzó los brazos y se acercó a él

—. Como no da lo mismo el motivo por el que has venido a rescatarme de mis padres.

Jake no estaba seguro de por qué había hecho eso. Simplemente, la había visto sola, enfrentada a dos de las personas más intimidantes que había conocido, y acudió en su ayuda. El instinto de protección era eso.

Un instinto.

-Me pareció que te vendría bien un amigo -fue todo lo que dijo.

-Y te presentaste voluntario.

—Soy tu marido.

-Así que lo eres —Casey asintió distraídamente, más para sí misma que para él. Luego, alzó las manos v rodeó con sus brazos el cuello de Jake.

Jake tuvo que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para no tomarla por la cintura y estrecharla contra sí.

-Casey...

Ella se puso de puntillas y, deteniéndose cuando su boca estaba tan sólo a escasos milímetros de la de él, susurró:

-¿No sientes curiosidad por saber por qué acepté casarme contigo?

-No -contestó Jake, pensando que, en realidad, sí sentía curiosidad, pero no tanta como para preguntárselo-. Pero supongo que fue por los mismos motivos por los que yo te hice la proposición.

Casey acarició levemente los labios de Jake con los sinos.

Él contuvo el aliento y apretó los puños.

-Es muy sencillo -dijo ella, haciendo a continuación una breve

pausa para besarlo de nuevo-. Esta tarde he comprendido el motivo.

Jake sabía lo que se avecinaba. Incluso antes de que Casey lo dijera, lo presintió y se preparó para el impacto que iban a producirle las palabras que no quería oír.

-Te quiero, Jake. Siempre te he querido -Casey volvió a besarlo —. Siempre lo haré.

Las hormonas de Jake dejaron de agitarse.

La llama del deseo se apagó tan abruptamente como había nacido. Miró a Casey. Ésta sintió que algo iba mal. Él pudo verlo en sus ojos. Ella dio un paso atrás.

-¿Jake?

-;Has dicho que me quieres?

-Sí.

Jake se consoló pensando que Casey ya no parecía tan entusiasmada respecto a su declaración.

-Hace una semana ibas a casarte con otro hombre -le recordó-. ¿También lo «querías» a él?

-No.

-Pero te habrías casado con él de todos modos, ¿no?

—Me gustaría pensar que habría dicho «no», pero eso nunca lo sabremos, ¿verdad?

-Desde luego que no -Jake inhaló profundamente y trató de ignorar el perfume de Casey, que invadió sus pulmones. No estaba dispuesto a querer a otra mujer.

A depender de ella. Utilizaban las palabras «querer» y «amor» como si fueran cualquier cosa. Y en cuanto un hombre empezaba a creerlas,
estaba perdido.

Pero no Jake Parrish.

No de nuevo.

Si eso significaba que aquél iba a ser el primer matrimonio platónico de la historia, que así fuera. Esperaba llegar a un acuerdo con Casey. Esperaba que llegaran a ser amigos... y amantes. Después de todo, ya había quedado claro que se entendían muy bien en la cama.

Pero si Casey insistía en hablar de amor, él no podría arriesgarse a compartir la cama con ella. Por mucho que lo deseara, no se acostaría con ella a menos que entendiera que no podía amarla.

Noquería volver a saber nada del amor, muchas gracias.

Casey contuvo el aliento.

Jake la miró y sintió que volvía a excitarse. Al parecer, aunque creía saber exactamente lo que quería, su cuerpo tenía otros planes.

-Buenas noches, Casey -dijo, casi con brusquedad, y logró irse cuando aún le quedaba un resto de fuerzas para hacerlo.

Una semana después, poco había cambiado.

Casey estaba sentada a la mesa de la cocina, mirando distraídamente por la ventana. Su marido estaba en algún lugar del rancho con el capataz, como había sucedido cada día después de la boda.

Jake había hecho todo lo posible para evitar pasar el tiempo con ella. Incluso de noche, cuando podrían haber tenido un rato para charlar, se recluía en su despacho. Y, como la de su corazón, mantenía cerrada para Casey aquella puerta.

Casey sabía que el problema empezó cuando le dijo que lo amaba.

Una irónica sonrisa curvó sus labios. Normalmente, una declaración como ésa no solía dar pie a una guerra.

Suspiró y dio un sorbo a su taza de café. Dejó de pensar en cuánto había consumido esa mañana, diciéndose que más le valía disfrutar de ello mientras pudiera.

Si lo que sospechaba era cierto, durante los próximos ocho meses iba a consumir muy poca cafeína.

El calor del café bajando por su garganta resultó reconfortante. Diciembre había llegado a Simpson hacía unos días, pero ni siquiera los copos de nieve superaban la frialdad que reinaba en el interior de la casa.

Jake debió sorprenderse al escuchar su declaración de amor.

Después de todo, incluso ella se quedó asombrada al hacerla. Pero no había esperado que Jake se volviera de piedra al enterarse.

El teléfono sonó y lo miró con el ceño fruncido. No estaba bien interrumpir una perfecta fiesta de auto compasión.

Descolgó el auricular antes de que volviera a sonar y espetó:

-Hola.

-¿Y tú cómo estás? -contestó Annie, y tuvo el valor de reír a continuación.

-Lo siento -dijo Casey-. Hoy no estoy de muy buen humor.

-Sí, recuerdo lo triste que me sentía yo al principio del embarazo.

-Annie... -Casey pensó que no debería haber dicho nada.

Ni siquiera a su mejor amiga. Al menos, no hasta estar segura. Y, desde luego, no sin haber hablado antes con Jake.

—¿Te has hecho ya la prueba?

-Ño.

-¿Y por qué no? ¿A qué estás esperando?

Casey volvió a fruncir el ceño.
-Si la respuesta es positiva, sólo creará más problemas por aquí.
-No hacer la prueba no arreglará nada -dijo Annie con suavidad.
-Lo sé, lo sé -Casey alargó una mano y tomó la cajita blanca y rosa que había comprado en la farmacia el día anterior-.
Además, lo más probable es que no esté embarazada
-dijo, con forzada ligereza-. ¿Qué probabilidades hay?
¿Una entre un millón?
-Más o menos.
-Ya se me ha retrasado la regla una o dos veces antes.
-Cierto.
-Me estoy preocupando por nada, ;no?
-Sí.
-Mentirosa.
-Cobarde.
Casey suspiró.
-De acuerdo. Haré la prueba.
—¿Ahora?
-En cuanto cuelgue.
-Adiós.
Casey colgó pensativamente y miró la cajita que sostenía en la mano.
-El momento de la verdad -murmuró, y se dirigió al baño.
Jake entró en la cocina y se detuvo en seco.
No le dio la bienvenida ningún apetitoso aroma.
Miró a su alrededor. No había ninguna cacerola al fuego, ningún postre tentador en la encimera.
Sólo estaba encendida la cafetera. Fue a apagarla
y permaneció un momento quieto, como esperando que Casey apareciera por arte de magia. ¿Dónde estaba? Por primera desde que se habían casado, no estaba cocinando.
Jake pensó que era sorprendente la facilidad con que uno se acostumbraba a las cosas.
Y él se había acostumbrado a oír el ruido de las cazuelas en la cocina acompañado del canturreo de Casey, bastante desafinado, por cierto. *Y,* sobre todo, se había acostumbrado a la comida.
Aquella mujer era un auténtico Miguel Ángel de la cocina. Después de la boda, la gente de Simpson no había hecho otra cosa que hablar de la comida que Casey preparó sin apenas contar con ayuda. No era de extrañar que hubiera recibido más de una docena de llamadas pidiéndole consejo y ayuda para preparar algunas comidas especiales.

Jake se quitó el sombrero, se rascó la cabeza y salió al vestíbulo.

No había luz en éste ni en el cuarto de estar.

Siguió andando con el ceño fruncido. Algo andaba mal.

Rió con ironía al darse cuenta de lo que acababa de pensar. ¿Qué iba bien en su matrimonio? Probablemente no había muchos recién casados que no sólo no compartieran la cama, sino que apenas se hablaran. Sabía que era culpa suya. Casey lo había intentado.

Pero cada vez que sentía que empezaba a debilitarse, cada vez que deseaba abrazarla y besarla, volvía a escuchar la voz de Casey diciendo las dos palabras que lograban apagar en un instante el fuego del deseo.

Te quiero

Aceleró el paso y vio que, al final del pasillo, la puerta de su dormitorio, ahora el de Casey, estaba abierta de par en par. Se asomó al interior, susurrando su nombre.

No hubo respuesta. ¿Qué diablos estaba pasando?, se preguntó, inquieto. Entonces se fijó en que había una línea de luz bajo la puerta del baño. Se acercó con cautela.

Del interior llegó la voz de Casey murmurando algo para sí y Jake sintió un alivio inmediato. Al menos, se encontraba bien. Alzó una mano y golpeó la puerta con suavidad.

-¿Jake?

Más aliviado aún al comprobar que Casey le hablaba, dijo:

-Sí, soy yo. ¿Te encuentras bien? -Oh, sí -dijo ella-. Estoy en el rosa.

Jake frunció el ceño.

Algo en la voz de Casey le dijo que había un problema. Quería saber de qué se trataba.

-¿Casey? Abre. -Vete, Jake.

Ahora sí que quería saber lo que pasaba.

-No pienso irme a ningún sitio hasta que me digas qué está pasando.

Casey rió. Una breve y seca risa que sonó casi dolorosa.

-Casey, maldita sea... -Jake apoyó una mano sobre la puerta, cada vez más preocupado. -Oh...

-¿Vas a abrir la puerta o quieres que desmonte las bisagras?

Casey volvió a reír sin ningún humor. -Puede que te resulte más cómodo girar el pomo -dijo, finalmente-.

No está cerrada.

Jake hizo lo que le decía. Cuando entró, sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la luz del interior.

Vio que Casey estaba sentada en el borde de la bañera, mirando un tubo de plástico blanco que sostenía en la mano. -¿Casey?

-Blanco, no. Rosa, sí. -¿Qué has dicho? -Blanco, no. Rosa, sí.

Case ni siquiera miró a Jake. Sus ojos estaban fijos en el tubito, como si lo que estuviera viendo en él fuera asunto de vida o muerte.

Irritado, Jake se cruzó de brazos y separó ligeramente las piernas, decidido a mantener aquella postura hasta que consiguiera algunas respuestas.

-¿Por qué rosa? -preguntó Casey.

-¿Rosa? -repitió Jake, perplejo. Miró a su alrededor, buscando alguna pista que explicara la actitud de Casey.

Sus ojos se detuvieron en un papel de instrucciones desdoblado que se hallaba sobre el borde del lavabo.

Fue a tomarlo justo cuando Casey volvió a hablar.

-Ya que es rosa, ¿supones que significa que será niña?

Jake se quedó paralizado. Luego volvió la cabeza lentamente hacia ella.

-No -continuó Casey-. El rosa sólo quiere decir que estoy embarazada. Podría tratarse de un chico.

¿Chico? ¿Chica? Jake sintió que se le secaba la boca y su mente quedó en blanco.

¿Estaba diciendo Casey lo que creía que estaba diciendo? No. Por supuesto que no.

Pero cuando ella alzó la cabeza y lo miró con ojos llorosos, supo que era cierto.

-Felicidades, Jake. Estamos embarazados -Casey sujetó con fuerza el tubito que sostenía en la mano y irguió los hombros, como preparándose para una pelea.

Embarazada. La inquietud luchó con el placer y perdió con rapidez.

La felicidad entabló batalla con la ansiedad y también ganó con claridad.

Pasaron unos momentos. Dos o tres latidos de corazón como mucho.

Pero, en ese breve lapso de tiempo, Jake vio al menos media docena de emociones cruzando el rostro de Casey.

Apoyó una rodilla ante ella y el frío de las baldosas penetró a través de sus vaqueros.

Distraídamente, se dijo que debía poner allí una alfombra.

No quería que Casey se acatarrara, o que resbalara.

Tomó el tubo de plástico de sus manos y apenas miró la raya rosa que aparecía en medio.

Luego rodeó con sus manos las de Casey, sintiendo una punzada de culpabilidad al notar lo frías que estaban.

-Yo no lo siento, Jake -dijo ella con suavidad-.

Sé que tú no quieres este bebé, pero yo sí.

Y lo querré por los dos.

-Estás equivocada, Casey.

Ella parpadeó, claramente sorprendida. Jake no podía culparla. Él mismo se sentía bastante sorprendido de su propia reacción. Pero lo importante era recordar que el bebé no se había hecho solo.

Y, pasara lo que pasara entre él y Casey, el bebé no iba a sufrir por ello.

-Es *nuestro* bebé -continuó con firmeza-. *Vamos* a tener ese bebé.

De hecho, éste es el mejor regalo de Navidad que he recibido nunca -irguiéndose un poco, se sentó junto a Casey en el borde de la bañera.

Pasó un brazo por sus hombros y la atrajo hacia sí-.

Empezara como empezara este matrimonio, acabamos de convertirnos en una familia.

Capítulo Ocho

Un bebé.

Tres semanas atrás, Jake se sentía perfectamente satisfecho siendo soltero. Ahora iba a ser padre y estaba casado con una mujer a la que no veía hacía años. Alzó la mirada hacia lo alto.

Alguien allí arriba parecía tener un sentido del humor muy especial.

Casey se irguió y movió la cabeza, mirando aún el tubo de la prueba como si no pudiera creerlo.

-Mirarlo no hará que cambie de color-dijo Jake.

-Es tan extraño.

-¿Estar embarazada?

-No sólo eso -Casey hizo una pausa-. Aunque, desde luego, eso es lo más extraño. Hace tres semanas todo era distinto.»

Jake frunció el ceño, a pesar de que él había estado pensando lo mismo hacía un momento.

-Se suponía que iba a casarme con Steven -Casey volvió a mirar el tubito.

Afortunadamente, no vio que la expresión de Jake se contraía al oírla. Aún seguía extrañado de la facilidad con que Casey había podido cambiar de planes y de marido.

-Pero si me hubiera casado con Steven -continuó ella-, nada de esto estaría pasando.

Tal vez eso fuera cierto, pensó Jake, pero no era relevante. Casey no se había casado con Steven y *lodo* estaba pasando, y más les valía empezar a hacer algo al respecto.

Casey deslizó un dedo por el tubito.

-No creo que Steven quisiera hijos. Eso llamó la atención de Jake.

-¿No lo sabes?

Casey negó con la cabeza.

-En realidad no hablamos demasiado —lanzó una rápida mirada a Jake-.

Supongo que eso me hace quedar aún peor, ¿no? Quiero decir que estaba dispuesta a casarme con un hombre con el que ni siquiera hablaba.

-Diablos, Casey, no sé -y era cierto. A fin de cuentas, ¿qué sabía

él de mujeres?, se preguntó Jake. Se había casado con Linda, y eso demostraba que sabía muy poco.

-Ni siquiera sé cómo nos comprometimos.

-¿Qué?

-Es cierto. A veces trato de recordar cuándo me pidió Steven que me casara con él...

A Jake le molestaba más de lo que quería admitir que Casey hubiera estado pensando en su ex-pro-metido después de haberse casado con él.

-Pero no creo que lo hiciera nunca.

Simplemente nos dejamos llevar.

Nuestros padres estaban encantados, por supuesto.

Decidiendo de repente que ya había oído suficiente sobre el novio huido, Jake se levantó y alargó una mano hacia su esposa.

—Ya basta de Steven, Casey.

Ella lo miró, pero no tomó su mano.

-Ahora estamos casados -continuó Jake-. Y hay un bebé en camino.

-De eso no hay duda, Jake -replicó Casey-. Pero, en cuanto a lo de estar casados... simplemente compartimos una breve ceremonia.

-¿Qué? -Jake dejó caer la mano a un lado

—. ¿De qué estás hablando?

-Estoy hablando de nosotros. De mí.

-Lo que dices no tiene sentido. -Lo que no tiene sentido es este matrimonio.

Jake inhaló lenta y profundamente.

Había trabajado diligentemente las dos semanas pasadas.

Había mantenido las distancias.

Había permanecido despierto de noche, sabiendo que Casey estaba en la cama a sólo unas puertas de distancia.

Se había acostumbrado a soportar la continua tensión del deseo.

Y lo había sufrido todo por ella. ¿Acaso no comprendía Casey cuánto le costaba mantenerse alejado de ella? ¿No se daba cuenta por sus ojeras de lo poco que estaba durmiendo?

-Si estamos casados -continuó ella, ajena a la tensa expresión de Jake-, ¿no crees que al menos deberíamos simular que somos una pareja real?

-No tenemos por qué simular. Somos una pareja real. Harry nos casó.

Tú estabas allí.

-No somos una pareja, Jake. Somos dos personas viviendo en la misma casa. Somos compañeros de piso.

Jake se pasó una mano por el rostro y trató de respirar profundamente.

-Ya te lo dije, Casey. Creo que los dos necesitamos tiempo para adaptarnos a esto.

-Si lamentas haberte casado conmigo, Jake -dijo ella con calma-, dilo.

Puedo hacer que mi padre arregle el divorcio. Nada le gustaría más.

Jake sintió la rabia creciendo en su interior.

No le importaba si era razonable o no.

No le gustaba nada que Casey pudiera hablar con tanta facilidad sobre el divorcio.

—No va a haber ningún divorcio -dijo entre dientes-. V más vale que te vayas acostumbrando a la idea.

No pienso volver a pasar por lo mismo. Y, desde luego, no pienso permitir que mi hijo pase por ello.

Casey sintió un escalofrío al ver la dura expresión de Jake.

Casi pudo palpar su tensión.

Lo cierto era que ella no quería el divorcio. Quería un marido. El marido al que amaba.

Sin embargo, parecía que todo lo estaba haciendo mal. Estupendo. Reprimiendo su impaciencia, dijo.

-Tienes razón, Jake. No hay divorcio para nosotros. Yo tampoco lo quiero -al ver que Jake se relajaba un poco, continuó-. Pero quiero algo más que un compañero de casa -esperó unos momentos para ver si él discutía aquel punto.

Al ver que no decía nada, siguió hablando-. Quiero alguien con quien hablar. Con quien reír. Con quien planear cosas -Jake se estaba ablandando. Casey pudo verlo en sus ojos-.

Alguien a quien amar -añadió, y casi gimió al ver que el rostro de Jake volvía a ponerse tenso.

-Dejemos el amor al margen de esto, ¿de acuerdo?

-¿Cómo puede dejarse el amor fuera del matrimonio?

Jake miró a Casey con gesto irónico.

-Créeme. Es más fácil dejarlo al margen que tratar de conservarlo.

Un intenso sentimiento de decepción se apoderó de Casey. Jake siempre había sido testarudo. Un hombre menos testarudo habría sucumbido al patoso plan de seducción que ella trató de llevar adelante cinco años atrás.

Debido a su sentido del honor, a su conciencia, ambos habían perdido aquellos años. Si él no la hubiera rechazado aquella noche,

habrían reconocido el amor que había entre ellos. Habrían permanecido juntos.

Y el bebé que ahora estaba en camino habría sido el segundo. O el tercero.

-Y ahora, vamonos -dijo Jake, tomándola de la mano—. Vamos a comer algo.

Mientras se encaminaban hacia la cocina, Jake fue encendiendo las luces.

Pronto, la casa quedó bien iluminada, y su aspecto se volvió más cálido y acogedor.

Entonces Casey comprendió cómo debía conquistar a su marido.

Debía encender las luces una a una, hasta que todo rastro de sombra desapareciera de su alma.

-Lo ves? -Jake estiró el mapa que tenía sobre la mesa y señaló una porción>de tierra rodeada con un círculo rojo.

Cuando Casey se inclinó sobre su hombro, él se obligó a respirar lenta y profundamente.

Sólo con aspirar su aroma se volvía loco. Y tener su brillante pelo rubio acariciándole la mejilla resultaba especialmente peligroso. Sabía cómo olía su pelo. A rosas y a promesas.

-¿Quién dibujó la línea roja? -preguntó Casey, y ladeó la cabeza para mirarlo.

-Yo -Jake apartó la vista a propósito. Mirar aquellos ojos color verde esmeralda no era la mejor manera de mantener la calma-.

Llevaba años queriendo conseguir esas tierras.

Señalarlas en el mapa me ayudó a centrarme en mi propósito.

-Áh.

El tono de Casey hizo que Jake volviera a mirarla.

Durante los días pasados, desde la noche que habían averiguado que Casey estaba embarazada, él había hecho un esfuerzo por ser mejor marido. Esos días, después de comer, se sentaban juntos en la sala de estar.

Veían películas, o absurdos programas de televisión en los que Jake no podía centrarse teniéndola cerca, y hablaban de sus planes para el rancho, o de los trabajos para organizar y preparar comidas que le ofrecían a Casey.

Lo hacían todo juntos, excepto compartir el dormitorio. No importaba que lo único en lo que lograra pensar Jake esos días fuera en estar con ella. En abrazarla.

En deslizarse en su cálido interior. Ese camino era peligroso.

Era un riesgo que aún no podía permitirse. Aún no.

Pero también había otro asunto a tener en cuenta. Jake no tenía

intención de mantener el celibato durante el resto de su vida. De manera que debía darse tiempo para distanciarse emocionalmente de Casey antes de empezar con el aspecto físico del matrimonio. Una vez que lograra eso, todo iría perfectamente.

Casey lo estaba mirando.

Jake apartó sus pensamientos a un lado y retomó el hilo de la conversación.

—¿Qué quieres decir con «ah»?

-Nada -Casey se encogió de hombros

—. Lo que sucede es que no sabía que estuvieras interesado en la visualización positiva.

-¿Visualización positiva?

-Exacto -Casey se irguió y se apartó un poco.

Jake respiró tranquilo por primera vez desde que habían entrado en el despacho.

—No sé de qué estás hablando —dijo-. Lo único que hice fue dibujar una línea en torno a algo que quería.

-Eso es. La visualización positiva significa que concentras tus energías en el objeto de tu deseo y canalizas las energías del universo para que te ayuden a conseguirlo.

Jake rió. No pudo evitarlo. Casey parecía demasiado seria.

Como si el universo fuera a resolverle a uno los problemas sólo con decírselo.

-Se han escrito varios libros al respecto -dijo ella, manteniendo la seriedad.

-También se han escrito libros sobre platillos volantes.

-No es lo mismo.

-Claro -Jake asintió sabiamente-. Son universos distintos.

-Aunque esos libros son muy interesantes -continuó Casey—. Creo que mi favorito es el de los dioses en carros de fuego.

Jake miró al techo con geíto exasperado.

-Bien -Casey se volvió hacia la puerta-. Lo único que he dicho es que uniste tus energías a las del universo y conseguiste lo que querías.

-Claro -replicó Jake, poniéndose en pie para seguirla-. En cuanto conseguí el dinero que Don quería por la tierra.

—Exacto.

Jake volvió a reír. Era extraño, pero no recordaba haber reído tanto en los últimos años como en los pasados días con Casey.

-¿Qué se supone que quiere decir eso? —preguntó.

Casey ocupó un extremo del sofá en el cuarto de estar y esperó a que Jake se sentara junto a ella para contestar.

-Conseguiste el dinero una vez que el universo te escuchó y arregló el resto de las cosas.

Jake apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá y miró al techo.

-Eres sorprendente.

-Gracias.

Jake no estaba preparado. No había oído nada. Cuando, de pronto, cayeron sobre su estómago treinta kilos de peluda carne, se quedó sin aliento.

-Hola, pequeño -murmuró Casey cariñosamente, y rió mientras el perro se acurrucaba sobre el estómago de Jake.

-¡Aparta, perro pulgoso!

El animal dejó caer la cabeza y sus orejas quedaron apoyadas sobre sus mejillas.

-Has herido sus sentimientos, Jake.

Si el perro hubiera caído unos centímetros más abajo, habría dañado algo mucho más preciado para Jake que sus sentimientos. Sin embargo, no pudo evitar sentir cierta culpabilidad al mirar los tristes ojos marrones del animal.

-Tranquilo, Stumbles -dijo Casey-. Ven aquí. No hagas caso a papá.

Jake abrió los ojos de par en par.

-Yo no soy el papá de ese perro.

Casey no le estaba prestando atención. Y tampoco Stumbles. Contempló unos momentos a su esposa acariciando al perro más feo que había visto en su vida.

Su pelo, gris y negro, crecía en irregulares mechones, especialmente en su frente y patas. Tenía las orejas torcidas, dando la impresión de tener la cabeza constantemente ladeada, y sus pies eran tan grandes que parecía ir calzado.

Se estremeció al pensar en lo grande que podía llegar a ser aquel animal.

Aún no sabía exactamente cómo habían llegado a quedárselo. Tampoco estaba seguro de que Caserío supiera. Stumbles, bautizado así porque tropezaba con sus propios pies, apareció un día a la hora de la cena y desde entonces no se había ido. Todavía.

Casey dijo de inmediato que era una visita de Navidad y le dijo tranquilamente a Jake que les traería muy mala suerte echarlo. -No es feo -dijo. Jake la miró, sorprendido. -¿Cómo sabías que estaba pensando eso? —No ha sido difícil. Lo dices bastante a menudo. Stumbles dio unas vueltas sobre sí mismo, hasta que se tumbó en el espacio del sofá que separaba a Casey y a Jake. Apoyó la cabeza en un muslo de su ama, cerró los ojos y unos momentos después

empezó a roncar.

-Siempre quise tener un perro -susurró Casey. Jake observó cómo deslizaba un dedo por la irregular piel de Stumbles. Su voz sonó tan tierna que sintió que algo se encogía en su pecho, produciéndole un dolor que no quería sentir.

O reconocer. Podía imaginar cuál habría sido la reacción de los padres de Casey ante un perro como aquél.

Habrían llamado a la perrera de inmediato, por supuesto. Y nadie que hubiera ido en busca de un animal se habría fijado en Stumbles.

De no ser por Casey, el perro habría sido sacrificado un mes después de entrar en la perrera.

Instantáneos recuerdos de Casey siendo adolescentes pasaron por la mente de Jake. Recordó cuánto le gustaban los animales del rancho.

Nunca se cansaba de ellos. Sin duda, debió ser duro para alguien tan cariñoso crecer en un hogar tan frío como el de los Oakes.

Apartó aquellos pensamientos de su mente y dijo:

-Si va a quedarse, será mejor que lo llevemos al veterinario para que lo vacune.

Casey sonrió y Jake se sintió extrañamente recompensado.

-También necesitará un collar -dijo Casey-. Y una chapa de identificación. No queremos que nadie lo robe.

Jake rió. No había la más mínima posibilidad de que alguien quisiera llevarse al feo Stumbles. Pero si Casey quería que el perro llevara collar y chapa, así seria.

Sólo estaba siendo agradable, se dijo.

Después de todo, Casey era la madre de su hijo.

Era lo menos que podía hacer.

Unos días después, Casey estaba en la cocina, revisando su trabajo. Le dolía cada músculo del cuerpo. Había estado en pie hasta el amanecer para completar el pedido, pero estaba satisfecha con el resultado.

Habían cambiado tantas cosas en tan poco tiempo... Estaba casada, embarazada, y, al parecer, empezaba para ella una nueva y floreciente profesión.

-¿Quién lo habría imaginado, Stumbles? -dijo al perro que se hallaba bajo la mesa.

Este agitó el rabo v olfateó el aire antes de dar un suave ladrido.

-Ni hablar -dijo Casey, riendo-. Esta comida no es para ti.

Con expresión apesadumbrada, el perro apoyó la cabeza entre las patas y miró a su ama.

Casey inspeccionó las bandejas, cuidadosamente alineadas sobre la encimera, y repasó por tercera vez la lista que tenía en la mano.

-Napoleones. Rollitos de crema. Huesos de santo. Bocaditos de nata. Y pastas -había docenas de éstas últimas, en formas de estrellas, medias lunas, ángeles...

Cuando llegó al extremo de la encimera, asintió, suspirando.

Terminado. Y lo cierto era que había hecho un buen trabajo.

Aquél era el encargo más importante que le habían hecho desde su boda.

La fiesta de la asociación Ladies Guild, de Simpson. podía ser el comienzo de algo maravilloso para ella.

-¿Estás lista?

Casey se volvió y vio a Jake en el umbral de la puerta. Vestido con vaqueros y una gastada camisa de franela arremangada hasta los codos, la dejó sin aliento.

Se apoyó contra el quicio de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y sus ojos azules fijos en ella, mirándola de una forma que hizo que el corazón de Casey latiera más deprisa y la boca se le secara.

Sin embargo, mientras lo miraba, la expresión de los ojos de Jake se borró, dando paso a otra de amistoso desapego. Casey sintió un nuevo brote de desengaño en su interior. Al parecer, daba lo mismo que cada vez se llevaran mejor. Jake no parecía darle importancia al hecho de que pudieran divertirse juntos.

Seguían sin compartir el dormitorio. Insistía en mantenerse apartado de ella. Y no sólo con su cuerpo.

También con su corazón. -¿Casey?

-;Hmm? -ella agitó ligeramente la cabeza-. Lo siento. Estaba soñando despierta.

Jake asintió y se encaminó hacia ella. -¿Estás lista para que nos vayamos? -No tienes por qué llevarme, Jake. Yo puedo conducir la furgoneta.

-No es problema. Además, no quiero que andes metiendo y sacando todas esas bandejas tú sola. Casey respiró profundamente y asintió. —Pareces cansada —dijo él.

-Lo estov. Me ha llevado casi toda la noche preparar el encargo.

-No deberías acostarte tan tarde -Jake la miró rápidamente de arriba abajo-. Estás embarazada, Casey. Necesitas descansar. -Estoy perfectamente. El no parecía convencido. -¿Cuándo tienes hora con el médico?

-Esta tarde. A las tres.

-¿Estás segura de que a la doctora no le importará que vaya?

Casey sonrió.

-Dijo que todos los padres son bien recibidos... mientras sepan comportarse.

-Bien. Quiero preguntarle sobre todo este trabajo que estás haciendo.

No quiero que tú o el bebé sufráis por ello algún contratiempo. -Jake...

-No hará ningún daño preguntar. Casey suspiró y cambió de tema.

-Había pensado ir a visitar a Annie hasta que llegue la hora de mi cita con la doctora.

-De acuerdo -dijo Jake, y tomó una de las bandejas para meterla en el contenedor-.

Yo tengo algunas cosas que hacer en la ciudad, así que podemos entregar primero la comida y después te dejo en la peluquería. Te recogeré cuando llegue la hora.

Casey sabía que sería inútil discutir.

Ya había tratado de convencer a Jake de que no era necesario que la acompañara al médico, pero no le había hecho caso, de manera que no tenía motivos para pensar que se lo haría ahora.

Al margen de todo lo demás, era evidente que parecía decidido a ser un buen padre.

Eso al menos era un comienzo.

¿O no?

Capítulo Nueve

-Creo que me estoy volviendo loco.

Frank Parrish rió al oír el serio tono de voz de su hijo.

Señaló una silla para que se sentara.

-No te estás volviendo loco, Jake. Lo único que sucede es que pasas demasiado tiempo discutiendo con tu sentido común en lugar de haciéndole caso.

Jake se apartó de la ventana y de la vista del parque Simpson, donde varios hombres estaban colocando el árbol de Navidad de la ciudad. Mirando a su padre, preguntó:

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

-Creo que sabes lo que quieres decir, y eso es lo que te tiene asustado.

-¿Asustado? -Jake rió y movió la cabeza-. No estoy asustado, papá.

-Entonces no sé cómo llamarlo -dijo Frank-. Tienes una esposa encantadora y muy bonita.

Un bebé en camino, un buen rancho, una buena casa y todo el terreno que siempre has querido.

Si no estás asustado, ¿por qué no eres feliz?

Puesto así, sonaba bastante ridículo, desde luego. Pero Jake también tenía casi todas esas cosas antes y eso no cambió nada. Linda se fue de todos modos, dejándolo solo.

¿Cómo iba a arriesgarse a que le sucediera lo mismo con Casey?

-Ella no es Linda -dijo su padre con suavidad.

-Nunca he dicho que lo fuera.

-No hace falta que lo hagas. Se ve en tus ojos a diario.

-¿Qué?

-Todos los días estás esperando a que caiga el hacha. Estás tan atento fijándote en las nubes de tormenta que nunca ves el sol.

-Si no vigilo la tormenta, me atrapa. ¿Y entonces qué?

-Te mojas. Luego te secas y empiezas de nuevo.

Jake rió brevemente.

-No, gracias —si la tormenta llegaba esa vez, Jake sabía que sería mucho peor que la que sufrió con Linda.

Estaba seguro de ello, porque se había encariñado con Casey

más de lo que nunca hubiera creído posible.

Cada día que pasaba con ella era un buen día. Escucharla moviéndose por la casa, con aquel maldito perro pisándole los talones, era como música para sus oídos. No se había dado cuenta de lo solo que estaba hasta que ella había aparecido.

Pero si seguía encariñándose con ella, si le decía que la amaba y luego la perdía, el dolor lo mataría.

-Es tu decisión, desde luego.

-¿Cuál? -preguntó Jake, mirando a su padre a los ojos.

-Permitirte disfrutar de esta segunda oportunidad.

Jake movió la cabeza.

-O -continuó Frank-, darle la espalda y seguir con la media vida que has vivido durante los últimos años.

Menuda elección.

Quedarse solo o vivir con miedo al riesgo.

-¿Cómo te sientes estos días, futura mamá? Casey sonrió a Annie.

-Bien -la sonrisa dio pasó a un gesto ligeramente preocupado-.

No se supone que debo sentirme bien? ¿Crees que algo va "mal?

-Creo que todo va bien y que te preocupas demasiado -Annie pasó un cepillo por el húmedo pelo gris de su dienta-. Deberías ser como la señora Dieter, que no se preocupa por nada -alzó la voz para añadir-: ¿No es cierto, señora Dieter? -¿Cómo? -gritó la anciana.

Casey rió discretamente, miró un momento a Annie y luego a su alrededor. El olor a solución para la permanente parecía prendido al ambiente de la pequeña peluquería.

Annie era la dueña y única empleada, de manera que sus dientas siempre tenían que esperar.

Pero, como ella solía decirles, merecía la pena.

Ya que iba a esperar a su amiga para salir a comer, Casey se sentó en una de las sillas, tomó una revista y se dispuso a ojearla tranquilamente.

-Ya me falta poco -dijo Annie-. He atendido a la señora Dieter porque era un caso de emergencia. Su nieto viene hoy a sacarla de paseo

-alzó de nuevo la voz para añadir-: Joe es un gran bailarín, ¿verdad?

-¿Cómo voy a contestarte si no oigo tus preguntas? -la anciana cerró los ojos, decidiendo aparentemente echar una rápida siesta.

Sonriendo, Annie miró a Casey y preguntó: -¿Qué tal lleva mi hermanito su paternidad? -Creo que está bastante contento -lo

cierto era que Casey no estaba demasiado segura, pero había oído a Jake murmurando «un bebé» el suficiente número de veces como para saber que, al menos, pensaba en ello.

-¿Y por qué no iba a estarlo?

Desde luego. Casey sólo deseaba que estuviera la mitad de contento por ser un marido.

Sin duda, las cosas habían mejorado entre ellos desde que se había hecho la prueba del embarazo. Incluso hablaban por las tardes, después del trabajo.

Jake se mostraba muy solícito, ofreciéndose a prepararle un té, o a llevarle una almohada.

Pero seguían durmiendo en habitaciones separadas, y cada vez que la conversación se volvía demasiado personal, él se volvía hacia la puerta. Emocionalmente hablando, por supuesto.

-¿Yqué tal va... todo lo demás?

Casey apartó la mirada de la revista.

-Igual -dijo, y odió el tono derrotado de su voz. ¿Pero qué más podía hacer? Trató de seducir a Jake cinco años atrás. Al parecer, no era algo que se le diera muy bien.

Además, ¿cómo seducía una a su marido?

-Jake siempre ha sido demasiado testarudo para su propio bien.

Es sorprendente incluso que te dejara embarazada

—Annie tiró de un nudo especialmente reacio a soltarse en el pelo de la señora Dieter y ésta la miró en el espejo-.

Lo siento, señora Dieter.

-¿Crees que en alguna de estas revistas vendrá un artículo sobre cómo conseguir volver a meter en la cama a tu marido? —preguntó Casey en tono irónico.

Annie abrió la boca para contestar, pero la señora Dieter se le adelantó.

-Espérale desnuda en la puerta del dormitorio -dijo-.

Siempre funcionó con el señor Dieter.

Casey miró a Annie.

Annie miró a Casey.

Después las dos miraron a la señora Dieter.

-En navidades -continuó ella-, solía ponerme una cinta roja de terciopelo en torno al pecho con un gran lazo cayendo en medio de mis pechos -miró con tristeza su lacio busto-. Entonces los tenía realmente bonitos.

El señor Dieter se animaba de inmediato en cuanto los veía.

Un asombrado silencio se adueñó del ambiente antes de que la mujer añadiera:

-¿Acaso creéis que nací vieja?

Annie fue la primera en reír.

Luego se inclinó y besó la apergaminada mejilla de la señora Dieter.

-Hov le invita la casa al corte de pelo, señora Dieter.

-Puedes llamarme Agnes.

Mientras Annie y Agnes reían juntas, Casey se apoyó contra el respaldo del asiento.

Mirando distraídamente por la ventana, se dijo que lo que había funcionado con el señor Dieter también podía funcionar con el señor Parrish.

Cuando iban camino de la consulta, Casey yjake se cruzaron con cuatro personas que se detuvieron a felicitarles por el bebé que estaba en camino. Cuando la última de ellas se alejaba, Casey preguntó:

-¿Cómo es posible que se hayan enterado todos tan pronto de mi embarazo?

Jake la tomó de la mano mientras seguían caminando.

-Va te dije que, con un teléfono en las manos, Emma es capaz de superar a cualquier revista del corazón.

-Desde luego -murmuró Casey.

Jake la miró y sonrió.

-¿No te alegras ahora de que no se lo dijéramos a ella y a tío Harry hasta ayer?

Piensa lo que habría hecho si lo hubiera sabido hace una semana.

-Se me hiela la sangre sólo de pensarlo

-Casey movió la cabeza y aceleró el paso para adaptarse a las largas zancadas de Jake.

Emma y Harry no eran las únicas personas que habían tardado en saber lo de su embarazo.

Aún tenía que comunicárselo a sus padres. Y eso sí que le helaba la sangre.

Unos minutos después estaban en la consulta. Una enfermera le dio a Casey una bata abierta por la espalda que se puso tras un biombo antes de tumbarse en la camilla.

-No hace falta que te quedes durante la revisión -dijo, volviéndose hacia Jake-.

Puedes pasar cuando la doctora termine para hacerle las preguntas que quieras.

Jake miró los fríos estribos de metal en los que Casey tenía que apoyar las piernas y luego la miró a ella.

-Si no te importa, prefiero quedarme.

Casey logró reír a pesar del repentino nudo que se le había hecho en la gargfenta.

-Por mí no hay problema.

Unos segundos después, la doctora Diana Hauck entraba en la consulta acompañada de su enfermera.

-Así que estás embarazada, ¿no?

-Eso es lo que dijo la prueba.

La doctora movió la cabeza y dijo en tono irónico:

-Esas pruebas me están arruinando el negocio -mirando a Jake, añadió-: ¿Va a quedarse?

-Si no es molestia.

-Por mí no hay problema, siempre que no se interponga en mi camino -la doctora Hauck rió mientras se sentaba junto a la camilla-.

Eso es lo que le diré cuando estemos en la sala de partos, así que será mejor que se vaya acostumbrando.

Jake inhaló profundamente y la doctora alzó una de sus cejas.

-De acuerdo, Casey, ponte en posición -la enfermera entregó a la doctora un par de guantes de látex.

Jake se colocó a la cabecera de la camilla y Casey le tomó una mano.

Él notó la frialdad de su piel.

¿Estaría tan nerviosa como él?

¿Y si la prueba estaba equivocada? ¿Y ni no había bebé? ¿Se alegraría, o se sentiría decepcionado? Miró a Casey a los ojos y vio su propia ansiedad reflejada en ellos.

Todo acabó en pocos minutos. -Ya puedes sentarte -dijo la doctora, que, a continuación, se levantó y fue a lavarse las manos.

Mientras lo hacía, se volvió a mirarlos por encima del hombro-: Creo que más o menos dentro de ocho meses seréis padres.

Jake soltó el aliento que no sabía que estaba reteniendo.

Una agradable sensación de sosiego se instaló en su pecho.

Eso dejaba zanjado el asunto.

Acercándose a Casey, estrechó instintivamente su mano con más fuerza y empezó a hacer las típicas preguntas de todos los futuros padres.

La tarde siguiente, Casey giró el regulador de la luz de la cocina hasta que ésta quedó tenuemente iluminada. Luego alzó la tapa de uno de los recipientes que tenía al fuego, lo removió un poco, y volvió a taparlo.

Miró a su alrededor. Stumbles estaba en su manta, en el

despacho de Jake. La mesa estaba elegantemente puesta. La encimera totalmente recogida y limpia.

El fuego ardía en el hogar. El guiso estaba casi listo.

Los relámpagos de chocolate estaban en la nevera.

Todo estaba listo.

Incluso ella.

Se pasó la mano por el pelo una última vez al oír el ruido del Jeep de Jake entrando en el patio. Echando una rápida mirada por la ventana, vio cómo bajaba del vehículo y sacaba de éste las herramientas que había ido a comprar a la ferretería.

El estómago se le encogió y respiró profundamente.

Era hora de averiguar si la señora Dieter sabía de qué estaba hablando.

Se miró a sí misma, suspiró, y estiró con cuidado la ancha cinta de terciopelo rojo que rodeaba sus pechos. La lazada entre los senos estaba un poco arrugada, pero no creía que a Jake fuera a importarle. Esperaba que estuviera demasiado ocupado haciendo otras cosas como para fijarse en la estética.

Sintió un escalofrío en la fresca habitación y se dijo que debería haber permanecido más tiempo junto al fuego. Desnuda, excepto por el lazo rojo, empezaba a sentir auténtico frío.

Respirando profundamente, trató de no pensar en el lío en que podía estar metiéndose. Gimió ante las humillantes imágenes que pasaron por su mente. ¿Y si Jake reía al verla? O peor aún, ¿y si ni siquiera se fijaba en que estaba desnuda?

Pero eso no sucedería, se dijo. Sabía muy bien que la deseaba tanto como ella a él.

La puerta principal se abrió y volvió a cerrarse, y Casey se puso tensa.

Si aquella treta no funcionaba, no sabría qué hacer. Adoptó una pose, esperando parecer despreocupada, y esperó.

Jakc dejó la bolsa con las herramientas en la mesa del vestíbulo.

Mientras se quitaba el chaquetón, olfateó el aire, apreciando el delicioso aroma que llegaba de la cocina. Un hombre podía acostumbrarse a aquello.

No hacía mucho, aún regresaba de trabajar a una casa vacía en la que sólo le aguardaba algo de comer en el microondas.

Pero eso era antes de Casey.

Se apoyó un momento contra la pared y se preguntó cómo iba a ser capaz de seguir viviendo con su mujer sin hacerle el amor. Cada día le resultaba más difícil ignorar su presencia. Ignorar los pequeños pero agradables cambios que había hecho en la casa.

En su vida.

"Cómo podía vivir con ella y no enamorarse de ella"?

«No dejes de recordar a Linda», pensó. «Recuerda lo duro que fue descubrir que mentía cuando decía que te quería. Recuerda el dolor».

Asintiendo con brusquedad, se irguió y fue hasta la puerta de la cocina. Cuando pasó al interior, todo pensamiento racional abandonó su mente.

-Feliz Navidad, Jake.

El parpadeó, movió la cabeza y volvió a parpadear, como esperando que la aparición que había ante sus ojos desapareciera.

-¿Casey?

Todo en él se tensó mientras deslizaba la mirada por el cuerpo de Casey.

Bajo la suave luz reinante, su piel parecía tan pálida y cremosa como la porcelana.

La ancha cinta que rodeaba su pecho y cubría sus erectos pezones se unía en un lazo ligeramente retorcido en el centro de sus pechos.

Los extremos de la cinta caían sobre su abdomen, atrayendo la mirada de Jake hacia el triángulo de pelo rizado que había entre sus muslos. Mientras la admiraba, Casey cambió de posición y la cinta se balanceó suavemente.

Con la boca seca y el corazón latiéndole aceleradamente en el pecho, Jake supo que su valiente lucha había terminado. No más instintos de batalla.

No más distancia entre ellos. De algún modo, tendría que encontrar una manera de vivir con aquella increíble y sorprendente mujer sin llegar a enamorarse de ella.

Pero no hoy.

-Aún faltan tres semanas para Navidad -dijo, finalmente, congratulándose por haber logrado encontrar la voz para hacerlo.

-Ya falta poco -Casey se encogió de hombros y Jake contuvo el aliento al ver que la cinta se hundía un poco sobre sus pechos.

Deslizó una mirada hambrienta por su cuerpo. Un regalo de Navidad.

Santa Claus nunca había sido tan generoso con él.

Los minutos pasaban. Tenía que decir algo. ¿Pero qué?

-La comida huele muy bien -brillante.

-Guiso de ternera.

Jake asintió y notó la fuerza con que Casey se aferraba al borde de la encimera.

Tenía los nudillos blancos. ¿Nervios? Mirándola a los ojos, preguntó:

-¿Qué hay de postre?

Casey se aclaró la garganta y miró la nevera,

-Relámpagos de chocolate.

-Prefiero comerte a ti.

Casey relajó los hombros de inmediato al oír aquello.

Dio un paso indeciso hacia él y Jake quiso abofetearse. ¿Era culpa suya que Casey se sintiera tan ansiosa, tan insegura de sí misma? Sí, lo era.

Podía estar orgulloso de ello, se dijo, asqueado. A pesar de las peculiares circunstancias en que se había dado aquel matrimonio, Casey era su esposa y se merecía algo mejor que lo que él le había dado.

Desde ese mismo instante, le daría todo lo que pudiera. Y, con un poco de suerte, sería suficiente para que Casey no echara de menos lo que ya no podía darle de ninguna manera. -Jake?

El sonrió y vio que la expresión de Casey se relajaba.

-Creo que nunca me han dado una bienvenida a casa más cálida.

-¿Bienvenida? Sí -dijo ella, y sonrió-. ¿Cálida? -se estremeció-. No tanto.

Jake se acercó rápidamente a ella y la tomó entre sus brazos.

Deslizando las manos repetidas veces por su espalda, susurró:

-Tal vez deberías haber esperado a darme esta sorpresa en verano.

-No quería esperar -dijo Casey y echó la cabeza atrás para mirarlo.

El alzó una mano y le acarició la mejilla.

-Me alegro de que no esperaras.

-Y yo.

Mirando la cinta roja, Jake sonrió antes de preguntar:

-¿Puedo abrir mi regalo de Navidad tan pronto? -Esta noche puedes hacer lo que quieras -dijo ella con suavidad. Tembló de nuevo y Jake volvió a acariciarle la espalda.

-¿Aún tienes frío? -susurró.

Otra clase de temblor recorrió el cuerpo de Casey.

-Ya no.

-Bien -dijo él, antes de inclinar la cabeza para reclamar el hambriento beso que llevaba días anhelando.

Ella echó atrás ligeramente la cabeza para recibirlo, y, en cuanto sus bocas se encontraron, Jake supo que, pasara lo que pasara, nunca volvería a mantenerse apartado de ella.

Mientras ella lo deseara, él estaría allí.

Sus lenguas se unieron en una ferviente danza.

Acariciándose, explorándose, Jake redescubrió con Casey todo el anhelo y la excitación de su primera noche juntos.

Jake sintió las manos de Casey deslizándose por sus brazos hasta sus hombros.

Alzando una mano, abarcó uno de los senos de Casey en ella, y, a través de la suave tela de la cinta, acarició con el pulgar su endurecido pezón hasta que un suave gemido surgió de su garganta.

Casey deslizó las manos bajo la camisa de Jake y acarició su pecho.

Él se estremeció de placer, y se apartó un momento para quitarse la camisa y tirarla al suelo.

Después, Casey alargó las manos hacia él, pero el las tomó entre las suyas y dijo:

-Cuando alguien me da un paquete muy bien envuelto y atado con una cita, quiere decir que es un regalo para mí, ¿no?

-Sí...

-Y has dicho que esta noche podía hacer lo que quisiera con mi regalo, ¿no?

-Sí, supongo que sí -Casey se estremeció ligeramente mientras Jake soltaba la cinta.

El gran lazo se soltó y cayó al suelo. Jake sonrió y, tomándola por la cintura la alzó y la sentó en el borde de la encimera.

-¿Qué te traes entre manos? -preguntó ella.

-;Acaso no confías en mí, Casey? -reprendió Jake mientras se encaminaba hacia la nevera.

-Claro que sí. pero... -la voz de Casey se apagó mientras veía que Jake sacaba los relámpagos de chocolate de la nevera.

Dejó la bandeja que los contenía sobre la mesa, tomó uno y volvió a encaminarse hacia ella. Hundiendo el dedo índice en el relleno de crema, tomó una generosa cantidad, lo alargó hacia Casey y dijo con suavidad:

-Primero voy a tomar el postre.

Capítulo Diez

La encimera estaba fría, pero la expresión de los ojos de Jake hizo que la sangre ardiera en las venas de Casey.

Tragó con esfuerzo y vio cómo se acercaba. Jake se detuvo cuando su pecho le rozó las rodillas.

Sentada sobre la encimera, Casey se encontraba a la misma altura que su marido, y mantuvo la mirada en sus ojos mientras él le ofrecía un dedo lleno de crema.

El sabor se extendió por todos los rincones de su boca, pero cuando ella alargó una mano hacia el dulce con intención de ofrecerle lo mismo, Jake negó con la cabeza.

-Yo me serviré -murmuró, y se inclinó a saborear primero uno de los pechos de Casey y luego el otro. Con infinita ternura y delicadeza, acarició con la lengua sus pezones como si fueran un exquisito postre.

Los dedos de Casey se curvaron en torno al borde de la encimera con fuerza mientras una oleada tras otra de placer recorría su cuerpo.

Arqueando éste contra la maravillosa boca de Jake, se ofreció a él, anhelando más, necesitando más.

Él rió con suavidad y alzó la cabeza.

-Es *mi* regalo -le recordó, con un rápido beso en los labios.

—Pero Jake -murmuró ella juguetonamente-, los buenos maridos no torturan a sus mujeres.

-¿ Y qué esposa quiere que su marido sea bueno? -replicó él, guiñándole un ojo.

-¿Yo?

-No, tú no, Casey -aseguró él, y la empujó suavemente, hasta tenerla tumbada de espaldas sobre la encimera, con las rodillas dobladas en el borde y los pies colgando-.

Tú prefieres que sea atrevido.

-;Hasta qué punto vas a serlo? -preguntó ella, sintiendo un leve destello de inquietud-.

Tal vez debería advertirte que no soy del tipo atrevido.

-Eso no es lo que dice el lazo que llevabas puesto.

Cierto. Eso no podía discutirlo. Pero también era cierto que no

quería oponerse a los planes de Jake, por atrevidos que éstos fueran. Ya había esperado demasiado a que llegara aquel momento, y quería disfrutarlo.

Alzó la cabeza y vio que Jake se colocaba entre sus piernas.

Un gritito ahogado surgió de su garganta cuando vio que volvía a llenar su dedo de crema y lo alargaba hacia ella.

-Jake...

-Es mi regalo -le recordó él-. Mi postre.

Entonces llevó el dedo hasta el centro del deseo de Casey y ella dio una salto, sobresaltada por la sensación.

-;Está frío! -protestó.

-No por mucho rato -dijo él, y su voz sonó ronca, grave.

Casey se estremeció. Con los ojos entrecerrados vio como él bajaba la boca hacia su sexo. Cuando lo alcanzó, gimió y dejó caer la cabeza hacia atrás en la encimera.

Jake extendió con su lengua la fría crema, fundiéndola sobre la rosada y palpitante piel de Casey.

Instintivamente, ella abrió más las piernas, invitándolo a profundizar en sus caricias.

Jake la condujo hacia la locura, creando con su boca fuegos de desesperación, y su lengua le hizo conocer delicias que ni siquiera había soñado que existieran.

Con cada íntima caricia se volvía más parte de ella. Tocaba más que su cuerpo.

Tocaba su corazón.

Su alma.

-Jake... -jadeó Casey, sintiendo que la liberación se acercaba. Su cuerpo se tensó, espertante. Contuvo el aliento. Entonces, un espectacular estallido de puro placer la lanzó hacia lo alto, dejándola sobre la cresta de una inmensa ola de increíbles sensaciones. Poniéndose rígida, gritó el nombre de Jake con voz estrangulada.

Unos momentos después entreabrió los ojos y, al ver la apasionada mirada que brillaba en los de Jake, sintió un acuciante deseo de tenerlo encima, dentro de sí, unido a ella tan profundamente como la mágica noche que llevó a su matrimonio.

Alargó las manos hacia él y se acurrucó contra su pecho cuando la tomó en brazos para llevarla al

dormitorio.

Una vez en éste, Jake la tumbó en el centro del colchón, terminó de quitarse la ropa y se acostó a su lado. La acarició entera, casi con aspereza, como si llevara demasiado tiempo esperando a que llegara

aquel momento.

Una necesidad intensa, desconocida, creció en el interior del pecho de Jake.

Su cuerpo anhelaba el de Casey.

Ella lo besó, abriendo su boca para él, invitándolo a que la acariciara con su lengua. Intercambiaron sus alientos y, cuando Jake no pudo soportar por más tiempo estar separado de ella, Casey le abrió su cuerpo, dándole la bienvenida cuando penetró en él.

Jake gimió en alto mientras empujaba y sentía su calor rodeándolo, abrazándolo.

Ella lo rodeó con las piernas por las caderas y lo sostuvo con fuerza contra sí, hasta que, finalmente, el mundo de Jake estalló, dejándolo sólo con la calidez de Casey como cobijo.

Jake deslizó una mano por la espalda de Casey, que recostaba la cabeza sobre su hombro, maravillándose de la suavidad de su piel y del increíble regalo que era tenerla en su vida.

Pero, incluso mientras lo pensaba, comprendió que se estaba encariñando demasiado con ella.

No iba a permitir que sucediera otra vez.

No iba a enamorarse de nuevo para quedarse sin nada cuando todo acabara.

Casey se estiró junto a él, le dio un beso en el pecho y pasó un brazo por su cintura.

-¿Se habrá estropeado la cena? -Jake hizo aquella pregunta a modo de auto defensa, para evitar adentrarse demasiado en un sendero que sólo podía traerle problemas.

-¿Puedes pensar en comida en un momento como éste? -preguntó Casey en tono burlón, apoyándose en un codo para mirarlo.

-No tengo fuerza para pensar en otra cosa -Jake la miró y sonrió-. Al menos, hasta que coma algo.

-Entonces, habrá que alimentarte -Casey salió de la cama y tomó una camiseta de Jake de un monton de ropa limpia.

Soteniéndola frente a sí, preguntó-: ¿Nos vestimos para cenar?

Sus cortas y moldeadas piernas asomaban por debajo de la camiseta. Se movió de un lado a otro, dando a Jake una tentadora visión de sus caderas.

-Las buenas esposas no torturan a sus maridos.

-Como has señalado antes, creo que prefiero ser atrevida a buena.

Jake entrecerró los ojos.

-No juegues con un hombre hambriento, mujer. Dame esos

pantalones.

-La luna de miel ha terminado -Casey suspiró dramáticamente y se puso la camiseta. Luego tomó los pantalones y subió de nuevo a la cama para entregárselos a Jake. Tras dejarlos sobre su estómago, dijo:

-Te quiero, Jake Parrish.

El silencio que siguió a sus palabras pareció extenderse horas.

Jake se preguntó qué podía decir que no le hiciera quedar como el miserable que sabía que era. De manera que no dijo nada.

Se sentó, se puso los pantalones del chándal y fue en busca de una camiseta a su armario.

-Así que la luna de miel ha terminado realmente -dijo Casey.

Jake suspiró y se puso la camiseta. Cuando no le quedó más remedio, se volvió hacia ella.

-Casey...

-No -ella alzó una mano y negó con la cabeza.

—¿No, qué?

-No me hables de que éste es otra clase de matrimonio y de que el amor no formaba parte del trato.

-¿Lo formaba?

-Para mí sí -Casey bajó de la cama y dio un paso

hacia la puerta. Entonces se detuvo y se volvió para mirar a Jake.

Éste sintió que su miraba lo atravesaba y supo que se lo merecía-. Pero tú no me amas... o no quieres amarme.

-El problema no está en ti -protestó Jake.

No quería herir los sentimientos de Casey, de manera que decidió decirle la verdad, al menos, hasta donde le fuera posible hacerlo-.

Está en mí. No creo que sea capaz de volver a amar.

-Eso es una tontería, Jake.

-¿Cómo? -sorprendido, Jake miró a Casey, e incluso desde el otro extremo de la habitación vio el destello de rabia que iluminó sus ojos.

-Ya me has oído.

-Casey...

-No. Lo que acabamos de experimentar juntos ha sido...

-Sensualidad, deseo -concluyó Jake-. Pura y simplemente.

-¿Es eso todo lo que has sentido? ¿De verdad?

Jake bajó un poco la mirada y Casey lo vio. Sabía que él había sentido mucho más que deseo.

Lo había percibido en sus caricias, en sus abrazos. Jake la

amaba.

Pero era demasiado testarudo para admitirlo.

-No hay motivo para que no podamos ser felices en este matrimonio, Casey.

Podemos ser marido y mujer.

Disfrutar el uno del otro. Criar a nuestros hijos...

Casey asintió y esperó a que Jake terminara.

El respiró profundamente y añadió:

-No me pidas lo que no puedo darte, Casey. Sólo servirá para hacernos daño.

¿De verdad creía Jake todas aquellas tonterías?, se preguntó ella.

Cruzándose de brazos, ladeó la cabeza para mirarlo.

-Estás equivocado, Jake.

Él parpadeó y también se cruzó de brazos, a la defensiva.

-¿No quieres que espere amor por tu parte? -continuó Casey-.

De acuerdo, no lo haré. Pero tú te lo pierdes, Jake. No yo.

Jake alzó la barbilla como esperando recibir un golpe, y ella se lo dio con sus siguientes palabras.

-Yo sí te quiero, gran tonto. Pero, de momento, no voy a volver a decírtelo.

-¿Qué se supone que quiere decir eso?

-Quiere decir que puedes seguir adelante y pretender lo que quieras. Pero tú me quieres, Jake Pa-rrish. Lo sé -Casey cruzó la habitación en varias enfadadas zancadas y no se detuvo hasta que estuvo frente a él.

Apoyando un dedo índice contra su pecho, añadió-: Seremos marido y mujer. Disfrutaremos el uno del otro. Criaremos a nuestros hijos. Pero hasta que admitas que me quieres, éste será sólo un matrimonio a medias.

-Casey...

-Y tú tendrás que ser el primero en decirlo, Jake. Yo no volveré a decírtelo.

No hasta que tú me lo haya dicho a mí -Jake negó levemente con la cabeza y ella quiso abofetearlo-. Lo dirás, Jake. Lo harás o te estarás engañando a ti mismo... y a mí, respecto a algo precioso que pocas personas llegan a sentir.

Jake alargó una mano, pero ella dio un paso atrás.

-¿No te das cuenta de que sólo trato de proteger nuestro matrimonio?

-No. Lo único que veo es un hombre demasiado testarudo para su propio bien.

Jake entrecerró los ojos y su mandíbula se tensó.

Casey asintió bruscamente y se volvió. Encaminándose hacia la puerta, dijo por encima del hombro.

-Y ahora ven a comer, Jake. Necesitas recuperar tus fuerzas.

-Mis fuerzas -repitió él.

-Sí -Casey se detuvo, se volvió y sonrió a medias-. No voy a engañarme intentando dejar de quererte o dejando de hacer el amor contigo sólo porque seas demasiado testarudo como para ver lo que tienes delante de los ojos - a continuación, salió del dormitorio, dejando solo a Jake en la penumbra.

-Casey... -murmuró él. Sabía que era cierto que Casev iba a actuar como si todo fuera bien. Pensaba seguir adelante con el matrimonio, contara o no con él.

Se sintió como un idiota.

Permaneció largo rato donde estaba, tratando de averiguar qué había ido mal en su perfectamente razonable plan.

Una semana más tarde seguía intentándolo.

Una peluda oreja abofeteó su mejilla, añadiendo insulto al daño. Stumbles se volvió y le ladró en la cara.

-De acuerdo -murmuró Jake, apartando al perro de su regazo para que ocupara el asiento de pasajeros-. Mira un rato por tu ventanilla.

Obedientemente, Stumbles apoyó sus patas delanteras en la ventanilla abierta y asomó su cabeza por ésta.

Jake frunció el ceño, y luego volvió a ñjar su atención en la carretera.

No había nevado durante toda la semana y el sol había transformado las tempranas nieves en barro.

Todo estaba marrón. Cosa que encajaba con el humor de Jake. Había conducido tantas veces por aquella solitaria carretera que podría haberlo hecho con los ojos cerrados.

Ya que no necesitaba concentrarse, su mente comenzó a divagar. Naturalmente, divagó sobre Casey.

Hacía toda una semana que se mantenía fiel a su palabra. No había vuelto a mencionar nada sobre amar, querer, para siempre, etc. Hacían el amor, pasaban las tardes juntos. Jake la ayudaba a cocinar para su creciente lista de clientes y aceptaba agradecido su ayuda para llevar los libros de contabilidad del rancho.

Hablaban sobre el bebé y sobre las navidades. El día anterior habían salido a cortar un pino que instalaron en el cuarto de estar. Comían juntos, dormían juntos y hacían todo lo que cualquier pareja casada haría.

Jake gruñó, se movió en el asiento y golpeó con la mano el volante.

Stumbles se sobresaltó.

-Lo siento -dijo Jake, y a continuación se rió de sí mismo por haberse disculpado con el perro.

Si estaba consiguiendo exactamente lo que quería, ¿por qué no se sentía feliz?

Porque echaba de menos escuchar aquellas dos palabras de labios de Casey.

Echaba de menos verlas en sus ojos.

-Diablos -dijo, mirando al perro—. Incluso a ti te dice que te quiere.

Stumbles volvió a tumbarse, apoyó la cabeza en el muslo de su amo y suspiró.

-Sí, lo sé. Yo también te quiero -Jake rascó cariñosamente la cabeza del perro-.

Es extraño, ¿no te parece? Puedo decirte esas palabras a ti, pero no a ella.

En la distancia, una furgoneta marrón salió del sendero del rancho y enfiló el camino hacia Jake, evidentemente, en dirección a la ciudad.

Jake sintió una repentina inquietud. Cuanto más se acercaba a la furgoneta, peor se sentía. Cuando se hallaban a escasos metros de distancia, echó a un lado su vehículo para dejar pasar al otro.

Permaneció allí largo rato después de que el otro conductor lo saludara amistosamente con la mano al pasar.

Va había vuelto a empezar.

-Sí. lo sé, mamá -estaba diciendo Casey cuando Jake entró en la cocina-.

Sólo había pensado que querrías saberlo. No esperaba que hicieras nada al respecto.

jake la miró. Ella sonrió, pero él no le devolvió la sonrisa. No podía. No ahora.

No cuando todo lo que temía que pasara acababa de empezar.

-Eslov segura de que papá está más que dispuesto a irse

-dijo Casey y miró a Jake con gesto exasperado-.

Sí, probablemente, París estará precioso en estas fechas.

París.

Casey alzó un dedo, como indicándole que sólo tardaría uno o dos minutos.

-Mamá, ya sé que no eres la típica abuela. Nadie espera que hagas pasteles o cambies pañales.

Lo sé, mamá. Estoy segura de que Jake comprende que una mujer embarazada puede ganar peso y ponerse fea.

.Al parecer, hablar con la madre de Casey por teléfono no era más agradable que hacerlo en persona. Pero Jake no quería sentir lástima por Casey en esos momentos.

Lo único que quería era librarse de la creciente sensación de enfado y decepción que amenazaba con dejarlo sin aire.

Quería decirse que había hecho bien mostrándose cauto, que desde el principio había sabido que aquel matrimonio no iría bien.

Cruzó la cocina y se encaminó por el pasillo hacia el dormitorio.

¿Dónde si no iban a estar los paquetes?

Cada vez que el hombre de UPS había llevado a Linda su interminable cadena de paquetes, éstos eran apilados sobre la cama para que su devota esposa pudiera divertirse cómodamente.

Pero esta vez no estaba dispuesto a permitir que pasara de nuevo. Linda estuvo a punto de arruinarlo con sus continuos y extravagantes gastos.

Era la única mujer que conocía Jake que necesitaba una docena de zapatos nuevos cada seis semanas.

Los vio en cuanto entró en el dormitorio.

Un grupo relativamente reducido de cajas apiladas en una silla. Tomó la primera, rálgó el papel que la envolvía, abrió la tapa y contempló el resultado de la primera incursión de Casey en la carrera de gastos.

Una camisa de franela.

Para él.

Frunciendo el ceño, Jake desgarró los envoltorios del resto de las cajas para ver su contenido. Camisas de franela. Calcetines. Dos pares de pantalones vaqueros y un chubasquero.

Todo para él.

Era exactamente lo que se habría comprado si hubiera tenido tiempo o inclinación a ir de compras.

Dejó la última caja sobre la silla y se pasó una mano por el pelo. Confundido, trató de encontrar el significado de aquello. Lo que implicaba para su teoría.

-Yava -dijo Casey tras él-. Habrá que verte la mañana de Navidad.

Jake se volvió.

Casey sonrió y movió la cabeza mientras contemplaba el lío de papeles que había en el suelo.

-Menos mal que aún no han traído tu regalo de Navidad. Eres peor que un niño.

-Todo esto es para mí -dijo Jake, Finalmente.

-¿Hay algún problema? -preguntó Casey mientras se agachaba a recoger un papel de la alfombra.

-No -no había ningún problema. La palabra *misterio* habría sido más adecuada-.

¿Pero por qué? -Cuándo has comprado todo esto?

-La última vez que estuve con Annie en la peluquería. Tiene un catálogo de ropa muy bueno -Casey alzó las cejas-. Pensé que no te importaría. Tus vaqueros se están desintegrando.

Tu impermeable debe tener cien años y me temo que Stumbles se ha aficionado a tus calcetines.

Se había fijado en todo aquello, pensó Jake. Había comprado para él.

Frunciendo el ceño ligeramente, se agachó para recoger el resto de los papeles que había desperdigado por el suelo. Cuando se irguió vio que Casey lo miraba atentamente.

-Te ha sorprendido mucho que te haya comprado ropa. ;no?

—Sí —replicó él—. Supongo que sí. -Soy tu esposa, Jake -Casey se encogió de hombros v luego lo besó en la mejilla-.

Yo... -se interrumpió y movió la cabeza.

Había estado a punto de decirlo.

Era extraño que unas palabras no dichas pudieran doler tanto.

-Me alegra que ya estés de vuelta -dijo Casey, con la evidente intención de cambiar de tema

—. Me gustaría que decoráramos el árbol de Navidad esta noche.

-Sí, claro -contestó Jake distraídamente.

-Primero hay que poner las luces -continuó Casey, hablando más alto para llamar su atención

—. ¿Quieres hacerlo tú, o prefieres que lo haga yo?

-¿Luces? -repitió Jake, dándose cuenta por fin de qué estaban hablando

—. Yo lo haré. Tendrías que utilizar una escalera y podrías caerte.

Casey asintió.

-De acuerdo, gracias. Oh, he encontrado la vieja caja de adornos de Navidad en el garaje, así que la he traído. Espero que no te importe.

Aquello confundió aún más a Jake.

-Pero ayer te enseñé donde estaban todos los adornos nuevos -la decoración encargada por Linda para el árbol de Navidad le había costado un ojo de la cara.

Su ex-esposa sólo se conformaba con lo mejor.

-Sí -dijo Casey—. Pero esto es tan... no sé.

El caso es que he decidido buscar los adornos que recordaba que solía poner tu madre.

-¿Por qué? -preguntó Jake.

Ella suspiró.

-De acuerdo, Jake. Las cosas que me enseñaste ayer eran bonitas... pero me recuerdan demasiado a los árboles profesionalmente decorados que mi madre encarga cada año -se encogió de hombros-. Quería que, para nuestras navidades, todo fuera...

-¿Perfecto?

-Hogareño -corrigió Casey-. No te importa que use los adornos de tu madre, ¿verdad?

-No -contestó Jake con rapidez. Por supuesto que no le importaba.

Pero no estaba seguro de entender.

-Bien -Casey sonrió y se volvió hacia la puerta-. Lávate antes de cenar.

Luego pondremos en marcha estas navidades.

Navidades, pensó Jake mientras se sentaba en la cama.

Navidades con los adornos de su madre, un árbol de verdad y Casey.

Debería ser feliz.

¿Por qué no se permitía serlo?

Capítulo Once

A la mañana siguiente, temprano, Casey estaba en el cuarto de estar, despidiendo a Jake.

-¿Te mantendrás alejada de la escalera? -preguntó él.

Ella rió y alzó la mano derecha con la palma hacia delante.

—Lo prometo. Además, ya no necesito la escalera -se volvió para mirar las hileras de luces de colores que bordeaban los ventanales —. Son bonitas, ¿verdad?

-Muy bonitas -dijo Jake con suavidad.

Casey se volvió de nuevo hacia él y vio que la estaba mirando. Una lenta oleada de placer la recorrió. Jake la amaba. Lo veía en sus ojos cada vez que la miraba.

¿Por qué no se dafJa cuenta él de que era así?

¿Por qué se empeñaba en no admitir la verdad?

-¿Estás segura de que quieres llevar tu coche a la ciudad? -preguntó él de repente-.

Si quieres, puedo dejarte el Jeep. Uno de tus hermanos puede conducir hasta el lago.

Casey negó con la cabeza. ¿Qué haría su marido cuando su embarazo estuviera más avanzado? Se preocupaba por todo, vigilaba su dieta como un halcón... y seguía sin darse cuenta de que la amaba.

-No te preocupes. No he vuelto a tener ningún problema desde que pusiste las cubiertas para nieve a mi coche.

Jake asintió y tomó sus utensilios de pesca. -Estaré de vuelta antes de que anochezca. -Aquí estaré.

Jake miró a su esposa un largo momento. Luego inclinó la cabeza para besarla.

Pero Casey no se conformó con un mero roce de sus labios. Instintivamente, rodeó el cuello de Jake con sus brazos para besarlo más profundamente.

Él dejó caer sus utensilios de pesca para estrecharla contra sí.

Al margen de todo lo demás, compartían una magia increíble cada vez que se tocaban. Cuando Casey estuvo segura de tener toda la atención de Jake, interrumpió el beso y dio un paso atrás.

Juzgando por la torturada expresión de su marido, había realizado bien su trabajo.

Tal vez había simulado seguirle la corriente en lo referente a la absurda idea que tenía sobre cómo debía ser su matrimonio, pero

en ningún momento le había prometido ponérselo fácil. -Que te diviertas -dijo-.

Saluda a Nathan y a J.T. de mi parte.

Jake respiró profundamente, entrecerró los ojos v asintió.

-No tengo por qué ir obligatoriamente a pescar, ya lo sabes.

Aunque a Casey le encantó saber que Jake estaba dispuesto a renunciar a ir a pescar con los gemelos para quedarse con ella, lo empujó suavemente hacia la puerta.

-Sí tienes que ir. Lleváis planeando este día de pesca desde la boda.

Resignado, Jake recogió sus cosas y se encaminó hacia la puerta.

-En su momento nos pareció un buen plan -concedió.

-La verdad es que no entiendo cómo puede pareceros un buen plan hacer un agujero en el hielo y luego pasaros el día junto a él esperando a que pase un pez y pique en el anzuelo -Casey sonrió y alzó las manos para subir el cuello del chaquetón de Jake.

-Tú eres una chica -dijo él-, y las chicas no entienden las cosas de los chicos.

«Puede que no», pensó Casey.

Pero las chicas entendían lo suficiente como para aprovechar el tiempo que sus maridos pasaban fuera haciendo cosas de chicos. Tenía planeado ir a hablar con An-nie. Finalmente, había llegado a la conclusión de que, para luchar contra los recuerdos que Jake tenía de su ex-esposa, debía saber exactamente con qué se enfrentaba.

-Se gastó casi todo el dinero que Jake tenía -dijo Annie y alargó una mano para tomar otra galleta de canela recién horneada-. Están buenísimas, Case.

Pero no necesitabas sobornarme para hacerme hablar.

-No lo consideres un soRorno, sino un incentivo.

Annie arqueó una ceja y ladeó la cabeza.

-Así resulta más llevadero.

Incentivo o soborno, lo cierto era que aquellas galletas eran el resultado de unas manos inquietas y una mente demasiado ocupada. Casey había decidido ocupar así el tiempo hasta que llegara la hora de su cita con Annie.

-De manera que Jake se divorció de Linda porque ésta se gastó todo su dinero -eso explicaba el extraño comportamiento de Jake el día que llegaron al rancho los paquetes con su ropa.

-En parte sí. Pero eso no fue lo que acabó definitivamente con su matrimonio.

Casev miró por encima del hombro hacia el cuarto de estar. No

quería que Lisa las escuchara hablando de su tío.

El sonido apagado de un programa de televisión infantil llegó hasta ella, punteado por alguna que otra risita de la niña. Stumbles v Lisa habían hecho muy buenas migas de inmediato, probablemente, porque Lisa creía en compartir sus galletas con el eternamente hambriento perro.

Tras servir más café en su taza y en la de su amiga, miró a ésta con gesto especiante, animándola a seguir.

-Primero debes entender que Jake creía estar enamorado de su mujer.

Era una tontería que aquellas palabras pudieran dolerle, pensó Casey. Por supuesto que Jake debía creerse enamorado de su mujer.

A fin de cuentas, se casó con ella. Sonrió para sí. Eso no probaba nada.

También se había casado con ella. Y parecía decidido a probar que no la amaba.

-La verdad es que nunca entendí lo que veía en ella -continuó Annie

—. Tenía una mirada que no inspiraba confianza.

Casev sonrió y palmeó la mano de su amiga.

-Gracias. Y ahora, cuéntame qué pasó.

-Muy sencillo -Annie tomó su taza de café con ambas manos antes de seguir hablando-. Jake volvió un día a casa antes de la hora habitual y se encontró a su querida Linda en la cama con un vendedor de la casa BMW de Reno.

-¿Qué?

-Sí —los labios de Annie se convirtieron en una tensa línea al recordar-.

Jake permaneció tras la puerta y oyó que su esposa le decía a su amante que no debía preocuparse si su marido lo averiguaba. Dijo que Jake era un idiota enamorado.

Que le perdonaría cualquier cosa.

Un sin número de emociones se agitaron dentro de Casey, exigiendo ser reconocidas.

Sobresalió entre ellas la rabia contra Linda por haber dañado de esa forma a Jake. Pero la compasión por éste, que debió sentirse terriblemente herido, acabó imponiéndose a las demás.

No era de extrañar que Jake no quisiera oír nada sobre el amor. No era de extrañar que no se atreviera a quererla abiertamente. Lo intentó una vez y su corazón acabó destrozado.

-Sí, fue realmente desagradable durante una temporada -dijo Annie-.

Pero acabé dándome cuenta de que, en realidad, Jake no podía haber querido de verdad a esa bruja.

-¿Qué quieres decir?

-Estaba furioso y dolido. Y, sin duda, se considera herido en lo más hondo. La mayoría de los hombres tienden a atribuir más sangre de la necesaria a cualquier herida, por ligera que ésta sea.

-¿Ligera? -preguntó Casey, reprimiendo el impulso de salir en defensa de su marido.

-No digo que no estuviera herido -continuó Annie-. Pero creo que, más que herido, se sentía avergonzado por haber hecho el tonto de aquella manera por la mujer equivocada.

Casey apoyó un codo en la mesa, se tomó la barbilla con la mano y, pensativamente, murmuró:

-Así que ahora no está dispuesto a hacer el tonto por ninguna mujer.

.Annie se encogió de hombros.

-Acabará por sosegarse en algún momento.

-No estoy segura -dijo Casey-. Además, ¿por qué iba a hacerlo? -¿Huh?

-Míralo desde su punto de vista. Tiene una esposa. Un bebé en camino. Sabe que yo le quiero, pero se niega a oírlo. Está decidido a que tengamos un matrimonio civilizado sin ninguna de las preocupaciones que da el amor. Annie se estremeció. -No suena demasiado agradable. -No. pero yo le estoy siguiendo la corriente. -¿Estás loca?

-Mamá -llamó Lisa desde el cuarto de estar-. Tengo que hacer «pos» otra vez.

-Ye tú al baño, cariño. Enseguida estoy contigo. -No, no estov loca -dijo Casey-.

Ya no, al menos. Maldita sea, Annie, ya he visto un matrimonio «civilizado». Muy de cerca.

Annie miró a su amiga con gesto compasivo, y Casey apartó la mirada. Sabía que Annie la comprendía. Había ido a su casa las suficientes veces mientra crecían como para percibir la fría tensión que existía entre Henderson y Hilary Oakes. El éxito del matrimonio de los padres de Casey estaba basado en el dinero, en un gusto compartido por los viajes y en la tendencia a cerrar los ojos ante las indiscreciones.

Pero Casey siempre había soñado con mucho más. Sus sueños la consolaron a lo largo de las solitarias noches y alimentaron sus fantasías durante años

Ahora tenía la posibilidad de hacer que sus sueños se

convirtieran en realidad.

Todo lo que debía hacer era convencer a Jake de que lo amaba de verdad, y de que podía sentirse seguro correspondiéndola.

-Mamá -la voz de Lisa se oyó más lejana y apagada-. Ya está.

Casey sonrió.

Annie suspiró y se puso en pie.

-Ve acostumbrándote a estas cosas -dijo, sonriendo—. Muy pronto será tu turno.

A solas en la mesa, Casey apoyó la espalda contra el respaldo del asiento y echó una hojeada al periódico local.

El titular de la primera página del *Simp-son Situalion,* decía: *HARRYBIGGS GANA EL SORTEO DE LA IGLESIA,* y en letra pequeña, más abajo, *ESPOSA ANONADADA*.

Casey rió y abrió el periódico para leer la noticia sobre el premio de Harry Biggs. Al parecer, casi cualquier cosa podía ser titular en un periódico local.

Una sonrisa curvó sus labios mientras miraba distraídamente el periódico.

Tuvo una idea.

Tres días después, lo que esperaba que fuera la solución a sus problemas maritales se hallaba sin abrir sobre la mesa de la cocina.

Miró el periódico, cuidadosamente doblado, y sonrió. Funcionaría, se dijo.

Tenía que funcionar.

Volviendo a centrarse en lo que tenía entre manos, miró la cazuela que tenía al fuego y empezó a remover su contenido. Hirviendo frenéticamente, la mezcla de zumo de limón y azúcar se espumaba contra las paredes de la cazuela. Sometió las burbujas una y otra vez, y frunció el ceño cuando alguien llamó a la puerta.

Mirando a Stumbles, su valiente protector, Casey rió.

El perro, totalmente dormido bajo la mesa de la cocina, ni se inmutó al oír el sonido.

Casey miró la cazuela. Si la quitaba del fuego en aquel momento, se le estropearía la mezcla.

Si la dejaba al fuego para ir a abrir la puerta, se desbordaría.

Diciéndose que ningún asesino en serie sería tan amable como para llamar a la puerta, gritó: —¡Adelante!

—y esperó. -¿Casey?

Era una voz grave. Una voz que no oía desde hacía una temporada.

Una voz a la que, no hacía mucho, había esperado oír decir, «sí, quiero». Steven.

-¿Casey? ¿Dónde estás?

Ella se aclaró la garganta, tragó y dijo: —Aquí.

Steven entró en la cocina. Se miraron y, durante un largo momento, ninguno de los dos dijo nada.

Fue él quien, finalmente, rompió el silencio. -¿Puedo entrar?

-Ya has entrado -respirando profundamente, Casey se dijo que no tenía ningún sentido mostrarse desagradable. Además, si era sincera respecto a todo el asunto, le estaba agradecida a Steven por haberla plantado. Con ese espíritu, sonrió y asintió-.

Pero pasa, pasa Steven.

El pareció relajarse y se encaminó hacia ella a la vez que se desabrochaba el abrigo. Tenía buen aspecto. Estaba moreno de su escapada a Méjico. A pesar de no ser tan alto ni tan atractivo como Jake, Steven se las arreglaba para que el corazón de las mujeres latiera por él.

Sus ojos castaños miraron a Casey con cautela. Con su elegante traje gris, camisa blanca y corbata a rayas rojas, parecía totalmente fuera de lugar en la cocina.

-Relájate -dijo Casey. No podía soportar verlo esperando recibir un golpe que ella no le iba a lanzar

-. No voy a pegarte.

-No te culparía si lo hicieras —dijo él, sonriendo con ironía-. Pero aprecio que te contengas.

-¿Qué haces aquí, Steven? -¿y por qué se habría presentado precisamente ese día?, se preguntó Casey.

Era el día en que quería recapacitar para tener una confrontación con Jake.

-Cuando volví de Méjico, mi madre me dijo dónde encontrarte.

-Eso explica cómo has llegado hasta aquí, pero no por qué.

-Tienes razón -Steven se encogió de hombros y miró un momento a Casey antes de contestar-.

Supongo que quería comprobar por mí mismo que estabas bien.

-Ahora lo estoy -dijo ella-. Pero no me sentí precisamente bien cuando recibí tu nota.

Steven bajó la mirada y se agachó para acariciar a Stumbles, el traidor, que estaba muy ocupado jugando con sus elegantes zapatos.

-Lo siento, Casey.

-Supongo que eso es algo -Casey se puso a agitar más velozmente el limón con azúcar, sorprendiéndose al comprobar que aún sentía cierto enfado hacia Steven por lo que le había hecho.

-Traté de hablar contigo la noche antes de la boda.

-¿Qué?

-Llamé a casa de tus padres. Hablé con tu padre -Steven se irguió-. Le dije que tenía que hablar

contigo, pero él insistió en que no había que molestarte.

Casev se quedó perpleja. Su padre nunca le mencionó esa llamada.

-No te lo dijo, ¿no? -preguntó Steven.

-¿Que llamaste? No -Casey movió la cabeza, tratando de negar la desagradable sensación que se estaba apoderando de su pecho. Por algún motivo, sabía que tampoco le iba a gustar el resto de lo que uniera que decirle Steven.

-No sólo eso -dijo él con suavidad-. Tampoco te dijo que yo no iría a la iglesia.

Casey sintió que perdía el equilibrio. Aferró con fuerza el mango de la cazuela.

Si su padre sabía de antemano que Steven no se iba a presentar a la boda, ¿cómo era posible que no se lo hubiera dicho? ¿Cómo era posible que hubiera permitido que sufriera aquella humillación ante cientos de personas?

Quiso hacer todas esas preguntas y más, pero sólo logro decir: —¿Lo sabía?

-Sí, lo sabía. Le dije que no podía seguir adelante -Steven se pasó una mano por el pelo, y Casey notó distraídamente que éste volvió a caer en el mismo lugar-. También le dije que no creía que tú quisieras casarte -miró a su alrededor y sonrió con timidez-. Al menos, no conmigo.

-Tenías razón -dijo Casey, sorprendiéndose de que le saliera la voz.

-Ya conoces a tu padre -continuó Steven, precipitadamente-. Dijo que sólo eran nervios de última hora, que debía presentarme en la iglesia y que el matrimonio se cuidaría de sí mismo -miró a Casey y ésta vio verdadero pesar y vergüenza en su expresión-.

Pensé que te lo diría, Casey. No esperaba que fueras a estar en la iglesia al día siguiente. Esperando.

Sin duda, sonaba a su padre, pensó Casey. Por supuesto que no creyó a Steven.

Nunca se le habría pasado por la cabeza que alguien de su círculo social estuviera dispuesto a arruinar una boda tan cuidadosamente planeada y preparada. Qué típico de Hen-derson Oakes el ni siquiera mencionar a su hija la posibilidad de que Steven fuera a dejarla plantada.

Sintió que las mejillas le ardían.

-Pero sí fuiste a la iglesia. Me dejaste una nota.

-Sí. Pasé por allí y vi todos los coches. Entonces supe que no te habían dicho nada -Steven dio unos pasos hacia ella-. Me quedé el tiempo justo para escribir la nota y pedir que te la entregaran.

-¿No se te ocurrió pasar a decírmelo personalmente?

-Debí hacerlo.

-Sí -asintió Casey, y apagó el fuego. Llevó la cacerola hasta la encimera, donde tenía la masa del pastel y echó la mezcla en su interior-. Pero casi comprendo que no lo hicieras -añadió, sintiendo un escalofrío sólo de pensáfr en cómo habrían reaccionado sus padres y los de Steven si éste hubiera hecho el anuncio en persona.

-Entonces -dijo Steven, mirando a su alrededor-, ¿eres feliz? Mi madre me dijo que te habías casado.

-Estoy embarazada.

Steven alzó las cejas.

-Soy muy feliz -continuó Casey-. De hecho, debería agradecértelo. No lo haré, pero debería.

-Me alegro por ti, Casey -Steven rió para rellenar un incómodo silencio-. Y también me siento aliviado.

Cascy se acercó a él y le dio un abrazo.

-Estás perdonado, Steven. Relájate.

El asintió, y, rodeando con los brazos la cintura de Casey, la alzó del suelo v la estrechó con suavidad.

-Tu marido es un hombre afortunado.

La risa de Steven se interrumpió cuando la puerta trasera se abrió violentamente y chocó contra la pared de la cocina.

-Desde luego que sí -dijo Jake.

Capítulo Doce

Los pies de Casey golpearon el suelo con suficiente fuerza como para que sus dientes entrechocaran. Miró a Jake y se dio cuenta de que nunca lo había visto tan enfadado. Estaba rojo de rabia, y sus ojos destellaban.

-Aparta tus manos de mi esposa, maldita sea! -ciego de dolor, Jake sintió ganas de echar la cabeza atrás y aullar su furia.

-No es lo que crees -dijo Steven.

-Tranquilízate, Jake -dijo Casey, acercándose a él-. Te estás comportando como un loco.

¿Ella se atrevía a criticar su comportamiento?

Steven volvió a hablar.

-Lo mejor será que me presente y empecemos de nuevo -alargó su mand»derecha-.

Me llamo Steven Miller.

Steven.

Jake miró a Casey y leyó su expresión con facilidad. Cuando volvió a mirar a Steven, cedió a la rabia que palpitaba en su interior. Ya era bastante malo haber entrado en su casa para encontrar a su mujer en brazos de otro hombre. Pero, además, este hombre era el otro.

El hombre con el que Casey había estado a punto de casarse.

El dolor y la rabia eran tan fuertes que apenas podía pensar. Antes de darse cuenta de lo que hacía, dio un paso adelante, apartó de un manotazo la mano de Steven y le golpeó con todas sus fuerzas en la mandíbula.

Con vengativa satisfacción, vio que Steven perdía el equilibrio y chocaba contra la mesa antes de precipitarse al suelo. El pastel de limón inacabado lo acompañó en su caída.

Sólo entonces se volvió Jake a mirar a su esposa. El corazón latía desbocado en su pecho. La sangre le hervía. A pesar de sus temores, nunca había esperado realmente que Casey pudiera engañarlo. Tampoco había esperado que su traición pudiera provocarle tal dolor.

Lo que había sufrido en manos de Linda era insignificante en comparación.

Lo que sentía en esos momentos le laceraba, le desgarraba por dentro.

—¿Estás loco? -gritó Casey. A continuación, se agachó para ayudar a Steven a levantarse. A Jake no le sirvió de consuelo ver que, una vez en pie, éste se mantenía distanciado de Casey. -¿Por qué lo has golpeado?

-¿Por qué estaba abrazando a mi esposa?

-Era un abrazo cariñoso, Jake. Nada más -Casey señaló el suelo, donde Stumbles disfrutaba lamiendo la crema del pastel caído-. Estaba preparando un pastel, Jake. Esto es la cocina, por Dios santo. No el dormitorio.

Jake alzó una ceja, exigiendo a Casey silenciosamente que recordara la ocasión en que él y ella utilizaron la cocina para algo que no tenía nada que ver con cocinar.

Ella se ruborizó, y Jake supo de inmediato que había recordado.

-Sé lo que he visto, Casey -dijo, preguntándose cómo era posible que su mujer no comprendiera lo que había sentido al verla en brazos de otro hombre.

-Has visto lo que estabas esperando ver -Casey alzó la barbilla y lo miró directamente a los ojos-.

Has estado esperando que sucediera algo así desde el día en que nos casamos.

-¿Qué? -Jake se preguntó si Casey habría sabido desde el principio lo que pasaba por su cabeza.

-No creías que lo supiera, ¿verdad?

Jake suspiró y dijo: -Annie.

-Sí, Annie. Tu hermana me contó todo lo que tú deberías haberme contado.

Jake sintió que algo se encogía en su pecho. No había querido que Casey lo supiera.

No quiso que supiera que su ex-mujer lo consideraba tan poca cosa que se llevaba los amantes a casa.

¿Cómo iba a querer contarle algo así?

-No había motivo para que supieras nada sobre Linda. No tenía nada que ver con nosotros

-Jake se cruzó de brazos en un inconsciente e inútil intento de mantener el corazón en su sitio.

-¿Nada que ver con nosotros? -Casey avanzó unos pasos hacia él y se detuvo.

-Disculpadme -dijo Steven, tras ella-. Tal vez debería irme.

-Cállate -ordenó Jake. -Cállate -espetó Casey al mismo tiempo.

Steven se encogió de hombros y se llevó una mano a la

mandíbula.

-¿Cómo puedes decir que lo que te sucedió con Linda no tiene nada que ver con nosotros? -preguntó Casey.

-Sucedió hace mucho tiempo -dijo Jake. -Pero lo que pasó entonces ha afectado a todo lo que ha sucedido entre nosotros. -Casey...

-No, esta vez quiero decirlo todo. Jake se sintió sobrecogido al ver las lágrimas que brillaban en los ojos de Casey.

Deseó poder salir corriendo de la habitación, de su dolor, olvidar que había visto a su esposa en brazos de Steven y que las cosas volvieran a ser como antes.

En un último esfuerzo por posponer lo inevitable, dijo:

-Basta, Casey. Basta. Podemos olvidar todo lo que ha pasado hoy. Steven tosió. Lo ignoraron.

-Podemos retomarlo donde estábamos -continuó Jake-. Las cosas iban bien, ¿no te parece?

-«Bien» no es suficiente, Jake -dijo Casey, con más calma-. Ya no. Quiero ser amada.

Quiero un matrimonio real. Y en un matrimonio real, el hombre y la mujer hablan, confían el uno en el otro -su labio inferior tembló visiblemente, pero siguió hablando-.

Llevas semanas observando, esperando que haga algo que te demuestre que soy como Linda. Has contenido el aliento, casi esperando que llegara la oportunidad de decir «;lo ves? Sabía que no debía enamorarme de ti». En lugar de darte cuenta que no soy como Linda, en lugar de aprovechar esta oportunidad para ser feliz, elegiste mantenerte a la espera y arrojar piedras contra todo lo que teníamos.

-Nunca dije que fueras como Linda.

Con gesto decepcionado, Casey movió la cabeza.

-No hacía falta que lo dijeras. Estaba ahí. Entre nosotros. Ciada día -tomó su bolso del respaldo de la silla en que colgaba y luego agarró a Steven por el brazo.

Tirando de su ex-prometido hacia la puerta, añadió-: Muy bien, Jake.

Si crees que lo que has visto es suficiente para tirar por la borda mi amor, de acuerdo.

Tú ganas. Ya no vas a tener que aguantarme más.

-¿A dónde vas? -preguntó Jake, acercándose a ella.

-¿Qué más te da? -Casey empujó a Steven hacia la puerta y miró al hombre al que amaba-.

¡No entiendo cómo he podido estar tan enamorada de un

hombre tan arrogante, estúpido y testarudo como tú, Jake Parrish! -espetó-. Pero, si me esfuerzo lo suficiente, puede que lo supere.

Entonces, Casey salió con Steven, y la única compañía de Jake fue un perro encantado y el eco de la puerta al cerrarse.

-¿Dónde estamos?

Casey parpadeó y miró a Steven.

-,-Qué has dicho?

Steven movió la mandíbula a un lado y a otro y repitió:

-¿Dónde estamos?

Casey miró el edificio frente al que se hallaban. Los típicos adornos de Navidad decoraban el escaparate de la peluquería de Annie. Ni siquiera recordaba haberse dirigido hacia allí. Tampoco recordaba el trayecto. Tan enfadada con Jake que apenas podía hablar, se limitó a pedirle a Steven las llaves, ocupó el asiendo del conductor de su Porche y salió disparada con su ex-prometido en el asiento de pasajeros.

Recordaba vagamente haber oído protestar a éste cuando no metía bien alguna marcha de su preciado coche, pero se limitó a ignorarlo. Su mente estaba demasiado llena de imágenes de su marido como para dejarle pensar en algo más.

De todos los testarudos, insultantes y primitivos hombres de Neandertal que había conocido, Jake se llevaba la palma.

¡Pensar que había creído de verdad que podía engañarlo! Oh, lo comprendía en el caso de Linda.

A fin de cuentas, aquella mujer debía ser una auténtica bruja.

Pero era imperdonable que Jake hubiera podido pensar lo mismo de ella.

-¿Conoces a algún médico en la ciudad? -dijo Steven-. Creo que deberían verme la mandíbula.

Casey lo miró brevemente.

-Estás hablando. Steven. No la tienes rota.

-No sé -Steven se llevó una mano a la mandíbula y volvió a moverla—. Oigo un ruidito cuando hago esto.

-Entonces, no lo hagas -murmuró Casey antes de salir del coche. Cerró de un portazo, y, sin esperar a comprobar si Jake la seguía, entró en la peluquería.

El silencio era ensordecedor.

Jake giró los hombros, miró a Stumbles y frunció el ceño.

-¿Tú de qué te ríes?

El perro metió el rabo entre las piernas y salió de la cocina.

Asqueado consigo mismo y con toda la situación, Jake se puso a caminar de un lado a otro.

-¿Qué esperaba que creyera? -preguntó en alto-. Entro en mi casa, encuentro a mi mujer en brazos de otro hombre, ¿y se supone que debo quedarme tan tranquilo?

Se detuvo de repente y miró hacia el suelo, al plato en que estaba el pastel, del que Stumbles apenas había dejado rastro.

Merengue de limón.

Su favorito.

Casey había estado preparando su pastel favorito. Para él.

Su mirada se deslizó hacia la mesa, donde estaba el periódico junto a un catálogo abierto de Navidad y una lista de regalos para comprar para Lisa, Annie, su tía y su tío, y su padre.

Casey había estado pensando en él. Siempre estaba pensando en él.

Comprendió que se había comportado como un demente.

Apoyándose contra la encimera, dejó que su mente recordara las semanas pasadas.

La risa había llenado la casa.

Había habido una calidez en ella de la que había carecido desde que era pequeña.

Cada vez que entraba por la puerta sentía la bienvenida en el ambiente.

Sentía el amor de Casey.

Durante semanas, había estado rodeado de amor.

Había tenido una segunda oportunidad de ser feliz.

Aquella jovencita que tanto había deseado varios años atrás había vuelto a su vida para darle todo lo que siempre había deseado.

Y el había permitido que el temor a perder esa felicidad lo estropeara todo.

Por supuesto que Casey no era como Linda. De algún modo, siempre lo había sabido. Era su orgullo lo que le había impedido reconocerlo hasta ahora, cuando ya era demasiado tarde. ¿Le habría dejado Casey para siempre?

¿Estaba tan disgustada con él como para no querer volver a su lado? ¿Y podía vivir él sin ella?

No.

No podía.

-Así que, ;qué vas a hacer? -murmuró.

Su mente le trajo imágenes de Casey unos meses más adelante, con el vientre redondo y abultado, con su hijo dentro, mirándolo con su cálida sonrisa.

Se apartó bruscamente de la encimera y corrió al exterior. Sólo

podía hacer una cosa. Recuperarla. T

raerla de vuelta al lugar al que pertenecía.

Con él.

-¡Casev! -exclamó Annie al ver entrar a su amiga-. Iba a llamarte dentro de unos minutos.

Acabo de ver el periódico.

Casey se detuvo al ver que Annie estaba atendiendo a una dienta y que había otras dos esperando.

No quería hablar sobre el anuncio que había puesto en el periódico. No ahora. No cuando todo había cambiado tan drásticamente.

Había puesto muchas esperanzas en que el anuncio hiciera perder el miedo a Jake respecto a su relación.

-¿Qué sucede? -preguntó Annie, y se acercó a su amiga y cuñada, olvidando a sus dientas.

-Me llevaría menos tiempo contarte qué no sucede —murmuró Casey.

-Oh, no. ,-Qué ha hecho Jake ahora?

La puerta se abrió y Annie volvió la mirada hacia el recién llegado.

Casey suspiró.

-Te presento a Steven, Annie.

-¿Steven? *;¿ El* Steven?

-¿Por qué me suena eso a «el destripador», Jack el Destripador? -preguntó él.

-Lo siento -dijo Annie-. ¿Qué te ha pasado? -preguntó, mirando compasivamente a Steven-.

Tienes la mejilla de color morado —volvió la mirada hacia Casey-. ¿Jake?

-Jake...

-No pretendo molestar -interrumpió Steven-, pero, ¿tienes hielo en la nevera?

-Sí, claro. Sírvete tú mismo

—Annie señaló con la cabeza hacia la habitación trasera.

Steven alzó las cejas, pero fue.

Annie se volvió de nuevo hacia Casey.

-¿Qué ha pasado?

-Ni siquiera lo sé con exactitud. Jake ha entrado en casa cuando Steven me estaba dando un abrazo y le ha pegado.

-¡Dios mío!

De la zona de espera llegaron unos apagados susurros, y Casey miró a las dos mujeres de mediana edad que aguardaban su turno.

De inmediato, éstas se irguieron y simularon una actitud totalmente desinteresada. La dienta a la que estaba atendiendo Annie no se molestó en simular.

Había vuelto tanto la cabeza para escuchar la conversación que a Casey le extrañó que no se le desencajara del cuello.

«Lo siento por Jake», pensó.

Pero, si tanto odiaba el cotilleo, más le valdría no ir por ahí golpeando a la gente.

Steven regresó en ese momento con una bolsa de plástico llena de hielo pegada a la mandíbula.

Dedicó una lenta y apreciativa mirada a Annie.

Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, se encogió de hombros con gesto de impotencia y luego miró a Casey.

-¿Te encontrarás bien si me voy?

-¿Vas a volver a dejarla plantada? -preguntó Annie. apoyando ambas manos en las caderas.

Steven se puso rígido.

De la zona de espera volvió a llegar un apagado susurro, y Casev suspiró. Sabía que iba a ser el tema de cotilleo de Simpson durante meses. Si no años.

Incluso sus nietos oirían la historia del día en que el ex-novio de su abuela llegó a la ciudad y fue golpeado por su abuelo.

-Por supuesto que estará bien -añadió Annie-. ¿Por qué no iba a estarlo?

-No pretendía implicar nada.

Casev apartó la mirada de ellos. No se sentía con ánimos de hacer de arbitro.

Miró por la ventana hacia la calle principal, fijándose apenas en los adornos de Navidad que la decoraban. Suspiró cansada v sintió que la poca fuerza que le quedaba desaparecía al ver que Jake llegaba con su Jeep.

Cuando vio que aparcaba éste tras el coche de Steven, bloqueándolo, frunció el ceño.

-Hola, Jake -saludó el señor Holbrook, dueño de la tienda contigua a la peluquería-. Felicidades.

Jake sonrió, asintió y se preguntó de qué diablos estaría hablando.

-¡Me ha parecido algo muy dulce! -dijo una voz femenina a sus espaldas.

Jake se volvió y vio a Dolly Femvick sonriéndole desde la acera.

-¡Y tan romántico! -tras dar un profundo suspiro, la mujer añadió-: Felicita la Navidad a Casey de mi parte.

Jake asintió, perplejo. ¿Qué estaba pasando? Miró el coche en que se había ido Casey. Bloqueado por el Jeep, el Porche no podría salir.

Al menos, Casey no podría volver a irse en él.

Se acercó rápidamente a la peluquería y entró para entablar la lucha más importante de su vida.

Al verlo, Steven dejó caer la bolsa de hielo, dobló ligeramente las rodillas y alzó ambos puños al más rancio estilo boxístico. Luego empezó a dar saltitos.

Jake lo miró con el ceño fruncido.

-No he venido aquí a por ti -dijo.

Steven alzó las cejas, pero bajó los puños lentamente, mirándolo con cautela.

-¿Por qué has venido? -preguntó Casey, cansada.

-He venido a por ti.

-;Por qué? ;Te preocupaba que robara la plata de la familia?

De la zona de espera llegó el rumor de un movimiento de sillas.

-¡Maldita sea, Casey! -Jake se dio cuenta de que estaba gritando, de manera que bajó la voz-.

He venido a llevarte a casa.

-No voy a ir a casa.

-Vaya chica —murmuró alguien.

-No vas a dejarme -dijo Jake y deslizó la mirada a su alrededor, desde la enfadada expresión de su hermana, hasta Steven y las señoras que lo observaban con abierto interés.

Pero no le importaba lo que le oyeran decir. Lo único que sabía era que quería convencer a su esposa para que le diera otra oportunidad-. No voy a permitir que me dejes, Casey.

-¿Dejarte? -preguntó ella, en tono sorprendido.

-Todo lo que has dicho antes era verdad —balbuceó Jake, acercándose a ella-.

Me he comportado como un cretino. Trataba de no encariñarme contigo para no sufrir. Pero me ha sido imposible no hacerlo.

-,-En serio? -Casey ladeó la cabeza y lo miró atentamente.

-Por supuesto -Jake se acercó más a ella, pero no llegó a tocarla-. Me enamoré de ti desde el principio. Casey.

-Vuelve a decirlo. Jake sonrió.

-Te quiero. Te amo. Siempre te he querido. Por favor. Casey, no me dejes.

Stumbles y yo nunca sobreviríamos.

Casey frunció los labios.

—Es un truco sucio usar a Stumbles contra mí.

-Estoy desesperado. -¿Hasta que punto?

-I.o suficiente para intentar cualquier cosa. Di lo que sea.

Te quiero, Casey. Ven a casa conmigo.

Dame la oportunidad de demostrarte que puedo sentirme tan locamente enamorado como cualquiera

-arriesgándose a ser rechazado, Jake apoyó ambas manos en los hombros de Casey-.

No me dejes -bajó la voz e inclinó la cabeza para que sólo ella pudiera oírle decir-: Si me dejas, la soledad y el dolor me matarán.

-Gran tonto.

jake parpadeó y alzó la cabeza. -;Qué?

-Eres un tontorrón, Jake -Casey sonrió y movió la cabeza-. No iba a dejarte.

-¿No? -el nudo que Jake sentía en el pecho se aflojó y pudo respirar con más facilidad.

-Por supuesto que no -Casey alzó una mano y la pasó por la mejilla de su marido-.

No me rindo tan fácilmente -dijo, en tono solemne-.

Aveces me sacas de quicio, Jake, pero te quiero.

Jake respiró profundamente.

-No dejo de amarte por estar enfadada -continuó Casey-. Sólo me he ido de casa porque necesitaba salir para no darte la patada que merecías.

-De ahora en adelante te doy permiso para que me des una patada cada vez que lo merezca.

-Lo recordaré -dijo Casey. Volviendo la cabeza ligeramente, miró a Annie.

Su cuñada sonreía de oreja a oreja a la vez que se secaba las lágrimas

—. Alcánzame el periódico, por favor.

Confundido, Jake vio que su hermana tomaba el *Salutationy* se lo entregaba a Casey.

-Si leyeras el periódico por la mañana, como todo el mundo -dijo ella-, habrías visto esto hacía horas -abriéndolo por la página delantera, sostuvo el periódico ante Jake como si fuera un escudo y esperó a que éste lo leyera.

Jake deslizó la mirada una vez por los titulares y volvió a hacerlo para estar seguro de no haber imaginado lo que había leído.

Una lenta sonrisa iluminó su rostro. Ahora comprendía a qué se referían las personas que le habían hablado fuera de la tienda. Sin duda alguna, tod*a* la ciudad seguiría hablando de aquello durante semanas.

Pero aquella clase de cotilleo incluso podría llegar a gustarle.

Miró el titular del periódico una última vez y sintió que el resto de sus dudas y preocupaciones se desvanecían para siempre. A lo largo de la parte superior de la página, en grandes letras negras, se leía: *CASEY AMA A JAKE: UNA TONTA ENAMORADA*.

Miró el sonriente rostro de su esposa. Tomó el periódico, lo arrojó al suelo y alargó las manos hacia ella.

Con Casey entre sus brazos, tenía todo lo que podía necesitar. Mirándola, susurró:

-Supongo que ser un tonto enamorado puede ser algo bueno.

Casey asintió.

-Si el tonto del que estás enamorado te corresponde.

Lntonces, Jake la besó, larga y profundamente, y ninguno de los dos oyó el aplauso que surgió espontáneamente de sus encantados espectadores.

Epílogo

El día de Navidad par la tarde...

-Deberíamos ponernos en marcha -dijo Casey. y se acurrucó en el sofá contra Jake-.

Ya sabes que no van a tardar en llegar.

-No hay prisa -murmuró su marido, estrechándola contra su costado

Ella rió y alzó la cabeza para mirarlo.

-Llevas diciendo eso todo el día, Jake.

Por supuesto, no se estaba quejando. ¿Cómo iba a hacerlo? Pasar el día de Navidad haciendo el amor con un marido al que adoraba era uno de sus sueños hechos realidad.

Jake sonrió y deslizó un dedo por la mandíbula
de Casey.»

-Un hombre tiene derecho a pasar su primera Navidad con su esposa como más le apetezca.

Casey arqueó una ceja.

-;Ah, sí?

Él asintió.

-Creo que es una regla.

Riendo suavemente, Casey apoyó la cabeza en el pecho de Jake y miró el árbol de Navidad, con sus adornos y parpadeantes luces.

-Están siendo unas navidades perfectas, ¿no te parece? -susurró.

-Perfectas —repitió Jake.

Bajo el árbol de Navidad había un montón de paquetes de regalos esperando a ser abiertos. Cerca. Stumbles dormía plácidamente.

-;No quieres abrir tu regalo antes de que llegue tu familia? -preguntó Casey mientras escuchaba el firme latido del corazón de su marido.

-No -contestó él, acariciándole la espalda con suavidad-. Ya he tenido mis regalos.

Casey alzó la cabeza para mirarlo.

-;Sí?

-Sí. Fl único regalo que necesito eres tú. Y el bebé. Y tú.

Casev sonrió.

-Fso ya lo has dicho.

-Quiero decirlo una y otra vez. Tantas como puedas aguantar oírlo -Jake apoyó una mano en la mejilla de Casey antes de añadir-: Te quiero. Te quiero más de lo que creía posible. Cada día contigo es mágico. Cada día es Navidad.

Los ojos de Casey se llenaron de lágrimas, pero parpadeó para alejarlas antes de erguirse y besar a Jake con dulzura.

-Yo también te quiero. Jake. Feliz Navidad.

Entonces él la besó, y cuando Casey cerró los ojos, aún pudo ver la luces de brillantes colores destellando alegremente.